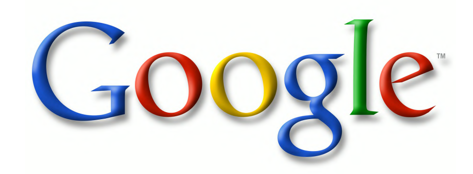




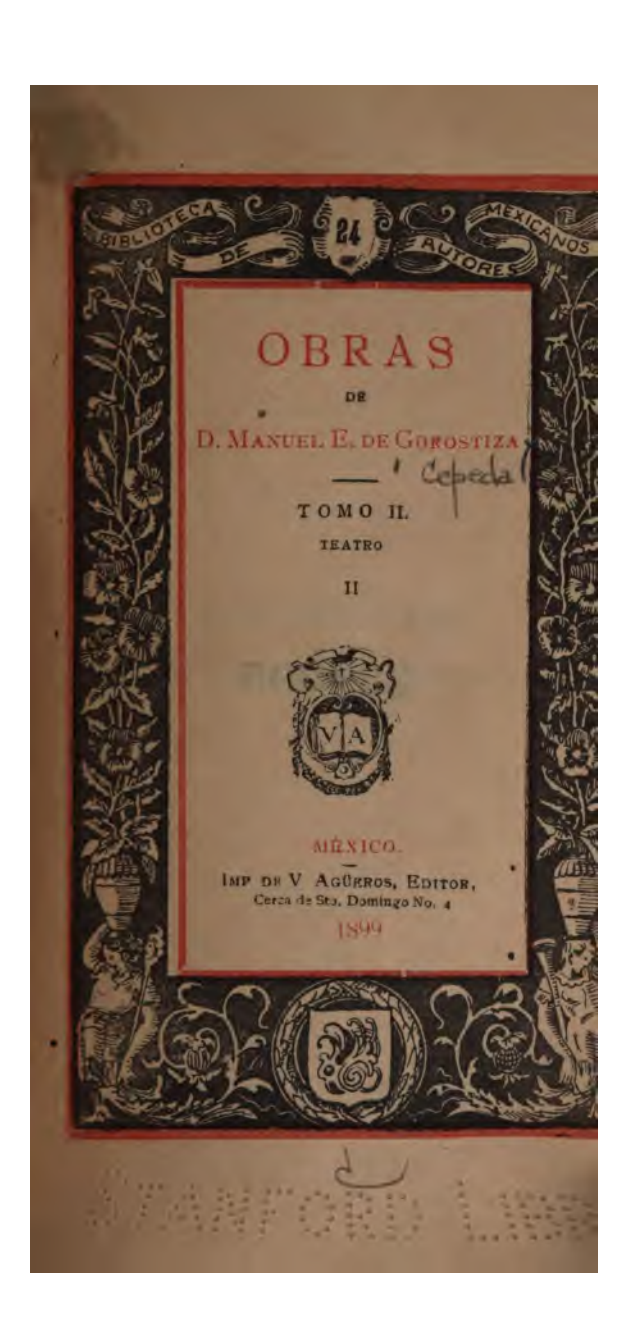


LELAND·STANFORD·JVNIOR·VNIVERSITY

BIBLIOTECA

DE

AUTORES MEXICANOS



OBRAS

DE

D. MANUEL E. DE GOROSTIZA

TOMO II.

TEATRO

II

MÉXICO.

IMP. DE V. AGÜEROS, EDITOR,
Cerca de Sto. Domingo No. 4

1899

DON DIEGUITO.

COMEDIA ORIGINAL, EN CINCO ACTOS.

PERSONAJES.

DON ANSELMO.
DON DIEGUITO.
DON CLETO.
DON SIMPLICIO.
DOÑA MARIA.
DOÑA ADELAIDA.
SIMON, *criado.*

La escena es en Madrid, en casa de don Cleto, y en una sala de la habitación que ocupa en ella don Dieguito.



ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

D. ANSELMO Y D. DIEGUITO.

D. DIEGUITO.

Mil veces y mil repito,
que habéis obrado muy mal.

D. ANSELMO.

Pero dime, pese á tal,
¿en donde está mi delito?

D. DIEGUITO.

En dejar á Santander;
sin escribirme siquiera
dos renglones.

D. ANSELMO.

Bueno fuera,
queriéndote sorprender,
enviártelo yo á decir.

D. DIEGUITO.

Pues si media hora tardáis
en llegar, no me encontráis.

D. ANSELMO.

¡Olà! ¿pensabas salir?

D. DIEGUITO.

Sí señor; hay baile en Francia....

D. ANSELMO.

¡Y te ibas sin mi licencia!
dígote que es imprudencia.

D. DIEGUITO.

Y la vuestra es ignorancia.
¡Cuánto sentís la montaña
tío y señor!

D. ANSELMO.

Ya se ve
que lo siento y mucho; que
¿no hay más que salir de España?

D. DIEGUITO.

No quise hablaros tampoco
de tamaña tontería;
sólo sí, que usted olía
á montañés.

D. ANSELMO.

Y dí loco,
sin respeto ni decoro,
¿á qué huele un montañés?
porque si á escabeche no es,
bien sabe Dios que lo ignoro.

D. DIEGUITO.

Que os he de hablar, estoy viendo
siempre en lenguaje muy llano.

D. ANSELMO.

Mira, háblame en castellano,
y verás como te entiendo.

D. DIEGUITO.

Pues sepa usted, ya que viene
de provincia, y no lo sabe,
(aunque ignorancia tan grave
casi disculpa no tiene)
que el ir á Francia, es lo mismo
que ir á ver su Embajador.

D. ANSELMO.

¿Y quién entiende señor
tan elegante modismo,
á no ser uno de ustedes?

D. DIEGUITO.

Es verdad; y apostaría
á que no se me entendía,
ni en Móstoles, ni en Paredes;
y ya ve usted caro tío
si están cerca.

D. ANSELMO.

Si lo están,
mas no, no te entenderán
de seguro, yo lo fío.

D. DIEGUITO.

Pero dejemos á un lado
semejante necedad,
y decidme ¿qué deidad,
os ha tan bien inspirado?
¿Qué genio os ha conducido
tan bienhechor y tan grato,
á Madrid?

D. ANSELMO.

Un Maragato,
es sólo quien me ha traído.

D. DIEGUITO.

¡Maragato! puf qué horror.

D. ANSELMO.

Oyes, no era muy bonito:
mas con todo, te repito
que ha sido mi conductor;
y cuando el mal pensamiento
de ver á Madrid me dió,
con la idea de ser yo
padrino en tu casamiento,
no puse el mayor cuidado
en la beldad del muchacho,
sino en el trote del macho,
en que vine atravesado.

D. DIEGUITO.

Según eso amado tio
dejáis por mí vuestro hogar,

D. Anselmo.

¿Y qué hay de particular
en eso sobrino mio?
¿no eres tú de mi caudal
solo y único heredero?
¿no te educó con esmero
mi cariño paternal?
Si vinistes á la Corte
á soñadas pretensiones,
¿no fueron, dí, mis doblones,
los que te dieron el porte
de galán y de entendido?
¿contrarié jamás tu gusto?
pues entonces ¿no es muy justo,
ya que quieres ser marido,
que también quiera mi amor
conocer con Barrábas,
la sobrina que me das?

D. Dieguito

Y ¿cómo podré señor,
dignamente agradecer,
un favor tan señalado?

D. Anselmo.

Está luego harto pagado
si se llega á conocer,
¿pero Diego y con tu amante
en qué altura te hallas, dí?

D. Dieguito.

Toma, que me adora.

D. Anselmo.

Sí,
pues has logrado bastante:
¿y el padre?

D. Dieguito.

Sin duda algun
me quiere con más terneza
que la chica; y más firmeza.

D. Anselmo.

¡Jesús hombre y qué fortuna!

D. Dieguito.

Si señor, y aunque abogado
de crédito cual ninguno,
no defiende pleito alguno,
sin haberlo consultado
antes conmigo.

D. Anselmo.

¡Qué dices!
¿y saben eso los clientes?

D. Dieguito.

Lo ignoro, pero son gentes
que tienen buenas narices.
y ya lo habrán conocido.

D. Anselmo.

Pues mira, querido Diego,
quien pierda su pleito, luego
te ha de estar agradecido.

D. DIEGUITO.

Es mucho lo que me quiere
D. Cleto, y sin opinión
propia, en cualquiera ocasión
á mi opinión se refiere:
por eso usted le verá
preguntarme á troche y moche,
D. Dieguito ¿es ya de noche?
D. Dieguito ¿lloverá?
y otras mil cosas que evito,
por ser relación molesta.

D. ANSELMO.

Ya, como que tiene puesta
su confianza en D. Dieguito.

D. DIEGUITO.

¿Y la madre? ¡qué señora
tan buena! ¡si pierde el juicio
por mí! ¿pues y D. Simplicio?

D. ANSELMO.

¡Calle! ¿á que también te adora
D. Simplicio?

D. DIEGUITO.

Que sé yo,
pero á lo menos lo dice;
y á cada instante bendice
la madre que me parió.

D. ANSELMO.

¿Y quién es el tal?

D. DIEGUITO.

El tal,
es un amigo querido
del padre, que ha dirigido
la educación racional
de la hija.

D. ANSELMO.

¿Con que sabrá
mucho?

D. DIEGUITO.

Ya se ve que sabe.
¡Sabe el francés!

D. ANSELMO.

¡Ola! grave
estudio.

D. DIEGUITO.

Y tradujo ya
no sé si fueron dos mil
melodramas.

D. ANSELMO.

Pues amigo,
si tradujo bien, te digo
que no es ningún zascandil.

D. DIEGUITO.

Y cuánto no hubiera dado,
porque á sabio tan divino,
en casa de Zeferino,
hubiese usted escuchado
ayer mismo al medio día.

D. ANSELMO.

¿Es casa de algún señor,
de las ciencias protector?

D. DIEGUITO.

No, es una pastelería
donde fuimos á almorzar.

D. ANSELMO.

¿Y quién pagó.

D. DIEGUITO.

Pagué yo:
porque á los hombres de pró,
jamás permito pagar.

D. ANSELMO.

No hiciera más Salomón;
que un literato cabal,
tiene en letras su caudal,
nunca en reales de vellón.

D. DIEGUITO.

Pues como digo; fué tanto
lo que el hombre me elogió,
que casi me sonrojó.

D. ANSELMO.

Más humilde eres que un santo;
¿pero qué sabes hacer,
dí. para que así te adoren
las hembras, y se enamoren
los machos du tu saber?

D. DIEGUITO.

No sé, mas ello no es cuento.

D. ANSELMO.

¿Será estrella?

D. DIEGUITO.

No es estrella;
sino mi figura bella
y mi gran entendimiento.
¿Quiere usted que le refiera,
de que modo conocí
á mi Adelaida?

D. ANSELMO.

Hombre sí.

D. DIEGUITO.

Fué cosa muy lisonjera:
Un domingo en cierta parte
donde bailábamos antes,
entre un grupo de elegantes
hijos de Venus y Marte,
que todos ellos hablaban
á un tiempo, y se divertian
infinito, pues reían
y á sí propios se escuchaban;
una señorita estaba
tan discreta como hermosa,
que lánguida y desdeñosa,
apenas les contestaba.
Cuanto la ví, me gustó;
la hice señas, y en verdad

si os he de hablar realidad,
en ellas no reparó.
Su indiferencia por fin
cansó mi orgullo ofendido,
y así poniéndome erguido,
arreglado el corbatín,
atusándome el cabello,
y el sombrero bajo el brazo,
me acerco paso ante paso
adonde estaba aquel bello
serafín, aparentando
que por distracción me arrimo,
y saludando con mimo
á cuantas iba mirando.
Llegué al cabo, y con la idea
de que viese el tono mío,
le hablé de calor y frío,
de Máiquez y la Correa,
de Parls, (donde no he estado,)
de bailes, música, y cantos,
y eu fiu murmuré de cuantos
se hallaban á nuestro lado.
¡Mas ay Dios y qué fracaso!
la ninfa de mis amores,
apesar de mis primores]
no me hizo tampoco caso,
y cuando quise despues
ponderarla su hermosura,
el diablo de la criatura,
sólo respondió con pues,
vaya. Jesús qué burlón,

son ustedes muy ladinos,
ó con otros desatinos
que aumentaban mi pasión.
Aburrido al ver tan rara
frialdad, pensé en retirarme:
en esto siento abrazarme
por detrás, vuelvo la cara,
hallo un simple conocido,
que se informa cuidadoso
de mi salud, que enojoso
me abruma á puro cumplido,
que habla de vd. de su renta,
que exagera mi caudal;
y que después informal,
sin despedirse se ausenta.
La niña con atención
observaba aquesta escena,
y sin duda la enajena
mi talle y mi discreción;
pues luego que el importuno
se va, con dulce soflama
me mira, se ríe, me llama
y distingue cual ninguno.
Bailamos señor, bailamos
en seguida siempre juntos;
hablamos de mil asuntos
y del nuestro al cabo hablamos;
y fué tal nuestra pasión,
que ya nos juramos fé
eterna, en un balancé
del séptimo rigodón.

D. Anselmo.

¡Mire vd. tanto desvío
en lo que luego paró!

D. Dieguito.

Y en tal noche; no sé yo
como pudo el dueño mío
de mi figura gustar,
por cierto lo extraño mucho,
pues estaba tan malucho,
y acababa de pasar
tal crugida, que en verdad
ya fué buena, como que
burla burlando, apuré
en mi corta enfermedad
cuantos diascordios había
en la botica famosa
de la Reina Madre.

D. Anselmo.

¡Hay cosa
más rara! pues si tenía
cuatro novios como tú
por vecinos, la botica
quedaba pronto más rica
que una mina del Perú.

D. Dieguito.

Los padres no conocieron
nuestra pasión; porque atentos
me hicieron mil cumplimientos,
y su casa me ofrecieron.
Luego me dejaban solo

con ella por el jardín,
y luego....vamos por fin
me enamoré como un bolo.
¡Mas casualidad maldita!
cuando estaba más metido,
sale el viejo con que ha olido
la maraña, gruñe, grita,
mil escrúpulos le asaltan,
me declara cruda guerra,
y de su casa me cierra
las puertas.

D. Anselmo.

Vaya no faltan
contratiempos en tu historia.

D. Dieguito.

Por fortuna no soy tonto,
y supe conjurar pronto
el nublado: aunque la gloria
debo en parte á don Simplicio,
pues fué quien me aconsejó
que de boda hablase yo.

D. Anselmo.

¡Cáspita y qué beneficio!
por supuesto ¿bastaría
que esta voz se pronunciase,
para que al fin se allanase
todo?

D. Dieguito.

En aquel mismo día;
después una habitación

se encuentra desocupada
en la casa de mi amada,
y sin ninguna intención
se me ofrece por los viejos;
yo la admito....porque al cabo
quise estar más cerca.

D. ANSELMO.

Bravo,
siempre es mejor que estar lejos,

D. DIEGUITO.

¿Quién lo duda?

D. ANSELMO.

Pero chito;
que he sentido cierto ruido
de campanillas. Querido,
¿tiene tu suegro bendito,
calesín?

D. DIEGUITO.

¿Y para qué?

D. ANSELMO.

¡Toma! para ir la otoñada
al Consejo.

D. DIEGUITO.

¡Qué bobada!
en caso fuera bombé:
mas si no me engaño, son
los sellos de don Simplicio.

D. ANSELMO.

Pues eran para mi juicio
calesín ó procesión.

ESCENA II.

DON SIMPLICIO Y DICHOS.

D. Simplicio.

Señor Don Diego, sabed
que vengo comisionado
por vuestro dueño adorado
para que.... ¡Ah! perdone vd.
caballero. (*Rep. en D. Ans*

D. Anselmo.

Servidor
de vd.

D. Simplicio.

Vuestro me repito:
escuche vd. don Dieguito,
con licencia del señor.

D. Anselmo. (*Aparte.*)

Vd. la tiene: éste va
á preguntar quién soy yo.

D. Simplicio. (*Aparte á D. Dieguito.*)

¿De qué tapiz se arrancó
la figura que allí está?

D. Dieguito. (*Id. á D. Simplicio.*)

Sepa vd.

D. Simplicio. (*Id. á D. Dieguito.*)

Por vida mía
que es espantosa visión;
¡qué chupa! ¡qué casacón!

mullidor de cofradía
cuando menos será el tal.

D. Dieguito. (*Id. á D. Simplicio.*)
Don Simplicio, poco á poco....

D. Simplicio. (*Id. á D. Dieguito.*)
O si en esto me equivoco,
podrá ser un animal.

D. Dieguito. (*Id. á D. Simplicio.*)
¡De mi tío se habla así!

D. Simplicio. *Id. á D. Dieguito,*
¿Qué dice vd. por S. Telmo?

D. Dieguito. *Id á D. Simplicio*
Qué es mi tío don. Anselmo.

D. Simplicio. *Id. á D· Dieguito.*
¿El de los millones?

D. Dieguito. (*Id. á D. Simplicio.*)
Sí.

D. Simplicio. (*Id. á D. Dieguito.*)
Acabara vd. de hablar.
Una y mil veces dichoso (*A D. Ans.*)
este instante venturoso
es para mí, sí: abrazar
al mortal ilustre puedo,
cuya sensibilldad,
bondad, amabilidad,
probidad, edad, y....

D. Anselmo.

Quedo,
don Simplicio; basta ya
de piropos.

D. Simplicio.

No señor,
no basta; porque mi amor,
es mucho amor. Ojalá
que la fama me cediese
por un instante, las cien
trompetas....

D. Anselmo.

¡Ay Dios! ¿y quién
quiere vd. que se estuviese
dos minutos á su lado?
Pobres orejas.

D. Simplicio.

Entonces
su nombre de vd. volara
de boca en boca, y lograra
eternizarse con bronces,
estatuas y monumentos;
entonces.... pero ¡qué digo!
permítame vd. amigo,
que deje los cumplimientos,
y en alas de mi deseo
noticia tan placentera
anuncie.

D. Anselmo.

Como vd. quiera,
don Simplicio; pero creo
que mi traje no es decente,
para ponerme delante
de damas y....

D. Simplicio.

Es elegante,
sí señor; y ciertamente
todos dirán que su corte
es á la inglesa; que él es
obra de un sastre francés
establecido en la Corte;
y que os costó sendos reales.

D. Anselmo.

Pues tenga vd. por muy cierto,
que es obra de un sastre tuerto
natural de Castro Urdiales.

D. Simplicio.

Y añada vd. que también
se encuentra la prueba en eso
del espantoso progreso
de las luces; ¿digo bien,
don Dieguito?

D. Dieguito.

¡Qué sé yo!
fuera en verdad muy perverso,
si á la faz del universo,
no declarase que no.
Esa hechura en realidad,
no es de moda.

D. Simplicio.

Yo no digo
que lo sea, pero....

D. DIEGUITO.

No ami[go]
en puntos de esta entidad,
no transíjo con mi honor.

D. SIMPLICIO.

Es terrible este don Diego:
joven, rico, amable, y luego
petimetre.... mas señor
es preciso confesar
que tenéis todo un sobrino.

D. ANSELMO.

¿Quién lo niega?

D. SIMPLICIO.

Es desatino,
lo que debe adelantar
en su carrera.

D. ANSELMO.

Sí tal;
cuando empiece una carrera.

D. SIMPLICIO.

No hay mujer que no se muera
por él.

D. ANSELMO.

Pues hace muy mal.

D. SIMPLICIO.

Ya se ve, tiene tan bella
figura....

D. Anselmo.

No he reparado.

D. Simplicio.

Su talento es despejado....

D. Anselmo.

Me alegro.

D. Simplicio.

Y después aquella
instrucción, aquel despejo
que el cielo le ha concedido,
admira.

D. Anselmo.

¿Con que es instruído?

D. Simplicio.

Sí señor, por mi consejo,
se traga cuanto papel
ya docto, ya literario,
se imprime.

D. Anselmo.

¿hasta el calendario?

D. Simplicio.

También se cuenta con él.

D. Anselmo.

Sopla.

D. Simplicio.

Mas quiero callar
porque pudiera ofender
su modestia y....

D. Dieguito.

No puede ser;
no señor, y continuar
debe vd.

D. Anselmo.

Mas el recado
consabido....

D. Simplicio.

Voy corriendo,
pero antes será diciendo
que sois muy afortunado *A D. A*
en tener tal sobrinito;
pues por más que lo busquéis
es fijo que no podréis
hallar otro D. Dieguito.

D. Anselmo.

¡Y necio de mí! pues yo
no juzgué que el chico fuera,
un hombre como cualquiera.

D. Simplicio.

¿Como cualquiera? eso no;
es un ser muy diferente.

D. Anselmo.

Ya lo empiezo á conocer.

D. Simplicio.

Agur pues,

D. Anselmo.

Hasta mas ver.
¡qué necio y qué impertinente!

[Apar.

ESCENA III.

D. ANSELMO Y D. DIEGUITO.

D. DIEGUITO.

Vaya tío la verdad,
no es cierto que D. Simplicio
es un pájaro de cuenta:

D. ANSELMO.

No hay duda sobrino mío;
es un hombre extraordinario.

D. DIEGUITO.

¡Toma! por eso le he visto
siempre á la moda.....

D. ANSELMO.

Lo creo.

D. DIEGUITO.

Y le llevan en palmitos,
y....por eso me contentan
sus elogios repetidos,
mucho más que si saliesen
de los labios esquisitos
de un doctor en teología.

D. ANSELMO.

¿Y si fueren excesivos?
¿y si acaso te tratase
con demasiado cariño,
con harta parcialidad.

qué dirías? él es tu amigo,
y algo pródigo en elogios.

D. Dieguito.

¡Pródigo en elogios, lindo,
precisamente de nadie
hablar bien nunca le he oido
si no de mí.

D. Anselmo.

Mayor causa
para desconfiar, sobrino.
Tú no eres ningún Adonis,
como ya te lo habrá dicho
el espejo muchas veces;
además ¿donde has seguido
los estudios? ¿cuáles aulas
has cursado? vaya, dílo
para encontrarte adornado
de un saber tan repentino?

D. Dieguito.

¿Con que nada sé?

D. Anselmo.

Sabrás
sino lo has puesto en olvido,
la gramática latina
que te enseñó siendo niño
el dómine en Santander,
y aquello que por ti mismo
hayas podido aprender
en Madrid, que si yo digo

lo que siento, nunca será
mucho.

D. Dieguito.

Pues mire vd., tío,
lo que es gramática sé
bien poco; pero os afirmo
que nada absolutamente
desde entonces he aprendido.

D. Anselmo.

¿Luego tu ciencia es infusaj

D. Dieguito.

Infusa, ó no es positivo,
que todos dicen que tengo
un talento peregrino.

D. Anselmo.

El talento como el suelo
mas feraz, si de cultivo
carece, nunca produce
sino inútiles espinos;
así, Diego, nada importa
que lo tengas esquisito:
si te falta la instrucción.

D. Dieguito.

No me falta, ¡ay tal capricho!

D. Anselmo.

¿Pues dime qué sabes?

D. Dieguito.

¿Yo?

D. Anselmo.

Tú.

D. Dieguito.

No lo sé á punto fijo;
pero ello es que hablo de tod[o]
y me aplauden, y decido
magistralmente y....

D. Anselmo.

Pues eso
no es saber nada, Dieguito.

D. Dieguito.

Ya, porque no lo estudié;
como si fuese preciso
para ser un literato,
enterrarse entre los libros.

D. Anselmo.

Hombre, á mi me parecía
necesario requisito.

D. Dieguito.

En la montaña quizá
lo será, pero es sabido
que nunca en la Corte se hila
tan delgado.

D. Anselmo.

Te repito
que no lo entiendo.

D. DIEGUITO.

Además,
qué interés habrán tenido
ni D. Cleto ni su esposa
ni Adelaida ni Simplicio
en engañarme y decir
lo que dicen. Adivino
que me saldréis con la pata
de gallo, que nunca han sido
voto las mujeres, cuando
nos hablan de sus queridos
hasta después de casadas
con ellos; mas señor mío,
¿él D. Simplicio y D. Cleto
se casan también conmigo?

D. ANSELMO.

Soy de dictamen que no.

D. DIEGUITO.

Pues ambos juran que han visto,
un pozo de ciencia en mí.

D. ANSELMO.

Permita el cielo divino
que no sea un falso.

D. DIEGUITO.

Mil gracias
por el cumplimiento, tío,

D. ANSELMO.

No te enfades, hombre, y sea
lo que quieras, Si ha cabido

dudas en mi corazón,
si manifesté sencillo
mi temor, de que no fuesen
la buena fe ni el cariño
los sentimientos que dictan
elogios tan desmedidos,
no fué porque tú no puedas
merecerlos, pero amigo
por desgracia no soy joven,
y muchas veces he visto,
ensalzar hoy, lo que ayer
mereció befa y ludibrio,
y vice versa. ¿Te acuerdas,
dime, de D. Agapito
aquel pretendiente á togas
tan flaco y tan consumido,
y de quien todos burlaban
en la tertulia del primo
D. Eustoquio?

D. DIEGUITO.

Sí me acuerdo.

D. ANSELMO.

Pues luego le he conocido
oidor en Oviedo, y ya
era un hombre muy sabido
y muy leído, después
le nombraron para Quinto
de Regente y ya era un sabio,
y se murió el pobrecillo
por último y volvió á ser

para todos un borrico.
Mira tú que altos y bajos
el concepto ha padecido
del pobre Regente, y piensa
si estás expuesto á los mismos.

D. Dieguito.

Como yo no fui Regente,
ni....

D. Anselmo.

Pero puedes ser rico
y....

D. Dieguito.

Silencio por la Virgen,
que viene....

D. Anselmo.

¿Quién? un novillo.

D. Dieguito.

No señor, mi suegro y toda
su familia.

ESCENA IV.

A MARIA, DOÑA ADELAIDA, D. CLETO,
D. SIMPLICIO *y dichos.*

D. Cleto.

Bien venido
señor D. Anselmo, vaya
tuvo vd. bien calladito
su viaje....

D. ANSELMO.

Fué tan de pronto

D. CLETO.

Y no sé como no riño
con vd., pero mejor
será abrazarle.

D. ANSELMO.

Del mismo
dictamen soy.

D. CLETO.

¿Sabe vd.,
que está rejuvenecido,
y que nadie le dará
treinta años?

DOÑA MARIA

Ni veinte y cinco,
pues no ves el sonrosado
de las mejillas, el brillo
de los ojos, el.... si no
que lo diga D. Simplicio.

D. SIMPLICIO.

Tenéis razón, y apostara
á que el señor ha tenido,
la fortuna de bañarse
en el seno cristalino
de la fuente de Juvencio.

D. ANSELMO.

¡Bañarme en fuente! pues digo
acaso los Montañeses

somos tan puercos, los ricos
tomamos baños en tina,
y los pobres en el río.

D. Simplicio.

Hablaba en alegoría.

D. Anselmo.

Ese es otro desatino,
guarde vd. su alegoría
para el cortesano lindo
que dice lo que no siente,
y lo que no se le dijo
oye, pero á montañés
el pan pan, y el vino vino.
Mas hablemos de otra cosa;
supongo señores míos,
que de la amable Adelaida,
estoy viendo los hechizos?

Doña Adelaida.

Soy muy servidora vuestra.

D. Anselmo.

Advierto que mi sobrino
no me ha engañado y que son
sus retratos parecidos.

Doña Maria

¡Ola! con que escribió á vd.

D. Anselmo.

Mil veces.

DOÑA MARIA.

Qué picarillo,
y decidme ¿en prosa ó verso?

D. ANSELMO.

Con prosa sobra infinito,
cuando se pide dinero,
y como este siempre ha sido
el objeto principal
de sus cartas....

DOÑA MARÍA.

Pues amigo
tiene mucha habilidad;
y si no, vaya Dieguito,
recité vd. si es que gusta
aquel soneto tan lindo
que compuso á un estornudo
de Adelaida.

D. DIEGUITO.

¡Qué delirio!

DOÑA MARTA.

¿Por qué?

D. DIEGUITO.

Si no vale nada.

DOÑA MARIA.

¡Modestia!, usando artificio
con que siempre los autores
disfrazan su orgullo mismo;
así pues fuera modestia.

DOÑA ADELAIDA.

Quizá el señor no halla digno
el objeto y....

D. SIMPLICIO.

Un estornudo,
Adela, es un desperdicio,
y un desperdicio de vd.
puede dar harto motivo,
no digo para un soneto,
sino también para cinco
melodramas: por lo cual
soy de opinión que sin mimos
ni subterfugios, nos diga
su soneto Don Dieguito.

D. DIEGUITO.

Pero si....

D. ANSELMO.

Vamos no te hagas
de rogar, que si salimos
después con lo que me temo,
mereces dobles silbidos.

D. DIEGUITO.

Pues, señor, por obediencia
solamente lo recito.

A la encantadora Adelaida, oyéndola estornudar el día 14 de septiembre de 1818 á las 3 y 29 minutos de la tarde.

SONETO.

Si fuese negro, guachi repitiera;
Alá te guarde siendo musulmano,
y si hubiese nacido castellano
con un *dominus tecum*, respondiera.
Pero como la suerte lisonjera
me eleva á petimetre cortesano,
por más que Dios me tenga de su man
te diré lo que nadie te dijera.
Primero te diré que el Dios Cupido,
tira flechas con arcos diferentes
para hacernos dichosos ó infelices;
y después te diré que complacido
al observar mis prendas eminentes,
para mí, se sirvió de tus narices.

D. Simplicio.

Bravo amigo, lindamente.

D. Cleto.

¡Qué soneto tan divino!

D. Simplicio.

Esto se llama hacer versos;
que vengan pues los Virgilios,
los Lopes los Garcilasos,
y verán....

D. Anselmo.

¿Conque este chico
compone mejores versos
que Lope?

D. Simplicio.

Con tercio y quinto

D. ANSELMO.

¡Y con esa figurilla
tan poco poética!

DOÑA MARIA.

Amigo
no tenéis por Dios razon;
la figura de Dieguito,
es tal, cual siempre conviene
á la gente de su oficio.
¿Ha visto vd. en su vida
un poeta gordo, rollizo
ni con buenas pantorillas?

D. ANSELMO.

¡Son tan pocos los que he visto!

D. CLETO.

D. Dieguito ¿sale vd.
esta noche?

D. DIEGUITO

Nó, es preciso
sacrificarla en obsequio
de nuestro recién venido.

D. CLETO.

Pues entonces vamonos
á la sala, y divertidos
podremos pasar el rato
hasta la cena.

DOÑA MARIA.

Un tresillo
jugaremos.

DOÑA ADELAIDA.

No mamá;
soy de parecer distinto,
mejor será que sigamos
nuestro tema interrumpido
por el señor.

D. SIMPLICIO.

Hablaremos
sensibilidad.

D. DIEGUITO.

Pues listo
vamos todos.

D. ANSELMO. (*Aparte*)

Vamos todos.
¡Ay Valladolid bendito
que bien tu casa de orates
estuviera en este sitio!

ESCENA V.

DON CLETO Y DON DIEGUITO.

D. CLETO.

Don Dieguito.

D. DIEGUITO.

Mande usted.

D. CLETO.

Ya que llegó vuestro tío,
bueno fuera que á su vista

se zanjase el consabido
enlace, y si fuese pronto
mejor.

D. Dieguito.

Sí, sí, muy bien dicho,
cuando se desnude, pienso
hablarle.

D. Cleto.

Mañana mismo
viene á casa un escribano
para ciertos asuntillos
y puede hacer de una vía
dos mandados; esto es, digo,
si á vd. le parece.

D. Dieguito.

Vaya
sí me parece: poquito
lo deseo yo.

D. Cleto.

Y con razón;
porque caballero mío,
aun no sabe su merced
qué gran cosa es ser marido.



ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

SIMON *solo.*

SIMON.

¡Qué ganas tengo de ver
á mi señor don Anselmo
y de abrazarle! tres años
(como quien dice tres credos)
hace ya que su merced
nos envió á Madrid, cediendo
de su sobrino querido
á los incesantes ruegos,
y otros tres hace también
que obediente á sus preceptos,
dejé de ser criado suyo
para serlo de don Diego;

porque al fin, siempre conviene
que un criado antiguo....mas sie
pasos.... calla, si será
don Anselmo, sí, en efecto,
él es.

ESCENA II.

DON ANSELMO Y SIMON.

D. Anselmo.

Sensibilidad:
más habladora, no pienso
hallarla en toda mi vida,
cáspita y que....Simonzuelo.

Simon.

Señor.

D. Anselmo.

Muy caro te vende

Simon.

¿Conque me echó vd. de menos?

D. Anselmo.

Pues no.

Simon.

Cuando vd. llegó
estaba en el coliseo,
y por eso, ya se vé
no estaba en casa.

D. Anselmo.

Lo creo.
¿Y qué comedia te han dado?

Simon.

El mágico de Salerno.
¡Si viera vd. cuánta gente!

D. Anselmo.

Como el tal es hechicero,
la habrá llevado por magia.

Simon.

No señor; pero hay sus vuelos,
y sus maromas pintadas,
y su poquito de infierno,
y después para acabar
hay su gloria.

D. Anselmo.

Muy bien hecho;
no puede haber un final
que más convenga.

Simon.

Y por eso
va la gente, porque al cabo
á todos gusta lo bueno.

D. Anselmo.

Tienes razón.

Simon.

Pero vaya,
¿cómo encontráis á don Diego?

D. ANSELMO.

Muy bien.

SIMON.

¿No habéis repara(

que estirón ha dado?

D. ANSELMO.

Cierto.

SIMON.

¡Y qué bueno está!

D. ANSELMO.

Parece

canónigo de Toledo,
cuando en lo gordo no sea,
en lo sano y satisfecho.

SIMON.

¡Ya! tal vida se mama.

D. ANSELMO.

¡Oiga!

según eso ¿está contento?

SIMON.

¡Toma! pudiera no estarlo,
yo también lo estoy.

D. ANSELMO.

Me alegro

infinito....

SIMON.

Si señor;

si desde que el casamiento
se trató, puede decirse

que estamos en nuestro centro,
pues se nos mima y regala
y cuida y....

D. ANSELMO.

Pues Simón, puedo
asegurarte que nada,
nada, me complace menos
que esos mismos regalos.

SIMON.

¿Y por qué?

D. ANSELMO.

Porque por ellos
sin duda encuentro á Dieguito,
muy mudado.

SIMON.

No lo entiendo.

D. ANSELMO.

Yo sí; Dieguito allá en casa
no era ningún lince, pero
era moderado, humilde,
y callaba por lo menos.
Figúrate mi sorpresa
cuando esta noche lo encuentro
muy pagado de sí mismo,
charlatán hecho y derecho,
tirar tajos y reveses
á todo y por todo, luego
no se yo lo que te diga
de la casa de don Cleto,

todo en ella me parece
simple, estudiado, embustero
y.... por fin nada me gusta
ni la novia, ni los suegros,
ni el amigo.

SIMON.

Ya ve vd.,
como en casa era chicuelo,
todo el mundo le reñía,
y no es extraño que miedo
tuviese, pero ahora es novio,
y sin duda....

D. ANSELMO.

El majadero
no conoce que le adulan
y le engañan; dí, ¿no es esto
lo que me quieres decir?

SIMON.

¡Engañarle! ni por pienso,
no señor, ¿quién dice tal?
una cosa es que atendiendo
á su cualidad de novio
y atentos y placenteros
á todo digan que sí,
reservando los denuestos
para después de casado,
y otra cosa es que su intento
sea engañarle.

D. ANSELMO.

Pero díme
¿y qué son los cumplimientos
los gestos, las reverencias,
sino engaños y embelesos
con que los hombres disfrazan
interesados proyectos?
En la sociedad, Simón,
por un tácito convenio
se recibe esta moneda,
y aunque sólo para el necio
tenga algún valor, los otros
no la desairan por eso
y la guardan.

SIMON.

¿Para que?

D. ANSELMO,

Para el escarmiento ajeno.

SIMON.

Bien sabe Dios que no sé
donde vá á parar....

D. ANSELMO.

Lo siento;
pero pronto lo sabrás,
Ahora márchate allá dentro
y en acostándose todos
sírvete de algún pretexto
y entra en mi alcoba, que allí
te explicaré por extenso,

un plan que, ó mucho me engaño,
ó ha de surtir buen efecto
luego que se ponga en planta.

SIMON.

Válgate Dios, ¿ya tenemos
plan en campaña?

D. ANSELMO.

Sí amigo
y con él probar espero
lo que vale un desengaño
siempre que nos llega á tiempo.

SIMON.

Conque, hasta después.

D. ANSELMO.

Agur.

ESCENA III.

DON ANSELMO *solo.*

D. ANSELMO.

Pues señor, ensayaremos
la farsa, así como así
nada se arriesga, y si puedo
conseguir que mi sobrino
se reconozca, no pierdo
mi viaje, porque.... mas calla
¿no son aquellos los viejos
que vienen sin duda alguna

en mi busca? sí por cierto
ellos son.... ¡qué par de muebles
para la feria! Ea, Anselmo,
manos á la obra y de un golpe
cuatro avechuchos matemos.

ESCENA IV,

D. CLETO, DOÑA MARIA. *y dichos*

D. CLETO.

Amigo en busca de vd.
venimos....

DOÑA MARIA.

Y en verdad, llenos
de sobresalto ...

D. CLETO.

Y de susto....

DOÑA MARIA.

Y de congoja....

D. CLETO.

Y de miedo....

D ANSELMO.

¿Pues señores qué ha ocurrido?
¿Habéis visto algun entierro?
¿Está la gata de parto?

D. CLETO.

No señor, vd....

D. Anselmo.

¡Yo!

D. Cleto.

Quiero
decir que vd. es la causa
de nuestro desasosiego.

D. Anselmo.

¿Cómo y cuándo?

Doña Maria.

Como vd.
Se salió del aposento
en que estaba, de puntillas
y sin decir nada, luego
ya se ve, nos figuramos
que estaba vd. malo, y....

D. Cleto.

Cierto.

Doña Maria.

Y como precisamente
nos estaba refiriendo
el bueno de D. Simplicio
aquel chistoso suceso
de las catacumbas...., todos
estabamos muy atentos
y no vimos la salida,
pero después....

D. Anselmo.

Agradezco
vuestro cuidado señores,

pero á fe de caballero,
que nunca me ví mejor.

Doña Maria.

Vaya vaya, no lo creo.

D. Anselmo.

Pero....

Doña Maria.

Si no puede ser.

D. Anselmo.

Repito....

Doña Maria.

Esos fingimientos
son excusados amigo;
vd. no puede estar bueno.

D. Anselmo.

Muchas gracias

Doña Maria.

El cansancio
del viaje, el traqueteo,
el olor de las posadas,
y los malos alimentos,
bastan sin duda ninguna
para producir un ciento
de enfermedades, y así
no es extraño que....

D. Anselmo.

Protesto
de nuevo que mi salud....

Doña Maria.

No tal, fuera cumplimientos
y confiese qué fué flato.

D. Anselmo.

Jesús y qué sacrilegio,
¡Flato!

Doña Maria.

¿Por qué no?

D. Anselmo.

Señora
si he merendado un torresno
en el pimer ventorillo,
cómo quiere vd....

Doña Maria.

Pues ello,
algo ha sido.

D. Anselmo.

Ya se vé
que ha sido; espero al arriero
con alforjas y maletas,
y sólo con el objeto
de averiguar su llegada,
dejé á vd.

Doña Maria.

¿Y para eso
estaba vd. tan solito,
reflexivo y macilento
cuando nosotros llegamos?

D. Anselmo.

Mis órdenes dí al efecto,
y después entretenido
con sólo mi pensamiento
me detuve....

Doña Maria.

Basta, basta,
que ya comprendo el misterio;
sin duda algún cuidadillo....

D. Anselmo.

No faltan en el comercio
cuidados....

Doña Maria.

Pues ya se vé;
hacer con papel dinero,
mire vd. si habrá qué hacer
y en qué pensar.

D. Anselmo.

Por supuesto;
pero hablando con verdad,
ahora estaba discurriendo
en cosa bien diferente.

Doña Maria.

Y dígame vd., ¿podemos
saber en qué?

D. Anselmo.

Sí señora
pensaba en el casamiento
de mi sobrino.

DOÑA MARIA

¿Y qué, acaso
encuentra vd. que los genios
no conforman?

D. ANSELMO

¿Quien dice
tal?

DONA MARIA.

¿El apellido nuestro
os disgusta? ¿sabe vd.
que mi marido don Cleto,
desiende por linea recta
de Juan Pérez el Gallego?

D. ANSELMO.

Para mí, señora mia,
todos los Pérez son buenos.

DOÑA MARIA

Pues entonces ¿qué os asusta?

D. ANSELMO.

Nada; antes bien el objeto
de mis reflexiones era
de un carácter mny diverso,
La risueña perspectiva
de un enlace lisonjero
que el amor ha preparado
tan sin interés, confieso
que me encanta.

DOÑA MARIA

Y con razón

D. ANSELMO.

Bien sé que algunos sujetos
dirán que el novio es muy joven;
que á su edad se está muy lejos
de conocer los deberes
de un estado tan perfecto;
añadirán que no tuvo
ni aun el necesario tiempo
para apreciar el carácter
de la novia; que sin estos
requisitos, tal enlace
carece de fundamentos
sólidos, y de consiguiente
está á mil riesgos expuestos:
dirán tambien....

D. CLETO.

Pero usted....

D. ANSELMO.

Que los padres no debieron
de ningún modo asentir
á tan pueril devaneo;
que pudieron evitarlo,
y después no lo quisieron,
son ellos los responsables
de cuanto suceda luego.

DOÑA MARIA.

¿Pero vd. qué dice?

D. ANSELMO.

Nada,

si quien lo dicen son ellos;
yo no.

DOÑA MARÍA.

Ya; pero usted sabe
muy bien, que el mundo está
de malas lenguas....

D. ANSELMO.

Sin duda.

DOÑA MARIA.

De malvados, de embusteros,
y de gente que no mira
sino su propio provecho,
y después caiga el que caiga.

D. ANSELMO.

Por lo mismo los desprecio,
y seguiré mi camino
aunque rabien.

DOÑA MARIA.

Según eso
¿habrá boda?

D. ANSELMO.

Sí señora,
y si es preciso bateo.

D. CLETO.

Me parece que los chicos
lo desean y....

D. ANSELMO.

Hágase presto,
no veo en eso inconveniente.

Doña María.

Antes será muy bien hecho,
porque siempre en tales casos
lo más pronto es lo más bueno.

D. Anselmo.

Dice bien esta señora.

D. Cleto.

Conque, ¿así los casaremos
en esta semana?

D. Anselmo.

Lindo.

D. Cleto.

Y mañana firmaremos
el contrato, ¿eh?

D. Anselmo.

Sí, cuanto antes;
así, como así deseo
salir del paso.

D. Cleto.

Y también
nosotros.

D. Anselmo.

Tengo un proyecto
hace tiempo y no podía
llevarlo á debido efecto
en tanto que mi sobrino
se hallaba libre y soltero;
pero luego que le mire

establecido y contento,
entonces será otra cosa.

DOÑA MARIA.

Tenéis razón don Anselmo.

D. ANSELMO.

El matrimonio es estado
muy feliz.

DOÑA MARIA.

Eso á don Diego,
le he dicho más de cien veces.

D. ANSELMO.

Tener uno en el objeto
de su amor, quien le aconseje
en los peligros y riesgos,
quien le cuide en sus dolencias,
quien sobre sí tome el peso
de la casa, quien le mime,
es en verdad mucho cuento.

DOÑA MARIA.

¿Y por qué se deja vd.
los chicos en el tintero?

D. ANSELMO.

Cierto.

DOÑA MARIA.

Mucho dan que hacer;
sino que lo diga Cleto.

D. ANSELMO.

No hay duda; debemos mucho
á vuestro apreciable sexo......

Doña Maria.

¡Cáspita! si nos debéis.

D. Anselmo.

Pues por mi parte protesto,
manifestarle bien pronto
todo mi agradecimiento.

Doña Maria.

¿Cómo?

D. Anselmo.

La amable Adelaida
es un objeto tan bello,
es tan dulce.

Doña Maria.

Si señor,
lo mismo que un caramelo.

D. Anselmo.

La suerte de mi sobrino
tan envidiable....

Doña Maria.

Doscientos
se dieron por conseguirla,
con un canto en ambos pechos.

D. Anselmo.

Así, pues, me decidí.

Doña Maria.

¡Ola!

D. CLETO.

¿Y á qué?

D. ANSELMO.

Dejo el comercio
para siempre.

DOÑA MARIA.

¡Para siempre!

D. ANSELMO.

Si señora, que no quiero
más riesgos ni más peligros.

DOÑA MARIA.

Muy bien hecho.

D. CLETO.

Muy bien hecho.

D. ANSELMO.

La vida de un comerciante,
es una vida de perros;
siempre pensando en borrascas,
siempre á merced de los vientos,
soñando quiebras y engaños,
hoy muy rico, y sin dinero
mañana, con crédito ahora
y después burlado y preso.
Comiendo sobre el bufete,
sin tener otro paseo
que el muelle, ni otra visita,
que el corredor y el gallego.
Por libros sólo el de caja,

por amigo el aduanero,
la desconfianza por norte
y el desengaño por premio.
Piensa vd., Doña María,
que puede vivir contento
quien vive de esta manera?

DOÑA MARIA.

¡Ay amigo don Anselmo,
mal haya amén quien le guste
andar entre marineros!

D. ANSELMO.

No más especulaciones;
realizaré mis efectos,
y después me fijaré
en la Corte.

DOÑA MARIA.

¡Pensamiento
lleno de nobleza!

D. CLETO.

¿Heróico
discurso!

D. ANSELMO.

Fincaré luego
y fundaré mayorazgo.

DOÑA MARIA.

¿En Aragón?

D. ANSELMO.

Puede; es suelo
muy feraz.

DOÑA MARIA.

Y muy cortés
en sus leyes y sus fueros.

D. CLETO.

¡Vaya, vaya, un mayorazgo!

D. ANSELMO.

Aun hay más.

DOÑA MARIA.

¿Pues qué hay?

D. ANSELMO.

Que pienso
comprar después, de Castilla
nn título.

D. CLETO.

No lo apruebo.

DOÑA MARIA.

Yo sí.

D. CLETO.

Por un pergamino
dar diez ó doce mil pesos,
no en mis días

DOÑA MARIA.

¿Y qué, no vale
nada, tener tratamiento?

D. CLETO.

Nada; delirios humanos.

DOÑA MARIA.

No digas tal, que en el cielo
hay también sus gerarquías,
y....

D. ANSELMO.

No enfadarse por eso,
la cosa no lo merece
á la verdad; tengo medios
sobrados, y puedo así
tener un capricho.

D. CLETO.

Bueno,
el que lo tiene lo tira.

D. ANSELMO.

Pretendo pasar el resto
de mi vida descansado,
vivir á lo caballero
y no hacer nada. Una casa
cómoda, un buen cocinero,
berlina, amigos, criados,
¡oh qué fortuna! y si encuentro
una mujer....

DOÑA MARIA.

Mire vd.
por si acaso que le advierto
hay malísima cosecha
ahora de amas de gobierno.

D. ANSELMO.

Y si encuentro una mujer
con hermosura, talento

y atractivo; verbigracia
otra doña Adela, cierro
ambos ojos y me caso
sin andarme en chicoleos.

DOÑA MARIA

¡Qué se casa vd.! ¿y cómo?

D. ANSELMO.

Como se casó mi abuelo,
lo mismo.

D. CLETO.

¿Y eso es de veras?

D. ANSELMO.

Si señor, no soy tan viejo
que al fin y al cabo no pueda
esperar un heredero.
Nadie tiene más edad
que la que demuestra, y creo
según vdes. me han dicho
antes, que no represento
arriba de treinta.

D. CLETO.

Ya.

D. ANSELMO.

Estoy sano, bien dispuesto
y....en fin seré buen easado,
amigos, no lo dudemos.
Pero dejemos aparte
entretanto mi proyecto,
y tratemos de los chicos;

¡pobrecillos! cuán inquietos
estarán, voy á sacarles
de la duda, sepan ellos
la dicha que les espera
y nuestro consentimiento.

DOÑA MARIA.

Esperad....

D. ANSELMO.

¡Qué disparate!
si mañana los conciertos
se firman, ¿por qué esta noche
decírselo no podremos?
Voy pues.

DOÑA MARIA.

Pero sí....

D. ANSELMO.

Venid
si gustáis, si no hasta luego.

ESCENA V.

DOÑA MARIA Y DON CLETO.

DOÑA MARIA.

¿Don Cleto?

D. CLETO.

Doña María.

DOÑA MARIA.

¿Escuchaste?

D. CLETO.

Sí, por cierto.

DOÑA MARIA.

Y bien ¿qué dices?

D. CLETO.

Yo sólo
que nos ha dejado frescos.

DOÑA MARIA.

¿Con que se casa?

D. CLETO.

Bien claro
lo ha dicho.

DOÑA MARIA.

¿Entonces el necio
del sobrino nada hereda?

D. CLETO.

Nada.

DOÑA MARIA.

¡Qué chasco tan fiero!

D. CLETO.

Terrible.

DOÑA MARIA.

Pobre Adelaida.
Y por este chuchumeco,
ha perdido su acomodo
con el anciano don Pedro.

D. CLETO.

Es verdad.

DOÑA MARIA.

Aquel al cabo
esperaba un buen empleo
en el ramo de la nieve
y....

D. CLETO.

Marido veraniego,
no es mucha pérdida.

DOÑA MARIA.

Sí,
pero es peor no tenerlo,
como nos sucede ahora,
ni en verano ni en invierno.

D. CLETO.

¿Por qué te afliges María?
no es el caso tan tremendo
cual tú piensas. Diego al cabo
tendrá entretanto alimentos
como inmediato, y después
quién sabe....

DOÑA MARIA.

Lindo consuelo,
eso dura nueve meses.

D. CLETO.

¿Nada más?

DOÑA MARIA.

O quizá menos

D. CLETO.

¿Y por qué?

DOÑA MARIA.

Porque ninguno
suele correr tanto riesgo
de ser padre antes de cuenta
como el que se casa viejo.

D. CLETO.

No te entiendo.

DOÑA MARIA.

¿Pues no ves,
que si desperdicia el tiempo,
en lugar de tornaboda
suele encontrar torna entierro?

D. CLETO.

¿Y qué haremos?

DOÑA MARIA.

Qué sé yo.

D. CLETO.

No es justo sacrifiquemos
la chica, con quien no tiene
ni una blanca.

DOÑA MARIA.

Por supuesto;
pero mira, se me ocurre
en este mismo momento

una soberana idea;
Don Anselmo está dispuesto
á casarse; pero hasta ahora
no se fijó en el objeto,
según nos dijo.

D. CLETO.

Es verdad.

DOÑA MARIA.

También hizo sin rodeos
mil elogios de Adelaida,

D. CLETO.

Cierto.

DOÑA MARIA.

Y si mal no me acuerdo,
añadió que en encontrando
una copia de tan bello
original, la daría
con su mano su dinero.

D. CLETO.

Sí, pero....

DOÑA MARIA.

Pues bien, que tome
el original.

D. CLETO.

A el cielo
pluguiese, mas no querrá.

DOÑA MARÍA.

No sé por qué.

D. Cleto.

Por don Diego.

Doña Maria.

Donde se mezcla el amor
nada importa el parentesco.

D. Cleto.

Pero dí, ¿y su edad?

Doña Maria.

Su edad
si se casa es lo de menos,
lo que importa es que se case.

D. Cleto.

Piensa entonces algún medio
(ya que tú como mujer
entiendes de casamientos)
para salir del apuro.

Dona Maria.

Mira hombre si tuviésemos
la fortuna....

ESCENA VI.

DON DIEGUITO *y dichos.*

D. Dieguito.

Señores,
vengo loco de contento;
mi tío....

DOÑA MARIA

¡Vá ya qué imprudencia
tan grande! entrarse aquí dentro
sin avisar.

D. DIEGUITO.

Es que el tío ...

DOÑA MARIA

Siempré vd. tuvo el defecto
de meterse de rondón
en mi cuarto, y es mal hecho,

D. DIEGUITO.

Perdone vd;
pero el tío....

DOÑA MARIA

Por mucho menos
reñí yo con mi sobrino,
y era todo un racionero,
y al menos si no avisaba
tosía.

D. DIEGUITO.

Hizo vd. bien, pero,
es el caso que mi tío....

DOÑA MARIA.

Su tío de vd. es sujeto
muy apreciable, y no puede
enseñaros tan grosero
método de introducirse.

D. Dieguito.

Ya, pero me dijo....

Doña Maria.

Y luego
debió vd. de reparar
que hablábamos en secreto....

D. Dieguito.

Cierto y yo....

Doña Maria

Y vd. no debió
interrumpirnos.

D. Dieguito.

Lo siento
infinito....

Doña Maria.

Es fuerte cosa
que en mi casa, nunca puedo
tener un momento mío.

D. Cleto.

Vámonos, pues, dulce dueño,
que ya es hora de cenar,
y en cenando, concluiremos
el asunto principiado.

Doña Maria.

Cuando estén todos durmiendo;
porque si no, nunca faltan
como el señor majaderos.

ESCENA VII.

DON DIEGUITO.

D. DIEGUITO.

¡Ola! pues dígole á usted
que es bonito el cumplimiento!
caramba con la señora,
¡majadero á mí! me alegro
como hay Dios, y yo venía
tan alegre y satisfecho
con lo que me dijo el tío....
Si me habrá engañado....entremos
á cenar que luego yo
sabré apurar tal misterio.





ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DOÑA ADELAIDA Y DON DIEGUITO.

D. DIEGUITO.

¿No reparaste mi bien
el despego de tu padre?

DOÑA ADELAIDA.

Y el mal gesto de mi madre
me ha sorprendido también.

D. DIEGUITO.

¡No sé por Dios qué pensar!

DOÑA ADELAIDA.

Yo tampoco y ciertamente
para ser tan tristemente,
más valiera no cenar.

D. Dieguito.

¡Si vieras con qué desvío
ambos á dos me trataron
después que á mi tío hablaron!

Doña Adelaida.

¿Habló de dote tu tío?

D. Dieguito.

No lo sé, por vida mía,
pero me inclino á que no.

Doña Adelaida.

Cuando tan mal les sentó
la conferencia, sí haría.

D. Dieguito.

¡No puedo olvidar su ceño!

Doña Adelaida.

Hasta Simplicio callaba
y la cabeza no alzaba
del plato.

D. Dieguito.

Sólo risueño
y expresivo se mostró
don Anselmo.

Doña Adelaida.

Es muy amable
y en extremo serviciable.

D. Dieguito.

Ya ví como te cuidó.

DOÑA ADELAIDA.

La primera me servía
de todo....

D. DIEGUITO.

Siempre te hablaba....

DOÑA ADELAIDA.

Y cuando no, me miraba
y después se sonreía.

D. DIEGUITO.

No ví nunca hombre más bueno.

DOÑA ADELAIDA.

Una fineza también
le debí.

D. DIEGUITO.

¿Cuál fué mi bien?

DOÑA ADELAIDA.

Un calabacín relleno,
que sin que tú se lo vieras
de su plato separó
y por detrás me le dió.

D. DIEGUITO.

¿De veras?

DOÑA ADELAIDA.

Y tan de veras

D. DIEGUITO.

¡Bendito calabacín!

DOÑA ADELAIDA.

¿Y por qué así le bendices?

D. DIEGUITO.

Porque nos hace felices,
demostrándonos por fin,
que supiste conquistar
la voluntad de mi tío.

DOÑA ADELAIDA.

Pero entonces el desvío
no podemos explicar
de mis padres.

D. DIEGUITO.

Ya se ve.

DOÑA ADELAIDA.

¿Cuál pues su causa habrá sido?

D. DIEGUITO.

No lo sé.

DOÑA ADELAIDA.

¡Ay Diego querido!
si segura de tu fe
estuviera....

D. DIEGUITO.

¿No lo estás?

DOÑA ADELAIDA.

Entonces no temo nada.

D. DIEGUITO.

Adelaida idolatrada,
no se puede querer más,
que yo queriéndote estoy,
y aunque se oponga tu padre....

Doña Adelaida.

Y aunque se enfade mi madre....

D. Dieguito.

Tuyo seré.

Doña Adelaida.

Tuya soy.

ESCENA II.

DON SIMPLICIO *y dichos.*

D. Simplicio.

Alabo amigos queridos
vuestra envidiable cachaza.

D. Dieguito.

¿Y por qué?

D. Simplicio.

¿Pues no notáis
la estrepitosa borrasca
que sobre vuestras cabezas
se forma?

Doña Adelaida.

¿Vd. sin duda habla
(cuando así nos la pondera)
de la notable mudanza
que en mis padres?....

D. Simplicio.

Si señora,
de la misma.

DOÑA ADELAIDA.

Es tan extraña
como repentina.

D. SIMPLICIO.

Y mil
desventuras nos presagia;
jamás he visto á don Cleto
tan serio.

D. DIEGUITO.

Ni yc tan agria
á doña María.

D. SIMPLICIO.

Es verdad,
y no dijo vd. palabra
por inocente que fuese
que no lograse enfadarla,
y á la que no replicase.

D. DIEGUITO.

Pues eso no ha sido nada
para como me trató
antes de cenar,

D. SIMPLICIO.

¡Caramba!
¿y cómo le trató á vd.?

D. DIEGUITO.

De majadero en mis barbas.

D. SIMPLICIO.

¡Jesús y qué sacrilegio!

D. DIEGUITO.

Ahí verá vd.

D. SIMPLICIO.

¿Y la causa
no sabe vd. de este enfado?

D. DIEGUITO.

Nadie puede adivinarla.

D. SIMPLICIO.

Quizá el tío....

D DIEGUITO.

No señor;
él al contrario lo allana
todo, la boda apresura
y acaricia á mi Adelaida.

D. SIMPLICIO.

Y dígame vd. don Diego
¿tiene don Anselmo larga
parentela?

D. DIEGUITO.

No era corta,
pero en la guerra pasada
se desgraciaron tres primos,
un tío se marchó á Francia,
mi cuñado naufragó
en el canal de la Mancha,
mi hermana murió de parto,
su chica vivió semana
y media, dos entenados
perecieron en Caracas,

una prima de mi abuela
se metió monja Bernarda
otra tuvo alferecía,
otra....

D. SIMPLICIO.

Basta por Dios, basta
que si no, nos cuenta vd.
la muerte de media España.

D. DIEGUITO.

Como vd. me preguntó....

D. SIMPLICIO.

Sí, pero yo sólo hablaba
de los vivos.

D. DIEGUITO.

Ya, ya entiendo.

D. SIMPLICIO.

De rama tan dilatada
¿quedaron vástagos muchos?

D. DIEGUITO.

Solito yo....

D. SIMPLICIO.

¡Virgen santa!
pues dígole á vd. que tiene
epidémica prosapia.

DOÑA ADELAIDA.

Pero don Simplicio nuestro,
en tamañas circunstancias,
¿qué nos aconseja vd.?

D. SIMPLICIO.

De eso mi amistad trataba;
supongo queridos míos
que ustedes dos se idolatran
profana y constantemente.

D. DIEGUITO.

Si señor.

D. SIMPLICIO.

¡Que vuestra llama
pudiera llamarse á prueba
de bomba!

DOÑA ADELAIDA.

¡De bomba!

D. SIMPLICIO.

Para
no decir (aunque es lo mismo)
que ella está tan cimentada
que ni los riesgos la asustan
ni la oposición la apaga.

DOÑA ADELAIDA.

Verdad es.

D. SIMPLICIO.

No tengo duda
que el blanco de vuestras ansias
es el santo matrimonio.

D. DIEGUITO.

Ese mismo.

D. SIMPLICIO.

Y si se casan
ustedes ¿qué harán?

D. DIEGUITO.

¡Qué haremos!
toma, lo que todos hagan,

D. SIMPLICIO.

No pregunto eso.

D. DIEGUITO.

¿Pues qué
pregunta vd.?

D. SIMPLICIO.

Preguntaba
si cuando se verifique
el enlace, ustedes tratan
de cumplirme su promesa
y de llevarme á su casa
y de......

D. DIEGUITO.

Esa es nuestra intención;
allí estaréis como un Papa.

DOÑA ADELAIDA.

A mesa y mantel....

D. DIEGUITO.

Servido....

DOÑA ADELAIDA.

Festejado....

D. Dieguito.

No se pagan
con menos vuestras finezas.

Doña Adelaida.

Contad con nuestra palabra.

D. Simpicio.

Pues es una picardía.

Doña Adelaida.

¡Qué dice vd.!

D. Simplicio.

Una infamia.

D. Dieguito

¡Don Simplicio!

Don Simplicio.

Una herejía.

D. Dieguito.

Pero hombre....

D. Simplicio.

Pues no faltaba
otra cosa; separar
como quien no dice nada
dos novios que así se quieren,
y se casan con tan sanas
intenciones.

D. Dieçuito.

Eso es cierto.

D. Simplicio.

Privar también á la patria
de un sin fin de ciudadanos.

Doña Adelaida

Ya se vé.

D. Simplicio.

Arriesgar dos almas
que se desesperarán,
si lo que anhelan no alcanzan.

D. Dieguito.

Claro está.

D. Simplicio.

No les arriendo
por mi vida la ganancia
á vuestros padres. *A doña Ade*

D. Dieguito.

Ni yo.

D. Simplicio.

Y verán lo que les pasa.

Doña Adelaida.

Pero en fin ¿qué es lo que haren

D. Simplicio.

Casarse.

Doña Adelaida.

¿Y cómo se zanjan
los temidos contratiempos?

D. SIMPIICIO.

Con firme perseverancia.

DOÑA ADELAIDA.

¿Y si mis padres no quieren?

D. SIMPLICIO.

¿Son ellos los que se casan
acaso?

DOÑA ADELAIDA.

No, pero temo....

D. SIMPLICIO.

Amigos no temáis nada;
los riesgos, contradicciones,
contratiempos y amenazas,
son entre gente de tono
cuando se casan, la salsa
de la boda, y sólo se usa
en personas ordinarias
esto de casarse á gusto
de todos.

DOÑA ADELAIDA.

No tienen gracia
á la verdad semejantes
matrimonios.

D. SIMPLICIO.

¡Qué ventajas
no proporciona un enlace
formado á punta de lanza!
los amigos traen y llevan

recados, los padres rabian,
la parentela murmura,
los criados meten cizaña
el público se divierte,
y cuando todos se cansan
los pacientes descansados
se unen y el cuento se acaba;
así pues, dadme las manos.

DOÑA ADELAIDA.

¿La derecha?

D. SIMPLICIO.

Dadme entrambas
y entre las mías jurad
que no serán separadas.

DOÑA ADELAIDA.

Con mucho gusto....; ¡ay mi Dios!
el abanico....mil gracias
D. Simplicio.

D. SIMPLICIO.

No hay de qué
señorita,.pero calla
¡qué miro!

D. DIEGUITO.

¿Qué mira vd.?

D. SIMPLICIO.

Si la vista no me engaña
estos dos retratos son
de Abelardo y de su amada
Eloísa.

Doña Adelaida.

Sólo por eso
compré el abanico.

D. Simplicio.

¡Alhaja
especial! ¡prenda divina
para aquestas ciscunstancias!

Doña Adelaida

Nueve reales me costó.

D. Simplicio.

¡Oh qué cosa tan barata!
venid, venid amiguitos
y agradeced á tan rara
casualidad, la fortuna
que su presencia os prepara;
nunca mejor se pudieran
pronunciarse las palabras
de amor, constancia y firmeza
que ahora; nunca se grabaran
con mayor profundidad;
pronnnciadlas, pronunciadlas;
vamos presto.

D. Dieguito.

Pero sí....

Don Simplicio.

Y vosotras escuchadlas
almas puras, almas grandes,
modelos de la más larga

y más anti-conyugal
pasión; ante vuestras aras,
promesas que se profieren
nunca quedan quebrantadas.
¿No es verdad?

D. DIEGUITO.

Sí lo será;
pero hágame vd. la gracia
de decirme lo que yo
he prometido.

D. SIMPLICIO.

Constancia
indisoluble, y lo mismo
ofreció doña Adelaida.

Dª ADELAIDA.

Testigos de ello Abelardo
y Eloísa.

D. DIEGUITO.

¡Dicha extremada!
ya nada temo, pues esto
me asegura y da confianza.

ESCENA III.

DOÑA MARIA *y dichos.*

DOÑA MARIA.

¿Qué hace vd aquí?

D. DIEGUITO.

Hablar
con mi Adela y....

D.ª Maria.

¿Y se levanta
vd. y nos deja solos
por eso?

D. Dieguito.

Si de ensalada
no gusto.

D.ª Maria.

¿Pero y los postres?

D. Dieguito.

Se me iudigestan las pasas
y las almendras.

D.ª Maria.

Con todo
exige la buena crianza
que no se levante nadie
hasta que el amo de casa
se levanta, y yo no sé
como un hombre que se jacta
de atento y bien educado
se conduce así con tanta
grosería.

D. Dieguito.

Siempre lo hice
y hoy sólo se me regaña;
también es buena.

D.ª Maria.

Es que ya,
don Dieguito, estoy cansada

de sufrir vuestras tontunas;
vd. tomó muchas alas
y....pero ahora que me acuerdo
vaya usted.

D. Dieguito.

¿Dónde?

Doña Maria.

A la sala
donde cenamos; allí
bebe su copa de andaya
mi Cleto, según constumbre,
y á don Anselmo relata
por vía de sobrecena
aquella célebre causa
criminal que defendió
y que le dió tanta fama.

D. Simplicio.

¿Cuál, la del ahorcado?

D.ª Maria

Sí,
y si don Diego no trata
de recordar á su tío
que son ya las doce dadas,
es fijo que no se acuesta
hasta pasado mañana.

D. Simplicio.

¡Oh! sí don Cleto se empeña
en concluirla......

D.ª Maria.

No ácaba
nunca, figúrese usted
que aun estaba en la sumaria

D. Simplicio.

¡Jesús!

D.ª Maria.

¿Qué no se va usted?

D. Dieguito.

Iré, pero....

D.ª Maria.

Qué bobada,
vaya usted y no replique.

D. Dieguito.

Voy pues.

ESCENA IV.

Dichos menos D. DIEGUITO.

D. Simplicio.

Si no se enfadara
usted quizá la dijera
que es en verdad muy extraña
esa acritud con don Diego
y....

Doña Maria.

Amigo vd. la aprobára
si supiera....

Don Simplicio.

Siendo un joven
de tan grandes esperanzas....

Doña Maria.

Buenas esperanzas son
las suyas.

Don Simplicio.

Y que ganada
tiene ya la voluntad
de la niña

Doña Maria.

Vd. se cansa
inútilmente si quiere
justificarle.

Don Simplicio.

Me pasma.
esa dureza, ese enfado.

Doña Maria

Son grandisimas sus faltas,
tiene mil defectos.

D.ª Adelaida.

¿Ya
acaso los ignoraba
vd? sus impertinencias,
rarezas, extravagancias,
necedad, mala figura
y ridícula jactancía,
¿no fueron decidme el tema
de todas nuestras diarias

y ocultas conversaciones?
¿no era yo quien repugnaba
tal enlace? ¿no fué vd.
quien ponderó sus ventajas?
¿no decidió en familia
que para marido basta
con tener....?

DOÑA MARIA.

Ese es el caso
que el hombre no tiene nada.

D. SIMPLICIO.

Pero tendrá.

DOÑA MARIA.

No señor,
no tendrá, porque se casa
D. Anselmo.

Dª ADELAIDA.

¡D. Anselmo!

Dª MARIA.

Sí querida, y solo tarda
en casarse lo que tarde
en hallar una muchacha
que se te parezca.

D. SIMPLICIO.

¡Calle!
¿y él lo dijo?

Dª MARIA.

En nuestras barbas

D. Simplicio.

[illegible] esa mujer quiere
a tu sobrina.

Dª Adelaida.

[illegible]

[illegible] a que el amor
[illegible].

Dª María.

Ni te engañas,
porque mucho me aprecio
y le prendaron mis gracias.

D. Simplicio.

[illegible].

Dª Adelaida.

Pero sus años....

Doña María

No son tantos, que no pasan
de cincuenta.

D. Simplicio

Y si se muere
que se muera, ¡linda tacha
sus bienes le sobreviven!

Dª María.

Peor fuera que se casara
con otra y......

Dª Adelaida

Pero decidme,
¿su voluntad está clara?

D.ª MARIA.

En cuanto á casarse, sí.

D.ª ADELAIDA.

Eso es malo.

D.ª MARIA.

Y tú le agradas,
no lo dudes, y si sabes
catequizarlo, le atrapas.

D. SIMPLICIO.

Silencio, porque ellos vienen.

D.ª MARIA.

Observemos sus miradas,
veamos sus movimientos,
retengamos sus palabras,
para que luego formemos
con acierto nuestro....

ESCENA V.

D. ANSELMO, D. CLETO,

D. DIEGUITO, *y dichos.*

D. CLETO.

Vaya
y cómo se pasa el tiempo,
¡quién diablos se imaginara,
que era la una de la noche!

D.ª Maria.

Tu reloj siempre se atrasa
cuando agitas la sin hueso.

D. Cleto.

Confieso sin repugnancia
mi pecado, yo no soy
disputador ni machaca,
ni....pero cuando se toca
una materia agraciada
y festiva, como pleitos,
procesos, autos, demandas,
alegatos, conclusiones,
sentencias, cargos, probanzas,
y en fin cosas que no tienen
consecuencia, no acabara
en dos meses.

D. Anselmo.

Son muy buenas
para aquel que no las paga.

D. Cleto.

Ya se vé.

D.ª Maria.

Pero el señor
hizo una larga jornada,
y descansar necesita.

D. Anselmo.

¡Quién señora no descansa
en tan buena compañía!

D.ª MARIA.

¡Cumplimientos!

D. ANSELMO.

No se llama
lisonja, lo que los labios
dicen, si lo siente el alma.

DOÑA MARIA.

¡Oh qué fino es D. Anselmo

D. SIMPLICIO.

¡Qué atento!

D.ª ADELAIDA.

¡Qué amable!

D. ANSELMO.

Nada
tiene de particular
lo que dije.

DOÑA MARIA.

¡Con qué gracia
se defiende!

DOÑA ADELAIDA.

¡Qué modestia
es la suya!

D. CLETO.

¡Y qué cristiana!

D. DIEGUITO. *Aparte*

¡Lo que quieren á mi tio!

D. Anselmo.

Con todo, como estas damas
es fuerza que se recojan,
y á fuer de bien educadas
no lo harán, hasta que yo
dé ejemplo, voyme á la cama.

D.ª Maria.

Sí sí, lo mejor es eso.

D. Cleto. *A doña María*

Supongo que nada falta
en la alcoba del señor.

D.ª Maria.

¿Me duermo acaso en las pajas?
todo lo tiene arreglado;
ropa fina y bieu sahumada,
mosquitero, guardarropa,
confidente y....

D. Simplicio.

¿Las ventanas
ajustan bien?

Doña Maria.

Sí señor.

Doña Adelaida.

¿Y la gata?

Doña Maria.

Está encerrada
en la carbonera.

D. Simplicio. *A. D. Anselmo.*

Entonces
dormiréis como un patriarca.

D. Anselmo.

Así lo creo: ea señores,
buenas noches.

Doña Maria.

Hasta mañana,
si Dios quiere.

D. Dieguito.

Vamos tío.

D. Anselmo.

Y vd. amable Adelaida

Le toma la mano.

duerma bien, y si por dicha
con ilusiones variadas
se entretiene vuestro sueño,
dejadme pues la esperanza
que la imagen de un amigo
será tan afortunada
que podrá tener lugar
entre ellas.

Doña Adelaida.

La duda agravia.

D. Cleto. *A doña María y á D. Simplicio bajo.*

¿Le tomó la mano?

Doña María.

Sí.

D. Cleto.

Bueno.

D. Anselmo.

¡Cuántas veces, cuántas
bendeciré el feliz día
en que vi tan linda cara!

Doña Adelaida. *Con disimulo á su mad*

¡Ay madre que me la aprieta!

D. Cleto. *A doña María.*

¿Qué te dice la muchacha?

Dª María.

Que se la aprieta.

D. Cleto.

Mejor.

D. Simplicio.

¡Ay Dios, si se la besara!

D. Anselmo.

No puedo ya resistir
más, mi corazón se inflama,
no sé lo que me sucede,
y pues nada me acobarda
diré á usted....

D. Cleto.

¿Qué dirá vd.?

Doña María. *A D. Cleto.*

¡Calla hombre, no le distraigas!

D. Anselmo.

Que cuando tanto interesa
la dicha, no se retarda
ni un minuto. ¡Ola, Simón!

SIMON. *Dentro*

Señor.

D. ANSELMO.

Ven pronto.

ESCENA VI.

SIMON *y dichos.*

SIMON.

¿Qué manda
usted?

D. ANSELMO.

Mañana temprano
busca un notario de fama
para que extienda el contrato
de Dieguito y de Adelaida,
pues yo lo quiero firmar
en levantándome.

D. CLETO.

¡Calla!
¡ahora salimos con ésa!

DOÑA MARIA.

¡Qué escucho!

D. ANSELMO.

No te se vaya
el santo al cielo.

SIMON.

Descuide
vd., que con dos plumadas
hay escribano en la corte
que á dos docenas casara.

D. ANSELMO.

Señora á los pies de vd.;
señores hasta mañana.

ESCENA VII.

Dichos menos D. ANSELMO *y* SIMON.

D. DIEGUITO. *A doña María.*

No dirá vd. que mí tío
no tiene prisa, y....

DOÑA MARIA.

Mal haya
su prisa. Déjeme vd.
en paz.

D. DIEGUITO.

¡Qué dicha!

DOÑA MARIA

¡Qué rabia!

D. DIEGUITO.

Salto y brinco de contento;
y pues mi tío me aguarda
para recogerse, voy
si vd. lo permite....

Doña Maria.

Vaya
usted con Dios, y no vuelva
de su sueño hasta la Pascua.

ESCENA VIII.

Dichos, ménos DON DIEGUITO.

D. Cleto.

¿Y nosotros dónde vamos?

Dª Maria.

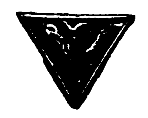
A consultar con la almohada
lo qne debemos hacer
en tan tristes circunstancias.

D. Simplicio.

Pero antes será muy bueno
que convengamos....

Doña Maria.

Cachaza,
y vénganse ustedes todos
conmigo, que mientras Juan
me pone los papillotes
el plan se hará de campaña.





ACTO CUARTO.

ESCENA I.

D. ANSELMO y D. DIEGUITO.

D. ANSELMO.

Según eso, no tendrás
el más pequeño recelo.

D. DIEGUITO.

Ni por pienso.

D. ANSELMO.

Gran consuelo
con tu confianza me das.

D. DIEGUITO.

Me juró constancia eterna.

D. ANSELMO.

Entonces hay que temer,
pues si jura la mujer,

dormir puede el hombre á pie-
suelta, que sucederá
lo propio que sucediere.

D. DIEGUITO.

Es mucho lo que me quiere.

D. ANSELMO.

Si lo dice, claro está.
Mas los amantes y amigos
suelen desdecirse presto.

D. DIEGUITO.

Ay tío, no temáis esto;
porque tengo dos testigos
imparciales, por si acaso.

. ANSELMO.

Si los tienes no replico;
mas dí ¿en dónde?

D. DIEGUITO.

En su aba

D. ANSELMO.

¡Calla! pues si llega el caso
de una vil alevosía
y trata de abandonarte,
no tienes que molestarte,
llévalo á la vicaría
y te casan.

D. DIEGUITO.

Sí lo haré.

D. ANSELMO.

Y de tu amante el desaire

emuestras: porque en el aire
scriben ellas su fe.

D. DIEGUITO.

Simplicio también oyó
an sincero juramento.

D. ANSELMO.

¿Y apoyaba vuestro intento?

D. DIEGUITO.

Toma, pues si presidió
el acto.

D. ANSELMO.

¿Cómo?

D. DIEGUITO.

Enlazando
nuestras manos.

D. ANSELMO.

¡Sin cordel!

D. DIEGUITO.

No lo necesitaba él
por cierto; considerando
que con las suyas podía
hacerlo.

D. ANSELMO.

Entonces no insisto;
mas famosísimo pisto
de manos se formaría.

D. DIEGUITO.

Así ya no temo nada.

D. ANSELMO.

Bien haces, pero no olvides
á D. Cleto y te descuides.

D. DIEGUITO.

¡Descuidarme! ¡qué bobada!
bueno fuera cuando ayer
noche tan mal me trató.

D. ANSELMO.

Pues antes, bien te aduló.

D. DIEGUITO.

No lo advertí.

D. ANSELMO.

¿Y su mujer?

D. DIEGUITO.

Me dijo doscientas cosas
que mi amor propio ofendiero

D. ANSELMO.

¡Ola Diego! ¿y qué se hieieron
las palabras cariñosas,
los elogios y cumplidos
de la tal doña María?

D. DIEGUITO.

No lo sé por vida mía.

D. ANSELMO.

¿Si acaso fueron fingidos?

D. DIEGUITO.

¿Fingidos?

D. Anselmo.

Pues.

D. Dieguito.

¿Y á qué asunto?

D. Anselmo.

¡Qué sé yo! pero ¿no extrañas
que distinciones tamañas
se acabasen tan á punto?

D. Dieguito.

Ello es muy particular.

D. Anselmo.

¿Quién dice que no lo es?
mas con todo el interés
acostumbra disfrazar
con la máscara engañosa
del cariño su intención,
y si pierde la ocasión
se descubre.

D. Dieguito.

Linda cosa.

D. Anselmo.

De otro modo no concibo
que quien te estime deveras,
hoy te suba á las esferas,
y luego te trate esquivo.
Tan rara contradicción
nunca cupo en la amistad,
que en ella la voluntad
sujeta está á la razón.

El amigo verdadero
aunque fino y complaciente,
aunque á veces indulgente
no por eso es lisonjero.
Excusa, pero no irrita,
aprecia, pero no ensalza,
y si el mérito realza
el desengaño no evita.
Diego, no nos engañemos
y huyamos siempre de aquel
que ora tierno, ora cruel,
no conoce sino extremos.

D. DIEGUITO.

Siendo así, fuerza es huir
del dichoso matrimonio
cual si fuera del demonio,
pues no hace sino reñir
y llamarme presumido,
majadero, necio, tonto....

D. ANSELMO.

Puedes serlo, mas tan pronto
no has de haber entontecido;
y pues antes te llamaban
lo contrario, vive Dios
que te engañaban los dos,
como un chino.

D. DIEGUITO.

¡Me engañab

D. ANSELMO.

O te insultan sin razón

ahora, que no puede ser
rebuzne hoy quien supo ayer
hablar como un Cicerón.

D. Dieguito.

Si tal supiera....

D. Anselmo.

Y á tí
¿qué te importa? ¿no es tu amante
tan bella como constante?
¿no es fiel don Simplicio?

D. Dieguito.

Sí.

D. Anselmo.

Pues entonces búrlate
del vejete y de la harpía,
y en tu Adelaida confía;
peor fuera sobrino....

D. Dieguito.

¿Qué?

D. Anselmo.

Nada, porque estás seguro;
pero hay muchacha que quiere
al que su padre prefiere
para marido futuro,
dejándole de querer
con igual facilidad
si la misma autoridad
exige tal proceder;

y no es falso testimonio
lo dicho, que en caso igual
no se ama á don Juan de tal
sino á don Juan matrimonio.

D. DIEGUITO.

Pero no entiendo....

D. ANSELMO.

Decía,
que fuera mucho peor
si de tu Adela el amor
á este otro se parecía.
Por fortuna no es así;
y respecto á que te adora
y á que se acerca la hora
de que pronunciéis el sí
que los dos apetecéis;
veamos si se han levantado
los de casa.

D. DIEGUITO.

¿Qué hora ha dado?

D. ANSELMO.

Pienso que fueron las seis,
y muy pronto espero yo
con Simón al escribano

D. DIEGUITO.

Me parece muy temprano.

D. ANSELMO.

Para quien se casa no.

D. Dieguito.

Pues vámonos á vestir.

D. Anselmo.

¿Estás desnudo salvaje?

D. Dieguito.

No señor, pero este traje
no es propio para lucir,
y en tal día . . .

D. Anselmo.

Patarata.

D. Dieguito.

¡Se puede acaso negar!....

D. Anselmo.

Mira, ¿quieres apostar
á que yo con gorro y bata
y sin mi buen peluquín
logro llamar la atención
más que tú, en esta ocasión,
aunque estés un serafín?

D. Dieguito.

Usted señor se chancea.

D. Anselmo.

Allá lo veremos Diego.

D. Dieguito.

Bueno será verlo, y luego
podrá ser que yo lo crea.

D. Anselmo.

Anda hombre, adórnate bien,
mas no tardes....

D. Dieguito.

Al instante.

D. Anselmo.

Que quiero ver elegante
á un pasiego parisién.

ESCENA II.

DON ANSELMO.

D. Anselmo.

Pobrecillo, y qué trabajo
le cuesta el desengañarse
confesándose á sí mismo
lo poco ó nada que vale.
Este maldito amor propio
nos ciega; cuántos ultrajes,
cuántos disgustos pudiera
un hombre en su vida ahorrarse
si un espejo racional
tuviese siempre delante:
allí el presumido Adonis
detestara sus visajes,
el lindo se hallara feo,
el semi-sabio ignorante,
y en fin para concluir
aunque sólo se ganase

que las mujeres se viesen
mujeres y no deidades,
se adelantaba no poco;
no deben así arredrarme
para el plan que me he propuesto
las muchas dificultades.
Continuemos, pues que ya
empieza á manifestarse
sus ventajas: mi sobrino
desconfía de los padres,
y principia á concebir
que pudieron engañarle;
quién sabe si en este día
detestando falsedades
renegara como algunos
de su amigo y de su amante.

ESCENA III.

DOÑA MARIA, DOÑA ADELAIDA
y dicho.

DOÑA MARIA.

Vamos chica, no me olvides
la lección, ese semblante *Aparte á doña Adelaida.*
opaco, los ojos bajos,
y en tu figura cierto aire
de timidez, de reserva
como quien vá á declararse
y no se atreve.

DOÑA ADELAIDA. *Aparte á doña María*

Sí, pero
no vendrá mal que se escape
de cuando en cuando un suspiro.

DOÑA MARIA. *Aparte á doña Adelaida*
Cierto, mas no los malgastes;
y si suspiras que sea
con mucha discreción.

D. ANSELMO *Aparte.*

Tate,
ya están aquí.

DOÑA MARIA.

¡Ola amigo!
para ser después de un viaje,
éste es mucho madrugar.

D. ANSELMO.

Acostumbro levantarme
con el día.

DOÑA MARIA.

¡Jesús! ¿y cuando
se acostumbra en los lugares
acostarse?

D. ANSELMO.

Con la noche.

DOÑA MARIA.

¡Ay! pues en las capitales
es todo al revés.

D. ANSELMO.

Es cierto.

DOÑA MARIA.

¿Y ha extrañado vd. el catre?

D. ANSELMO.

¿Cómo quiere vd. señora
siendo bueno que lo extrañe?

DOÑA MARIA.

Según eso ¿durmió vd.
bien?

D. ANSELMO.

No amiga, tuve un grande
desvelo, un desasosiego
que me impidió que cerrase
los ojos hasta las cinco
cuando menos, mas no hable
por la Virgen en tal día
de friolera semejante.
Hablemos ahora de boda
y del novio y....

DOÑA MARIA.

Gran dislate,
no señor; hablemos ahora
de vd. sólo y de sus males,
que después....también la niña
nos dió esta noche bastante
cuidado.

D. ANSELMO. *A doña Adela, con interés.*

¿Estuvo vd. mala?

DOÑA ADELAIDA.

Sí señor, tuve un ataque
horroroso.

D. Anselmo.

¿Fué de nervios?

Doña Adelaida.

Me inclino á que sí.

D. Anselmo.

¡Qué diantre!

¿y opresión después al pecho?

D.ª Adelaida.

Lo mismo que si me ahogase.

D. Anselmo.

Gran calor ¡eh!

Doña Adelaida.

Mucho.

D. Anselmo.

¿Y frío

en ambas extremidades?

Doña Adelaida.

En ambas.

D. Anselmo.

¡Cosa más rara!

Doña Adelaida.

¿Por qué?

D. Anselmo.

Porque tuve iguales

síntomas.

Doña Adelaida.

¡Qué dice vd!

D. ANSELMO.

Nervios, ahoguío, incesantes
latidos, palpitación,
calor, frío y no hay qué cansarse,
tuve lo mismo que vd.;
sólo por diferenciarme
en algo, sentí además
una especie de volcanes,
que abrasándome subían
desde el estómago....

DOÑA ADELAIDA.

¡Calle!
si á mí también me subían.

D. ANSELMO.

¡También á vd.! pues es lance
del demonio.

DOÑA ADELAIDA.

Sí señor;
he creído anoche abrasarme.

Dª MARÍA.

Quizá vuestro mal es uno
mismo, y no debe extrañarse
que entonces....

DOÑA ADELAIDA.

¡Ay!

D. ANSELMO.

¡Suspiras!

Doña Maria.

Sí desde ayer por la tarde
está la pobre....

Doña Adelaida.

¡Ay!

D. Anselmo.

¿Pues qué
tiene?

Doña Maria

Sin duda pesares.

D. Anselmo.

¡Pesares en día de boda!

Doña Adelaida.

¡Ay!

D. Anselmo.

¡Otro suspiro!

Doña Maria.

Es dable
que alguna cosa que ha visto....

Doña Adelaida.

¡Ay!

D. Anselmo.

Otro.

Doña Maria. *Aparte á doña Adelaida.*

Basta ignorante,
eso es suspirar á estajo.

D. Anselmo.

¡Y qué! ¿no podréis confiarme
ese terrible secreto?

Doña Maria.

Si pudiera lisonjearse
que usted....

D. Anselmo.

¿Y puede dudarlo?
¿Existe acaso quien trate
con más interés los suyos,
ni quien tome mayor parte
en sus gustos, en sus penas?

Dª Maria.

Hija vamos......

Doña Adelaida.

Es en balde,
Mamá perdóneme vd.
al señor menos que á nadie.

D. Anselmo.

¿Y por qué tal desconfianza?

Doña Maria.

Mire vd. es disculpable,
pues en verdad hay secretos
que deben adivinarse
y no decirse.

D. Anselmo.

Señora,
¿fuí yo nunca nigromante?

Doña Adelaida.

Ya, pero cómo se dice
á un hombre que....no se canse
vd. por Dios, porque no
se lo digo aunque me maten.

D Anselmo.

¿Os dió acaso mi sobrino
motivo de queja grave?
¡calla vd. y no responde!
¿le encontráis menos amable?
¿baja vd. los bellos ojos?
quizá vuestro pecho amante
habrá encontrado otro objeto
más digno, más....no me engañe
usted querida Adelaida;
porque usted misma no sabè,
si me dice la verdad,
lo que puede interesarle.

Doña Maria *Aparte á doña Adelaida.*

Llora, necia.

Dª Adelaida.

¡Ay Virgen mía! *Llora.*

D. Anselmo.

¡Qué! ¿llora usted?

Doña Maria.

¡Toma, á mares!

Doña Adelaida.

¡Qué desgraciada nací!

D. Anselmo.

No quisiera equivocarme
pero el amor.... el deseo....
este llanto.... Aquellos ayes....
su rubor.... La mala noche....

Doña Maria.

Y todo desde ayer tarde.

D. Anselmc.

¿Esto es desde que llegué?

Doña Maria

Sí señor desde ese instante.

D. Anselmo.

Bien sabe Dios....

Doña Maria.

Pues amigo
ella no puede explicarse
más claro.

Doña Adelaida.

Y si D. Anselmo,
sabe amar, debe evitarme
mayor confusión.

D, Amselmo.

Sí amada
Adela, fuera un vinagre,
un imbécil, si después
de demostraciones tales
no supiera á que atenerme,
y mi dicha no apreciase.

Pero ya se vé, esta dicha
á la verdad es tan grande,
tan inesperada, que
para imaginarla fácil,
es preciso que los labios
la confirmen, y la....

DOÑA MARIA.

Dale
bola, cuando una muchacha
calla en casos semejantes
es suficiente.

D. ANSELMO.

Con todo
fuera harto mejor que hablase,
porque la que habla no deja
duda, y no debe quedarle
ninguna, á quien como yo
teme tanto equivocarse.
Vamos Adelaida, vamos
dígnese usted confirmarme
mi felicidad.

DOÑA ADELAIDA.

¡Qué malo
es vd.!

D. ANSELMO.

¿Y mis maldades
cuales son?

Dª ADELAIDA.

Pues ya que vd.

se empeña en abochornarme
será fuerza que le diga
que desde que le ví....¡ay madre!
si vd. no ayuda, jamás
tendré valor.

DOÑA MARIA.

¿Se persuade
vd. ya de que la niña
le quiere? ¿Os queda un adarme
de duda?

D. ANSELMO.

Ahora no, mas siempre
cofiiese vd. que un amante
con peluca, hace muy bien
por si acaso, en no confiarse.
Yo la tengo á pesar mío,
y además (sin adularme)
tengo mis buenas arrugas,
y mis sendos alifafes,
y mi tos y mi ronquera,
y en fin lo que es inseparable
de la edad; pero también
lo que es harto repugnante
para el amor: así amiga
no se queje vd ni extrañe
si yo....

DOÑA MARIA.

Y no dice vd. nada
de sus prendas relevantes

de su mérito, experiencia
y....

D. Anselmo.

Sí tengo bastante
experiencia, no lo niego;
pero ella misma es quien me hace
incrédulo, pues se adquiere
á costa de Navidades.
Luego, Dieguito es un joven....

Doña Adelaida.

Demasiado.

D. Anselmo.

Es elegante....

Doña Adelaida.

Un hombre es mucho mejor
para marido.

D. Anselmo.

Tiene aire
cortesano....

Dª Adelaida.

Si tendrá;
pero al cabo siempre es aire.

D. Anselmo.

Versifica....

Doña Adelaida.

No me gusta
andar tras los consonantes.

D. Anselmo.

Baila....

Doña Adelaida.

Talento pedestre.

D. Anselmo.

Y en fin tiene habilidades
que juntas le constituyen
un rival muy formidable.

Dª. Adelaida.

Para vd. es bien pequeño.

D. Anselmo.

Ojalá, mas olvidarme
no puedo, de que vd. misma
no lo halló tan despreciable
cuando....

Dª Adelaida.

Si le admiti fué
por obediencia á mis padres.

D. Anselmo.

Con todo, vd le alababa....

Doña Adelaida

¿Sintió vd. que le alabase?

D. Anselmo.

Sentirlo no, pero nunca
á quien sabe amar, complacen
las ajenas distinciones;
y esto no debe extrañarse,
porque el amor propio siempre
se ofende y....

DOÑA ADELAIDA.

Basta, no pase
vd. cuidado que....

D. ANSELMO.

Pero....

DOÑA ADELAIDA

Ya verá vd. si se sabe
complacerle.

D. ANSELMO.

No os entiendo.

DOÑA ADELAIDA.

Yo si entiendo á vd. y baste.

ESCENA IV.

D. DIEGUITO *y dichos.*

D. DIEGUITO.

Era tanta mí impaciencia,
señoras, de presentarme
á vdes. que yo no sé
como pude acicalarme
tan pronto, vaya, yo mismo
estoy admirado.

DOÑA ADELAIDA. *A D. Ansel*

Suave
frescor, hermosa mañana,
amigo, para pasearse,

D. ANSELMO.

Mas no muy segura, pues
el tiempo tira á variable.

D. DIEGUITO.

Figúrese vd. que vengo
casi, casi sin peinarme
porque, ¿quién diablos repara
en vísperas de casarse
en un rizo más ó menos?

Dª ADELAIDA. *A D. Anselmo.*

¿Sería vd. de dictamen
que diésemos cuatro vueltas
por el jardín?

D. ANSELMO.

Lo que mande
vd. querida Adelaida,
nunca puede disgustarme.

D. DIEGUITO.

¡Qué es esto! ninguno ve
ni oye.

DOÑA ADELAIDA. *A D. Anselmo.*

Pues entonces dadme
vuestro brazo y vamos.

D. ANSELMO.

Vamos.

D. DIEGUITO.

¡Ay que se van sin hablarme!
No, pues no piensen que yo

he de sufrir tal desaire;
tío, tío, señorita....

D. ANSELMO.

¡Ola! ¿tú aquí?

D. DIEGUITO.

Toma si hace
dos horas que....

D. ANSELMO. *A Dª Ade*

Mire vd.
qué adornado, qué elegante
se presenta....

DOÑA ADELAIDA.

¿Quién?

D ANSELMO.

Dieguito.

DOÑA ADELAIDA.

¡Jesús, señor y qué traje
tan rídiculo!

D. DIEGUITO.

Señora,
¿Qué es lo que vd. habla?

DOÑA ADELAIDA.

Sastre
como el de vd. no se encuentra
aunque se busque en Getafe.

D. DIEGUITO.

Sí es la última moda y....

DOÑA ADELAIDA.

Vaya,
es preciosísimo el fraque;
con sus faldones de cola
á manera de faisanes,
sus botones de metal
avelonado, su talle
de doncellita opilada,
y en fin su cuello de abate;
pues y el pantalón.... ¡qué corto!
¿sirvió acaso á vuestro padre?

D. DIEGUITO.

Adelaida ¿está vd. loca,
ó quiere vd. sofocarme?

DOÑA ADELAIDA.

Vámonos pues y dejemos *A D. Ansel.*
á el señor con sus disfraces,
que solamente son buenos
para cuando llegue un baile
de máscaras.

D. DIEGUITO.

Tan siquiera
permitid que os acompañe.

DOÑA ADELAIDA.

No, que se levanta fresco,
y puede vd. constiparse.

D. ANSELMO.

Quédate, quédate aquí,
y así podrás avisarme
cuando venga el escribano

D. DIEGUITO.

Deteneos un instante.

DOÑA ADELAIDA.

¿Para qué?

D. DIEGUITO.

Tengo unos versos
que podieran recitarse
y....

DOÑA ADELAIDA.

Pues yo no tengo tiempo
para escuchar vaciedades.

ESCENA V.

DON DIEGUITO Y DOÑA MARÍA.

D. DIEGUITO.

¡Sin duda yo estoy soñando!

DOÑA MARIA.

Hay sueños que son verdades.

D. DIEGUITO.

¿Y podéis, señora mía,
en este caso, explicarme
á quien debo yo el favor
de tan nuevas sequedades?

DOÑA MARIA.

A vd. mismo.

D. DIEGUITO.

Muchas gracias.

DOÑA MARIA.

¿Qué no pueden aguantarse
presunción y vanidad
juntas, en quien nada vale.

ESCENA VI.

DON DIEGUITO.

D. DIEGUITO.

Apostemos dos ochavos
á que si llego á enfadarme
á todos mando á pasear;
¡qué palabras! ¡qué modales!
¡qué sonrisas tan burlonas!
y todo antes de casarme;
pues, señor, no sé que harán
cuando en efecto me case.

ESCENA VII.

DON DIEGUITO Y DON SIMPLICIO.

D. SIMPLICIO.

¡Válgame Dios! Si se habrá
agotado el chocolate.

D. DIEGUITO.

¡Ay Simplicio de mi vida
venga vd. á consolarme!

D. SIMPLICIO.

Estoy de prisa amiguito.

D. Dieguito

Todo el mundo se complace
en mi mal.

D. Simplicio.

Cuando es ajeno
suele ser muy agradable.

D. Dieguito.

Sepa vd. que mi Adelaida
me desprecia.

D. Simplicio.

Disparate;
eso será disimulo.

D. Dieguito.

No señor, que sus desaires
son bien claros.

D. Simplicio.

Pues entonces
no debe vd. molestarse
en necias cavilaciones.

D. Dieguito.

¿Por qué?

Don Simplicio.

Porque es indudable
que quien desaira no quiere.

D. Dieguito.

¡Lindo consuelo!

D. SIMPLICIO.

Apreciarle
debe vd. si por lo menos
le desengaña.

D. DIEGUITO.

¡Qué diantre!
Ni por política quiso
detenerse ni escucharme
estos versos....

D. SIMPICIO.

Con que.... agur,
porque se va haciendo tarde.

D. DIEGUITO.

Leedlos por vida mía.

D. SIMPLICIO.

No puedo, no.

D. DIEGUITO.

Vaya, acabe
vd. por Dios de tomarlos.

D. SIMPLICIO.

Es empeño formidable,
¿y para qué?

D . DIEGUITO.

Para ver
si son buenos.

D. SIMPLICIO.

¡Qué donaire!
¿pues qué acaso puede serlo?

D. Dieguito.

¡Qué dice vd.!

D. Simplicio.

Que no valen
sus versos de vd. un bledo.

D. Dieguito.

¿Y mi soneto?

D. Simplicio.

Pasable
á duras penas.

D. Dieguito.

Y vd.
¿no lo encontraba admirable
ayer noche cuando menos?

D. Simplicio.

Si por moneda contante
toma vd. cuanto le dicen
podrá al cabo equivocarse
en su cuenta, que quien no
sabe restar, nada sabe.

D. Dieguito.

Eso es decirme....

D. Simplicio.

Que vd.
es un pobre principiante
que si se aplica, podrá
con el tiempo señalarse
y ser algo, pero que ahora
es sólo....

D. Dieguito.

¿Qué?

D. Simpiicio.

Un badulaque.

ESCENA VIII.

DON DIEGUITO.

D. Dieguito.

¡Habrá tamaña insolencia!
y este es mi amigo.... pedante,
pícaro, desvergonzado,
yo te diré....pero tate,
¡y si dice la verdad
por qué debo de enfadarme!
Vamos, no hay remedio, es fuerza
que á todos juntos les cante
la palinodia, y que sepa
como yerno y como amante
á lo que debo atenerme,
pues no es justo que se paguen
antes de casarse deudas
que después se satisfacen.





ACTO QUINTO.

ESCENA I.

D. ANSELMO, Dª MARIA Y Dª ADELAIDA.

D. ANSELMO.

Lo dicho dicho, señoras;
perdonadme si soy franco,
y molesto y machacón;
mas no puedo remediarlo.

Dª MARIA.

Vaya, por Dios, D. Anselmo
explíquese vd.

D. ANSELMO.

Más claro
no puedo hablar, con que así
ó herrar ó quitar el banco.

DOÑA MARIA.

¿Pero qué banco?

D. ANSELMO.

Señora,
yo nací muy desconfiado
os lo dije en el jardín
y lo digo en este cuarto.
Añada vd. que me veo
sumamente enamorado,
que quien ama tiene celos,
y quien recela es un sandio
si no busca su remedio
en un grato desengaño.

DOÑA MARIA.

Todo eso está muy bien dicho;
pero es cuando son fundados,
cuando hay motivo. Mi Cleto
verbigracia, hace diez años
tuvo celos y fluxión
á los ojos; pero vamos
¿y por qué fue? porque un tal
don Marquitos de Avendaño.
me miró catorce veces
seguidas; cinco en el prado
y nueve en el jubileo,
y note vd. que su quebranto
aunque sin culpa de nadie
por fin se fundaba en algo;
mas en el caso de vd.....

D. Anselmo.

Mi caso no es tan extraño
como á vd. se le figura,
porque al cabo si don Marcos
estando fuera de casa
os miró y remiró tanto,
¿que no hará mi sobrinito
decidme, cuando esté al lado
todo el día de Adelaida?

Doña Adelaida.

Si hubiera vd. reparado.
de que modo maltraté
á don Dieguito hace un cuarto
de hora, no fuera tan grave
entonces vuestro cuidado.

D. Anselmo.

Convengo en que vd. le puso
como un trapo, pero el trato,
la costumbre y....vaya vaya,
es preciso no engañarnos;
donde se encuentran cenizas
hubo fuego.

Doña Maria.

En este caso
vd. no se tranquiliza
ni desengaña, entretanto
que vuestro sobrino viva
en casa.

D. Anselmo.

Disimularlo
no puedo.

Doña María.

Y siendo don Diego
un pariente tan cercano
de vd. ¿cómo se le pone
en la calle?

Doña Adelaida.

No lo alcanzo.

D. Anselmo.

Yo no digo ni aconsejo
tal cosa; ustedes son harto
prudentes y en este asunto
harán lo más acertado
sin duda, pero el tiempo urge
y si llega el escribano
y ustedes no se deciden,
les aseguro y declaro
que no puedo responder
de cuál será el resultado.

Doña María.

Pero don Anselmo....

Doña Adelaida.

Pero
señor don Anselmo....

D. Anselmo.

En vano
se cansan ustedes; hoy,
ó se firman los contratos
con Dieguito ó se le quita
toda esperanza, pensadlo

y obrad en su consecuencia:
una hora tenéis de plazo;
aprovechadla que yo
por si van mal dadas, marcho
á ponerme la peluca
y los botines de paño.

ESCENA II.

DOÑA ADELAIDA y DOÑA MARIA.

Dª ADELAIDA.

¿Sabe vd. que es gran apuro?

DOÑA MARIA

No lo es si reflexionamos
que por más que lo evitemos
ello al fin tarde ó temprano
hemos de reñir de veras
con don Dieguito, que el chasco
no es para menos.

DOÑA ADELAIDA.

Es cierto,
¿pero quién tiene el descaro
de decirle que se vaya?

Dª MARIA.

Tú

DOÑA ADELAIDA.

¡Yo!

DOÑA MARIA.

Sí, porque en los labios

de una mujer que se quiere,
todo está bien.

D. Anselmo.

Convengamos
en que lo que sienta mal
nunca se oye con agrado.

Doña María.

Con todo hay gran diferencia,
pues si al cabo si á un extraño
se le dice que es un necio,
un menguado, un mentecato,
quién sabe lo que éste suele
respondernos y llamarnos;
pero un amante.... no hay miedo,
bien puedes cargar la mano
y decirle y aun hacerle
lo que quieras, porque al cabo
él solo te ha de llamar
ingrata y sales del paso.

Dª Adelaida.

También coqueta y....

Doña María.

También;
pero esta gente en estando
enfadada, cuanto dice
tiene igual significado.

ESCENA III.

D. CLETO *y dichos.*

D. Cleto.

Mirad que viene Don Diego.

Doña Maria.

Mejor.

D. Cleto.

Le estuve observando
en el jardín y á lo lejos
le he seguido por gran rato:
si vierais como miraba
al cielo y luego las manos
cruzaba y luego tosía
y estornudaba y....

Doña Maria.

San Franco
de Sena le valga, que eso
es estar desesperado.

D. Cleto.

Cuando digo que....

ESCENA IV.

DON SIMPLICIO *y dichos.*

D. Simplicio.

Señoras,
don Dieguito....

DOÑA ADELAIDA.

¡Ay cielo santo!

D. SIMPLICIO.

Que viene ya....

DOÑA ADELAIDA.

¿Pues en dónde
le dejó vd?

D. SIMPLICIO.

En el patio
de los naranjos.

DOÑA ADELAIDA.

Permita
Dios que se vuelva naranjo.
¿Y qué hacemos? *á doña María.*

DOÑA MARIA.

Oyes chica,
si tú te aturdes, lo echamos
todo á perder. Es preciso
que calmes tu sobresalto,
y le esperes á pie firme.

DOÑA ADELAIDA.

Con que he de ser....

D. CLETO.

Concluyamos,
que alguien sube la escalera
y no sea que....

DOÑA MARIA

Retirados
nosotros te observaremos
y saldremos en tu amparo
cuando llegue la ocasión;
vamos Cleto.

D. CLETO.

Vamos.

D. SIMPLICIO.

Vamos.

DOÑA ADELAIDA.

Eso es dejarme en las astas
del toro.

D.ª MARIA.

No, te dejamos
con quien fue ayer tu novio,
y hoy es sólo tu contrario.

ESCENA V.

DOÑA ADELAIDA.

D.ª ADELAIDA.

El es, ¡y qué cara trae
el pobre de renegado!
Vaya que estará furioso,
pero no me da cuidado
que yo le cortaré á tiempo
el revesino.

ESCENA VI.

ON DIEGUITO *y* DOÑA ADELAIDA.

D. Dieguito.

Rabiando
de celos....

Dª Adelaida.

Jesús, don Diego;
no hable vd. por Dios tan alto
porque tengo una jaqueca
que ya, ya....

D. Dieguito.

Buenos estamos
para andarnos en jaquecas.

Dª Adelaida.

Nada os cuesta hablarme piano.

D. Dieguito.

Qué piano ni qué guitarra.

Dª Adelaida.

Toda mi vida he odiado
las voces, y.... mire vd.
tuve por novio un muchacho
(catalán era por cierto)
joven, rico y bien plantado,
á quien desprecié, por que
me requebraba gritando.

D. DIEGUITO.

Señorita yo no vengo
ahora con requiebros

Dª ADELAIDA.

Bajo

D. Diego.

D. DIEGUITO.

Por vida de....

Dª ADELAIDA.

Más bajo ó si no me marcho.

D. DIEGUITO.

Vamos, bajaré la voz.

Dª ADELAIDA.

¿No ve vd. cuál es mi estado?
si apenas tengo valor
ni para mover los labios.

D. DIEGUITO.

Digo que no gritaré.

Dª ADELAIDA.

Veámoslo, pues.

D. DIEGUITO.

He notado
Adela....¿va bien así?

Dª ADELAIDA.

No va muy mal.

D. DIEGUITO.

Vuestro extraño
proceder....

D.ª Adelaida.

No apoye vd,
en la final del vocablo,
porque el tímpano padece.

D. Dieguito.

Y....

D.ª Adelaida.

¡Ay Dios cómo me ha estropeado
esa conjunción malvada!

D. Dieguito.

Carguen con vd. los diablos
y con la tal conjunción,
con en el novio, con el piano
y conmigo, pues que tuve
paciencia para aguantaros.

D.ª Adelaida.

¡Cómo, cómo! vd. ignora
sin duda de que está hablando
con doña Adelaida Pérez,
Fernández, Rodríguez, Castro,
Mendoza....

D. Dieguito.

Pero sí....

D.ª Adelaida.

Almarza,
Blanco, Rojo, Nieto, Calvo....

D. Dieguito.

Señorita....

Dª Adelaida.

Valladares
y Laínez. ¿Ha olvidado
vd. las prerrogativas
que en todo tiempo gozaron
las mujeres de mi clase?
¿sabe vd. cuán escudados
están todos sus caprichos
en su sexo, en sus encantos?

D. Dieguito.

Adelaida....

Doña Adelaida.

Sois un necio.

D. Dieguito.

Mil gracias.

Dª Adelaida

Un mentecato

D. Dieguito.

También ésa.

Dª Adelaida

Un ignorante,
un grosero, un desalmado,
un hombre, en fin, y con eso
digo todo lo que callo.

D. Dieguito.

Pues no es mucho lo que calla
vd.

D.ª Adelaida.

Cada vez me aplaudo
más y más del juramento
que hice antes de abandonaros.

D. Dieguito.

Mire vd. que fué de amarme.

D.ª Adelaida.

Está vd. equivocado
eso fué anoche, mas hoy
ha sido sólo de odiaros.

D. Dieguito. *Aparte.*

Mal haya tanto jurar.

D.ª Adelaida.

Y sino fuera mirando
mi jaqueca y que no puedo
hablar casi....

D. Dieguito. *Aparte.*

Sin embargo
lo disimula bastante.

D.ª Adelaida.

Os diria que....mas ¡ay santos
cielos!....¡mi pobre cabeza
se desploma!.... ¡yo me abrazo
de calor!.... ¡Jesús!.... ¡Jesús
de esta hecha sí que no escapo!

ESCENA VII.

D. CLETO, DOÑA MARIA, D. SIMPLICIO
y dichos.

D. SIMPLICIO.

¿Qué es esto?

D. CLETO.

¿Qué te sucede?

Dª MARIA.

¿por qué das voces?

D. CLETO.

Temblando
está como una azogada.

Dª MARIA.

Dinos pronto qué te ha dado.

Dª ADELAIDA.

¡Ay señora! ¡ay padre mío!
este hombre me ha asesinado.

Dª MARIA.

Justicia de Dios, justicia.

D. DIEGUITO.

Calle vd. por san Pancracio.
no pase, lo oiga y lo crea
algún alcalde de barrio.

D. CLETO.

¿Te ha insultado?

D.ª ADELAIDA.

Sí señor.

D. DIEGUETO.

No tal, yo no la he insultado;
ella fué quien....

D. CLETO.

Hombre vil,
¿y vd. se atreve á negarlo?
Salid pronto de mi casa.

D. DIEGUITO.

Señor D. Cleto, despacio,
mire vd. que yo no sufro
de ningún hombre....

DOÑA MARIA.

¡A mi amado
esposo así se amenaza!
idos de aquí.

D. DIEGUITO.

No amenazo;
pero si se desvergüenza
conmigo le descalabro.

D.ª ADELAIDA.

¡Descalabrar á mi padre!

DOÑA MARIA.

¡A un Pérez!

D. SIMPLICIO.

¡A un abogado!

D.ª María.

¡Qué insolencia!

D. Simplicio.

¡Qué delirio!

D.ª Adelaida.

De mi vista id desterrado.

Doña Maria.

Fuera, fuera de mi casa.

D. Dieguito.

Pero....

D. Cleto.

Fuera.

D. Dieguito.

Si....

D. Simplicio.

Marchaos.

D. Dieguito.

No sé lo que por mí pasa.

ESCENA VIII.

Dichos y SIMON.

Simon.

Señorito ya ha llegado....

Doña Maria.

Y ya era tiempo á fe mia.

D. Dieguito.

Pues dile al escribano,
de mi parte, que se vuelva
por donde vino.

Doña Maria.

Desbarro
igual no lo vi jamás:
¿Y por qué?

D. Dieguito.

Yo te lo mando
anda marcha.

Doña Maria.

Nada de eso,
yo te mando lo contrario;
que se quede, que se quede.

Doña Adelaida *A doña Mari*

¿Y no os parece acertado
que al pobre se le entretenga
con dos magritas y un trago
para que no se fastidie?

Doña Maria.

Si, si, que almuerce el Notario,
que cuando se está en ayunas,
sienta mal cualquier contrato.

D. Dieguito.

A ver como no le dán
vds. todo el marrano,
¡Qué me importa! Lo que yo
os digo es que no me caso.

Doña Adelaida.

¿Y quién dice....

D. Dieguito.

Nada, nada,

no me caso.

Doña Maria.

Estáis soñando,

¿Y quién se quiere casar

con vd ?

D. Simplicio.

Ninguno.

D. Dieguito.

Vamos

que con alguna intención

se detiene al secretario.

Doña Adelaida.

Hombre necio, pues que no

merecéis otro dictado,

¿cómo imagináis siquiera

que quien os ha despreciado

como yo os desprecio, puede

solicitar vuestra mano?

D. Dieguito.

Pues ayer....

Doña Adelaida.

Ayer fingí,

obediente á los mandatos

de mis padres, que os amaba,

y no estando preocupado
mi corazón de otro objeto
se prestó sin embarazo
á una ficción que podía
proporcionarme un estado
ventajoso, una salida....

Doña Maria.

Porque amigo, vamos claros;
los padres quieren salir
de las hijas y....

D. Dieguito.

¡Canasto!
¿con que sólo para salir
de la ganga....?

Doña Adelaida.

Lisonjeando
vuestro amor propio, sufriendo
vuestro caprichoso trato,
adulando vuestros gustos,
mintiendo, disimulando
se consiguió fácilmente
el proyecto deseado:
pero ya no nos conviene,
amiguito, por lo tanto
sepa vd. que ayer como hoy
no ha sido vd. sino el blanco
ridículo, del afecto
menos desinteresado.

D. Dieguito.

¿Con que todo fué mentira?

DOÑA ADELAIDA.

Todo.

D. DIEGUITO.

¿Y mi talle? ¿Y mi garbo?

DOÑA ADELAIDA.

El espejo os lo dirá.

D. DIEGUITO.

¿Y mi gracia?

DOÑA MARIA.

Se ha eclipsado
con la herencia.

D. DIEGUITO.

¿Y mi talento?

D. SIMPLICIO.

Fué de la amistad regalo
generoso, don gratuito.

D. DIEGUITO.

¡Qué esto escucho y no me mato!
¿Y entonces por qué se queda
el Notario?

DOÑA MARIA.

Es un arcano
que pronto....

SIMON.

Pero señores
¿están vds. borrachos?
¿qué notario es ése? ¿quién
ha sido el que lo ha buscado?

D. DIEGUITO.

¡Cómo! pues no fuistes tú...

SIMON.

No señor, ni imaginarlo.

D. DIEGUITO.

Pícaro ¿y dejas hablar
sobre un supuesto tan falso
dos horas?

SIMON

¿Y vds. á mí,
por si acaso, me han dejado
meter baza?

DOÑA MARIA.

¿Mas quién es
el que espera?

SIMON.

El maragato
con quien vino don Anselmo.

D. ANSELMO.

Pues dí ¡no te dijo tu amo
que avisases!...

SIMON.

Sí señora,
me lo dijo en este cuarto;
pero en el suyo me dio
contra orden.

D. CLETO.

¿Y qué diablos

tenemos ahora que ver
nosotros con el malvado
maragato?

SIMON.

¡Qué sé yo!
mi amo quiso...

D. DIEGUITO.

¿Es el tio Pablo?

SIMON.

Si señor.

D. DIEGUITO.

¿Y se va pronto?

SIMON.

Toma, esta tarde á las cuatro.

D. DIEGUITO.

Me alegro; como soy Diego,
porque á las cuatro me largo
á Santander.

DOÑA ADELAIDA.

Hará vd.
divinamente.

DOÑA MARIA.

No acabo
de comprender la razón
porque don Anselmo ha dado
esa contra orden.

D. CLETO.

Ni yo.

DOÑA ADELAIDA.

Ya la sabremos, salgamos
ahora de don Diego, y luego...

D. DIEGUITO.

Por salido.

ESCENA IX.

DON ANSELMO *y dichos.*

D. ANSELMO.

¡Qué fracaso!

DOÑA MARIA.

¡Otro susto!

D. ANSELMO.

¡Qué desdicha!
¡qué golpe tan inpensado!

DOÑA MARIA.

¡Pero hombre!...

D. ANSELMO.

¡Frustrarse así
mis esperanzas, conatos,
y deseos; tener ahora
á pesar de mi cansancio
que emprender otro viaje,
y vuelta á los malos pasos,
y á las mesoneras puercas
y al arroz y al bacalado,

y á las chinches..; ¡vaya es cosa
de darse un pistoletazo!.

Doña Adelaida.

D. Anselmo de mi vida,
¿qué dice vd.?

Doña Maria.

Explicaos.

D. Cleto.

Sin duda algún contratiempo,

D. Anselmo. *A Simón.*

Sí señor...marcha volando,
y llévate las maletas
al mesón.

Doña Maria.

¡Al mesón!

D. Dieguito.

Bravo.

D. Anselmo. *A doña María.*

Sí mi señora: al mesón
de los huevos. Ten cuidado *A Simón.*
con las alforjas; que vayan,
ya que en cuaresma no estamos,
bien provistas...

Doña Adelaida.

Luego vd...

D. Anselmo.

Compra tocino, garbanzos
chocolate, salchichón

y en fin todo, porque al cabo
no hemos de encontrar ni alpiste,
en pasando del portazgo.

DOÑA MARIA.

Por la inmaculada Vírgen...

D. ANSELMO.

Y no te dejes el saco
de la ropa sucia.

SIMON.

Bien;
pero después que dejado
quede todo en el mesón,
¿he de volver á buscaros?

D. ANSELMO.

No por cierto, que yo iré
sin perderme, preguntando.

SIMON.

Pues por mí no ha de quedar.

D. ANSELMO.

Oyes, que te ayude Pablo.

ESCENA X.

Los dichos menos SIMON.

DOÑA MARIA.

Según eso ¿vd. se va?

D. ANSELMO.

Ahora mismo.

DOÑA MARIA.

¿Pero acaso
urge tanto ese viaje?

D. ANSELMO.

Ay señoras, urge tanto
que un minuto, un solo instante
me pierde, desperdiciado.

D. CLETO.

¿Iréis entonces en posta?

D. ANSELMO.

Me voy con el maragato
que es la posta de mi tierra.

Dª MARIA.

¿Y el proyecto concertado?

DOÑA ADELAIDA

¿Y mi boda?

D. ANSELMO.

Impracticable.

DOÑA MARIA.

¡Cómo!

D. ANSELMO.

Si estoy arruinado.

Dª ADELAIDA.

¡Arruinado!

D. ANSELMO.

Sí señora.

DOÑA MARIA.

¡Tan pronto!

D. ANSELMO.

Un cálculo falso....
un error....qué quiere vd....
yo no puedo remediarlo....
mi corresponsal....

D. CLETO.

¿Quebró?
¿deja concurso?

D. ANSELMO.

No.

D. CLETO.

Malo.

DOÑA MARIA.

¿Se fugó?

DOÑA ADELAIDA.

¿Murió?

D. SIMPLICIO.

¿Cegó?

D. ANSELMO.

Tampoco, pero me ha dado
una terrible noticia;
sepan ustedes que un barco
que esperaba de mi cuenta
desde Veracruz cargado
de Soconusco, llegó
¡Oh qué desgracia! averiado,
y sólo con Guayaquil
á Santander.... es un chasco.

figúrese vd. don Cleto....
de Guayaquil.

D. Cleto.

Desgraciado
suceso, mas me parece
que no es tan desesperado
porque....

D. Anselmo.

¡Ay amigo! se conoce
que no entendéis de cacao.

D. Cleto.

Tomo siempre el que me envia
Torroba y....

D. Anselmo.

Vaya, es petrado
sin ejemplo; pero yo
pondré remedio; me marcho
esta tarde, llego el lunes,
y entonces....

Doña Adelaida.

¿Será muy largo
este asunto?

D. Anselmo.

Largo no,
¿qué puede tardar? ¿dos años?
cuanto escribo á Veracruz,
me responden, y si acaso
no convenimos, se vuelve

á escribir, y contestado
que sea, se pone el pleito
y después....

DOÑA ADELAIDA.

Nunca me caso;
ya está visto.

D. ANSELMO.

Este maldito
contratiempo ha trastornado
todos mis proyectos; pero
Dieguito está enamorado
de vd. y asi cumplirá
por mí.

D. DIEGUITO.

¡Yó!

D. ANSELMO.

¿Por qué no?

D. DIEGUITO.

Vamos,
¿vd. se burla de mí?

D. ANSELMO.

Adelaida te ha estimado
siempre, su padre te adora,
su madre te aprecia tanto,
y Simplicio....

D. DIEGUITO.

¿Quiere vd.
que veamos si tengo mucho
que me lleve?

D. ANSELMO.

Pues ¿te vienes
conmigo?

D. DIEGUITO.

Sí tío, y no paro
de correr, hasta que llegue
á Santander.

D.ª ADELAIDA

Pero amado
D. Dieguito....

DOÑA MARIA.

Yerno mío....

D. CLETO.

Señor....

D. SIMPLICIO.

Amigo estimado....

D. DIEGUITO.

No hay que cansarse, porque
ya conozco lo que valgo
y lo que valen ustedes:
mi partido está tomado:
á la montaña me vuelvo;
no más ciudad, no más vanos
cumplimientos ni lisonjas;
no más amor cortesano:
una pasiega rolliza
que me estime y me hable claro,
una muejr que se case

conmigo y no con el gato
de D. Anselmo, una buena
madre de mis hijos, trato
de buscar; cuando la encuentre
mi corazón y mi mano
le daré, del mismo modo
que alegre y desengañado,
agradezco á ustedes todos
la lección con que me honraron. (Vá

DOÑA ADELAIDA.

¡Qué insulto!

DOÑA MARIA.

¡Qué picardía!

D. ANSELMO.

Ya ve usted, es el muchacho
tan vivo que...pero yo
le diré lo que hace al caso,
y cuando os escriba, pienso
que...conque amigos pasadlo
bien. Pobre gente y qué pieza [Ap.]
tan fiera les he jugado.

ESCENA XI *y ultima.*

Dichos, menos D. ANSELMO y D. DIEGUIT

DOÑA MARIA.

Esperad...No hay duda que
con lucimiento quedamos.

D. Cleto.

¿Y cuya es la culpa?

Doña Maria.

Toma
¿de quién ha de ser? del barco
que en lugar de Soconusco
trajo Guayaquil

Doña Adelaida.

¡Malvado
Guayaquil! pero prometo
aunque padezca de flato
no tomar más chocolate
en mi vida.

D. Cleto.

No lo aplaudo
ni apruebo, porque nosotros
debiéramos tomar cuatro
jícaras cada mañana
y aun era poco,

Doña Maria.

No alcanzo
la razón

D. Cleto.

Para memoria
de su burla y nuestro chasco;
y no te enfades María,
pues éste es el resultado
mejor, que tienen las bodas,
que el interés forma, y...

Doña Maria.

¡Bravo!
eso sólo nos faltaba;
la moraleja.

D. Simplicio.

Es muy sano
acudir á la moral
cuando nos vemos chasqueados:
ella nos dice....

Doña Maria.

Que usted
como amigo doble y falso,
de todo ha sido la causa,
con sus consejos malvados.

D. Simplicio.

Sí dice, pero también
añade que no es extraño
se encuentren tales amigos
en la casa donde el amo
apetece solamente
adulaciones y aplausos:
si D. Cleto menos débil
no os hubiera abandonado
el gobierno de su casa;
si usted en el grave caso
de establecer á su hija
hubiera antes consultado
su corazón; si Adelaida
tuviera un carácter franco,

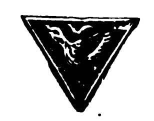
y un pecho sensible, entonces
ni se hubieran engañado
ustedes...ni mis consejos
fueran tan interesados,

Doña María.

Es verdad pero....

D. Simplicio.

No amiga,
confesemos sin reparo
nuestro error; y plegue al cielo
que tan solemne petardo,
nos sirva en lo sucesivo
para proceder más cautos.



EL AMIGO INTIMO.
COMEDIA EN PROSA
Y
EN TRES ACTOS.

AL CIUDADANO VICENTE ROCAFUERTE
le dedica la comedia de "EL AMIGO INTIMO"
Su íntimo amigo, M. E. DE GOROSTIZA,

Bruselas, 1º de Julio de 1825.

Un *vaudeville* francés intitulado *Monsieur Sans gêne ou l'Ami de Collège*, dió la primera idea de esta comedia. Los que conozcan aquella bagatela, calificarán el grado de originalidad á que puede pretender el autor de "EL AMIGO INTIMO."

PERSONAJES.

DON TEODORO.
DON CÓMODO.
DON FRUTOS.
DON VICENTE.
DOÑA DAMIANA.
DOÑA JUANITA.
MARTINA.
FRANCISCO.
RODRIGO.
SEBASTIAN.
UN ESCRIBANO.

La escena es en San Felipe de Jativa y en una sala de la casa de D. Vicente.



ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DOÑA DAMIANA Y MARTINA.

DOÑA DAMIANA.

Vamos Martina, despáchate por San Homobono bendito, pues son ya las once bien dadas y los amos no tardarán en llegar de su viajata.

MARTINA.

Ya pueden llegar cuando quieran; todo está listo.

DOÑA DAMIANA.

Tanto mejor. ¿Has puesto sobre la poltrona el gorro y la bata del señor?

MARTINA.

No que lo olvidaria; poquito le enfada la peluca.

DOÑA DAMIANA.

¿Y el canario tiene su correspondiente alpiste?

MARTINA.

Y el bebedero lleno de agua, y la jaula limpia y su hojita de lechuga para que pique y se entretenga.

DOÑA DAMIANA.

Has hecho lindamente; porque el tal pajarito son los únicos amores de la señorita, y.........

MARTINA.

Vaya que otro pajarito y otros amores fueron los que tuvo en Valencia, según dicen malas lenguas.

DOÑA DAMIANA.

Y tan malas como son; ya te he dicho mil veces y te lo repito ahora que lo que contaron entonces fué un falso testimonio levantado á Doña Juanita; y del que dará cuenta á Dios, indudablemente, el malvado que lo forjó.

MARTINA.

Pues mire usted, doña Damiana, muchos son los que tienen que empezar á preparar sus cuentas porque en quince días consecutivos no se corre otra cosa por Valencia ni se habló en San Felipe de otra novedad.

Dª DAMIANA.

¡Si lo querrán saber mejor que yo habiéndola visto nacer y criado y acompañado siempre!

MARTINA

¿Acaso fué vd. con ella á Valencia cuando la pusieron en el convento donde estuvo tres años y hubiera estado otros muchos, si su padre no oliera que la niña gustaba harto más de rezar en el locutorio que de cantar en el coro?

D.ª DAMIANA.

Ya, de esos tres años no puedo hablar, pero de todos los demas sí, y te aseguro que nunca conocí en ellos á doña Juanita inclinaciones mundanas; así, ya ves tú que en tan corto espacio no es dable que ...

MARTINA.

¡Corto espacio tres años! pues digo, ¿cuánto necesita vd. para enamorarse?

D.ª DAMIANA.

Según y conforme: allá en mis tiempos....

MARTINA.

En sus tiempos de usted como en los míos con tres minutos basta y sobra cuando el flechazo viene derecho, y como se suele decir de clavo pasado; además, si no fueron ciertas las susodichas voces, ¿por qué su padre fué á buscarla á Valencia? ¿Por qué se la trajo precipitadamente? ¿Por qué en seguida apresura su boda con ese don Frutos tan necio y tan feo, pero al mismo tiempo tan hidalgo tan rico y tan á propósito para yerno?

DOÑA DAMIANA.

Tú misma lo dices: para casarla con ese don

Frutos, que es un partido muy ventajoso y que no se puede desperdiciar.

MARTINA.

Sí, ventajoso; porque siembra mucha alfalfa, coge mucha algarroba, y....

DOÑA DAMIANA.

Cada cual siembra y coge todo aquello que puede y necesita. Lo seguro y muy seguro es que don Frutos, aunque nada joven ni discreto, pasa por uno de los novios más apetitosos de la comarca.

MARTINA.

Sealo en hora buena, pero me equivoco de medio á medio, ó mi señorita está muy desganada porque....

DOÑA DAMIANA.

¿De donde sacas tú semejante consecuencia? ¿Por ventura ha desplegado ella sus labios para nada desde que la quieren casar?

MARTINA.

Ese mismo silencio indica....

DOÑA DAMIANA.

Indica....indica que no tiene ganas de hablar.

MARTINA.

Y ¿cuándo le faltan las ganas á la que se casa á gusto? Precisamente, no hay una que en este caso no charle por diez viudas.

DOÑA DAMIANA.

¡Valiente desatino! si estuviera descontenta se lo diría á su padre y....

MARTINA.

Nada adelantaría, nada absolutameute, porque los padres no exigen de los yernos, lo qúe las hijas buscan y apetecen en los amantes.... Luego ya sabe vd. lo testarudo que es el amo, qué genio tan pronto es el suyo y....Pero ¡ay doña Damiana! á propósito de prontitudes, ¿le habló usted en favor del pobre Francisco?

DOÑA DAMIANA.

Si, pero don Vicente se empeña en no recibirlo; dice que criado que salió una vez de su casa...

MARTINA.

No había de salir, si lo despidió, y casi casi lo arrojó por la escalera.

DOÑA DAMIANA.

Y ¿para qué fué á quebrar la jícara de China? Cabalmente tenía puestos en ella don Vicente sus cinco sentidos.

MARTINA.

La culpa la tiene quien pone sus cinco sentidos en cosa que esté sujeta á quiebras.

DOÑA DAMIANA.

¡Calla bachillera! tú le defiendes porque pensabas casarte con él.

MARTINA.

Ya se ve que pensaba y él también manifestaba intenciones hostiles; pero....

SEBASTIÁN.

Toma, á recibir á los recién llegados.

MARTINA.

¡Que han llegado ya los señores!

D.ª DAMIANA.

Y yo me estaba brazo sobre brazo sin pensar en que......maldita conversación, y qué de perjuicios traes á las mujeres que como yo tienen que atender á otras cosas. ¡Válgate Dios, válgate Dios qué dirá el amo cuando no me vea en la meseta de la escalera!

SEBASTIAN.

Tiempo le queda á usted para apostarse en la consabida meseta y para......lo que importa ahora es que no haga usted esperar á los caballeros que acaban de llegar, y que dejo en el portal entretenidas en pagar al calesero que las ha conducido.

D.ª DAMIANA.

¡Oiga con que no es el amo quien!......

SEBASTIAN.

No señora, pero hágase vd. cuenta que es lo mismo.

D.ª DAMIANA.

¡Cómo lo mismo!

SEBASTIÁN.

Ni más ni menos, uno de los dos que han llegado es un amigo íntimo del señor don Vicente.

MARTINA.

¡Un amigo íntimo!

D.ª DAMIANA.

¿Qué estás diciendo hombre? si no puede ser.

SEBASTIÁN.

Sí señora, sí; no le quede á usted duda, porqu el propio me lo ha dicho.

FRANCISCO.

Sí lo será Doña Damiana, y ¿por qué quiere usted que no lo sea?

RODRIGO.

Ya decía yo....

D.ª DAMIANA.

Pues decía usted muy mal y dijera lo que dijera. Sé que D. Vicente....¿y dime, que señas tiene? ¿le has observado bien?

SEBASTIÁN.

¿Que si le he observado? vaya si le he observado, precisamente ese es mi fuerte. En cuanto veo a una persona, le miro desde los pies á la cabez y....basta, ya no se me despinta aunque luego no le vuelva á ver en siete lunas.

MARTINA.

Pues bien, demuéstranos tu habilidad.

SEBASTIÁN.

Y como digo, así que se apeó de la calesa e que venía, me preguntó por su amigo, y añadi que no le importaba un pito estuviera fuera de

pueblo porque le esperaría aunque fuesen diez años y....

Dª Damiana.

Pero hablador, si no te se pregunta eso; lo que se desea saber son las señas que tiene.

Sebastián.

¿Las señas, eh? pues mire vd. estaba un poco vuelto de espaldas y si he de decir verdad, no pude.... pero hay viene justamente quien se las dará á vd. mejor que yo.

Dª Damiana.

¿Y quién es?

Sebastián.

Quien sin duda se ha cansado de esperar á que le salgan á recibir, y se da ya por recibido.

ESCENA V.

DON COMODO, DON TEODORO *y dichos.*

Don Cómodo.

Vaya, vaya, y qué modo tan raro de agasajar un amigo íntimo del amo de la casa. Tenerle dos horas esperando en un portal húmedo y desempedrado, descuidar su equipaje, despreciar su persona....

Dª Damiana.

Pero caballero; si nosotros no teníamos el honor de....

D. Cómodo.

Sí señora, lo dicho dicho; soy el mejor amigo de don Vicente, el amigo de su infancia, el único que tiene y que tendrá probablemente, aun cuando viva más años que jácaras se escriben en Valencia.

Dª Damiana.

Repito que como ni conocíamos ni esperábamos á usted....

D. Cómodo.

Pues debían ustedes conocerme y esperarme.

Dª Damiana.

Si es esta la primera vez que en toda nuestra vida hemos visto á usted, ¿cómo podíamos?....

Don Cómodo.

No importa; Vicente habrá hablado de mí á todas horas y....

Dª Damiana.

Nunca, señor, nunca.

D. Cómodo.

¡Cómo! ¡no ha hablado á ustedes de su amigo el Cómodo!

Dª Damiana.

No por cierto: jamás se ha pronunciado semejante nombre en esta casa.

D. Cómodo.

Así me gustan á mí los amigos: que no charlen ni ponderen, pero que piensen en uno, y le sirvan cuando llegue el caso; y yo le aseguro á vd. que

Vicente, no ha dejado de pensar en mí, desde que nos separamos.

D.ª Damiana.

Eso es lo que yo no podré decir á usted, porque jamás supe cuándo pensaba mi amo, ni lo que pensaba.

D. Cómodo.

¡Pues yo si lo sé! ¡Oh querido Vicente! ¡cuál no va á ser tu sorpresa cuando me estreches en tus brazos!

D. Teodoro.

¡Sorpresa! pues no me aseguró vd. que le esperaba con tanta impaciencia, que....

D. Cómodo.

Ya se ve que me esperaba; treinta años hace que se lo prometí en el colegio y otros tantos han pasado sin que pudiera cumplirle tan sagrada promesa; gracias á la vida errante y peregrina que he llevado; pero conociendo como conoce mi carácter, no puedo menos de aguardarme por instantes, y estoy seguro que hasta el cuarto me tiene destinado.

D.ª Damiana.

No señor, no hay ningún cuarto destinado para vd.; ninguno absolutamente.

D. Cómodo.

¿Es eso de veras?

D.ª Damiana.

Y tan de veras.

D. Cómodo.

Pues entonces me quiere tener en su alcot
porque si no....

D.ª Damiana.

Puede que esta haya sido su intención, pero
alcoba es tan chica que no sé como han de cab
dos catres.

D. Cómodo.

Valiente dificultad; hay más que dormir los d
en el suyo; así como así sucedía en el colegio c
si todas las noches que nos acostábamos separ
dos y amaneciamos como dos pichoncitos, con
marido y mujer: era yo entonces muy medros
y en sintiendo á deshoras el más pequeño ruid
ya porque la gata del regente anduviese á pic
pardos con el gato del mayordomo, ya porque
chica del portero abriese alguna ventana baja p
ra charlar con su adorado tormento; lo cierto
que al instante me levantaba de puntillas, me r
fugiaba en la cama de Vicente, le dejaba sin rop
y no pocas veces le despertaba á fuerza de l
Padrenuestros que me arrancaba el miedo; pe
todo lo llevaba con paciencia, porque al fin y
cabo era yo su amigo íntimo.

Francisco.

Toma, en habiendo entre dos personas un cie
to aquél, lo mismo se le da al uno que le despier
el otro como que le deje dormir.

D. Cómodo.

Lo mismo, exactamente.

FRANCISCO.

Y como sus mercedes se querían tanto....

D. CÓMODO.

¿Qué si nos queríamos? ¡Bagatela es lo que nos queríamos! pero dejando á un lado esta conversación, tratemos ahora de lo que más importa. ¿Quién de ustedes es la persona que está encargada del gobierno de la casa en ausencia y enfermedades de D. Vicente?

MARTINA.

La señora doña Damiana Fons y Miralles.

D. CÓMODO.

Pero ¿quién es la señora doña Damiana Fons y Miralles?

Dª DAMIANA.

Una servidora vuestra,

D. CÓMODO.

Pues mire usted, buena mujer....

Dª DAMIANA.

¡Buena mujer! Me gusta la llaneza que gasta este caballero.

D. CÓMODO.

Pues mire usted, mala mujer, y no riñamos por tan corta cosa, haga usted que un criado suba mis maletas y las deposite en esta sala, hasta que luego se saque la ropa, y se coloque en alguna buena cómoda.

Dª DAMIANA.

Pero sin que el amo....

D. CÓMODO.

Aquí no hay ahora más amo que yo.... .

Dª DAMIANA.

Con todo, yo no me atrevo.

D. CÓMODO.

¡Ola! ¡no se atreve usted! pues bien, nada me importa; para eso me ha dado Dios una boca bien grande y una lengua bien expedita.

MARTINA.

Francisco, esta es la ocasión de que te adquieras un buen protector.

FRANCISCO.

Ya te entiendo; voy al punto á subir las maletas.

ESCENA VI.

Dichos, menos FRANCISCO.

D. CÓMODO.

Daré mis órdenes directamente á los criados y veremos quién es el guapo que se atreve á no obedecerlas.

Dª DAMIANA.

Nadie trata de desobedecer á usted, pero hágase usted cargo de mi posición y... vaya si usted fuera ama de gobierno en una casa de forma como yo lo soy en esta, ¿recibiría usted á un desconocido sin más ni más, y sólo porque él....?

D. Cómodo.

¿Cómo, insolente! ¿desconocido yo? ¿y usted tiene la osadía de llamar desconocido á un amigo íntimo de su amo de usted?

D.ª Damiana

No señor, no, yo no he dicho semejante cosa.

D. Cómodo.

Basta, quítese usted de mi presencia, y dése por despedida.

D.ª Damiana.

¡Ay virgen mía! ¿por despedida?

D. Cómodo.

Como usted lo oye: cuando venga don Vicente le hará sus cuentas, recibirá sus salarios, y se marchará en seguida con la música á otra parte.

D.ª Damiana.

No sé lo que por mí pasa. Si será (*Ap.*) tan amigo de don Vicente como dice y.... vaya señor sosiéguese usted y repare....

D Cómodo.

No reparo en nada.

D.ª Damiana.

Reflexione usted que soy una pobre vieja....

D. Teodoro.

Y sobre todo amigo mío; por mucho que haga una mujer....

D. Cómodo.

Ya se vé, no hará un arco de iglesia, pero en

cuanto á ofender, insultar y desesperar puede hacerlo lindamente, y aun más de lo que á usted se le figura; además, cuando se trata de subordinación doméstica, es preciso....

ESCENA VII.

FRANCISCO y *dichos*.

FRANCISCO.

¿Donde dijo su merced que se pusieran estas maletas?

D. CÓMODO.

Bien están en cualquier rincón.

FRANCISCO.

¿Están así bien?

D. CÓMODO.

Perfectamente. Vean ustedes, esto es lo que se llama servir; se indica lo que se quiere, se hace, y punto concluido.

MARTINA.

¡Oh! lo que Francisco toma por su cuenta ...

D. CÓMODO.

¡Ola! se llama este mozo Francisco?

MARTINA.

Sí señor y es un muchacho tan servicial, tan diligente, que.... lástima es á la verdad que el amo lo haya despedido.

D. Cómodo.

¡Lo ha despedido!

Francisco

Tuve antes de ayer la desgracia de quebrar una jícara de China y el señor Don Vicente se enfadó tanto....

D. Cómodo.

Vamos, no hay que apurarse; yo te recibo de nuevo en su nombre.

Francisco.

¡Qué oigo!

D. Cómodo.

Por cierto que fué un gran motivo para.. no parece sino que algunos quieren que el barr sea eterno, según lo que lo cuidan.

Doña Damiana.

Ya, pero á nadie le gusta....

D. Cómodo.

Calle usted señora; las almas grandes se experimentan en las adversidades, y esté usted segur que aun cuando este mozo hubiese hecho gigot toda la vajilla de don Vicente, no por eso me in comodaría yo.

Dª Damiana.

Lo creo, señor don Cómodo, lo creo.

D. Cómodo.

Por lo tanto, puede Francisco si quiere, ir po su ropa.

FRANCISCO.

¡Cuántas gracias....!

D. CÓMODO.

Y desde hoy será mi favorito: así recompenso á los que me sirven bien.

MARTINA.

No te decía.... *Ap.* á Francisco.

FRANCISCO.

¡Ay Martina de mi vida! de esta hecha sí que me caso contigo.

ESCENA VIII.

Dichos menos FRANCISCO.

D. CÓMODO.

¿No se come hoy en esta casa?

MARTINA.

Hecha está la comida, y en cuanto lleguen los señores, se pondrá la mesa y comerán ustedes.

D. CÓMODO.

¡Qué disparate! Dios sabe cuándo llegarán; en un viaje, las horas son siempre inciertas; y.... en qué carruaje han ido?

MARTINA.

En una tartana.

D. CÓMODO.

Lindo mueble para correr la posta. Mira Mar-

tina, dános lo que haya dispuesto y no nos metamos en dibujos, que luego arreglarás tú cualquier friolera para que coman tus amos en cuanto lleguen.

D. TEODORO.

¿Pero hombre, está usted en su juicio? ¿hemos de comer sin los dueños de la comida?

D CÓMODO.

¿Y para qué los necesitamos?

D. TEODORO.

Sin embargo....

D. CÓMODO.

¡Bueno fuera que nos estuviésemos en ayunas hasta qne á los señores míos les diese la gana de llegar! No en mis días: á mí no me gustan etiquetas ni ceremonias....

D. TEODORO.

Ya lo veo.

D. CÓMODO.

Y cuando me encuentro en casa de un amigo y tengo gana de comer, como y no me ando en chiquitas: ¿no haría usted otro tanto si se encontrase en la mía?

D. TEODORO.

Yo....no señor.

D. CÓMODO.

Pues haría usted muy mal. Con que Martinita ¿lo has entendido?

MARTINA.

Dentro de cinco minutos estará la sopa en la mesa.

D. CÓMODO.

Oyes y que no sea de arroz; porque hace solo quince días que estoy en el Reino de Valencia, y....

MARTINA.

¡Jesús! ¿No le gusta á usted nuestro arroz?

D. CÓMODO.

Me gusta; pero no por arrobas. Si á un goloso, le diesen huevos moles en lugar de chocolate, huevos mole s al medio día, huevos moles por refrescos, huevos moles á la cena, y en fin, hija, huevos moles á todas horas por espacio de quince días consecutivos, ¿te parece á tí que no llegaría el caso de que diese al diablo los huevos, y las gallinas que los pusieron y las manos que los batieron?

MARTINA.

Quien lo duda; lo mucho y lo bueno están siempre reñidos.

D. CÓMODO.

Pues aplica el cuento y despáchate, porque quien come pronto come dos veces.

MARTINA.

Y aun tres, si tiene apetito y come por tres.

ESCENA IX.

Dichos menos MARTINA.

D. CÓMODO.

En cuanto á usted, señora doña Damiana, aun cuando su desconfianza merecía ciertamente mi indignación, con todo, no tema usted, soy incapaz de conservar rencor alguno, y así lejos de quejarme á don Vicente de la acogida que he tenido en su casa, haré lo que hacen los poetas cuando nos refieren sus amoríos, diré lo que quisiera que hubiera sucedido, y no lo sucedido.

D.ª DAMIANA.

Muchos son los poetas, señor don Cómodo; pero de todos modos agradezco infinito á usted su....

D. CÓMODO

Aun haré más: su edad de usted, el tiempo que sirve en esta casa, el cariño que profesa á su dueño, y lo útil que le ha sido, reclaman una recompensa proporcionada á tales méritos, y por lo tanto corre de mi cuenta una buena gratificación.

D.ª DAMIANA.

¡Una gratificación!

D. CÓMODO.

Sí señora; una buena gratificación que le dará á usted don Vicente, porque yo se la pediré para usted, y él no me la negará.

D.ª Damiana.

¡Cómo se la ha de negar á usted siendo tan amigo suyo y queriéndole tanto y......vaya no faltaba otra cosa! ¡Una buena gratificación! pues ya hace tiempo que....desde que murió mi ama que con Dios esté, no se sabe en esta casa á lo que huele una propina. Don Vicente es un señor muy bueno, muy cristiano, y muy temeroso de la otra vida, pero nada aficionado á dar.

D. Cómodo.

Y á recibir?

D.ª Damiana.

Eso no le repugna tanto; ayer (verbigracia) nos enviaron las monjitas de Liria un serón con granadas, naranjas, tortas de manteca, acericos, escapularios y....en fin cosas todas como quien dice de su cosecha...pues no se las desairó, no señor.

D. Cómodo.

Muy bien hecho.

D.ª Damiana.

Y no se alegrará poco el amo cuando lo sepa! verdad es que más hacen las pobres madres en regalarle que su merced en dejarse regalar.... pero perdone usted si le dejo, porque quiero dar una vuelta por la cocina, no sea que Martina haga una de las suyas.

D. Cómodo.

Vaya usted en hora buena, y no olvide que una mesa sin vino....

Dª Damiana.

Bien, bien: abriremos la barrica privilegiada; una de Alicante añejo, que sólo se visita en los días que repican recio, ó cuando D. Vicente se resiente de su dolor de estómago.

D. Cómodo.

¡Calla! pues á mí suele dolerme algunas veces, y así no vendrá mal el medicamento.

Dª Damiana.

Nunca viene mal, porque es probado.... Sígueme Sebastián, y me ayudarás allá dentro.

ESCENA X.

Dichos menos DOÑA DAMIANA *y* SEBASTIÁN.

D. Teodoro.

Vaya que parece usted un primer Ministro, según la protección que dispensa, las gracias que concede, y las recompensas que promete.

D. Cómodo.

¿Pues que se le figura á usted que yo no representaría bien el papel de primer Ministro?

D. Teodoro.

Ni digo eso, sino que....

D. Cómodo.

Cabalmente, no hay cosa más fácil, y le juro á usted que puesto en la alternativa, mejor quisiera ser Ministro que no pretendiente

D. TEODORO.

Y yo también.

RODRIGO.

Al fin me decido y le suplico (*aparte*) se interese en mi solicitud.

D. CÓMODO.

Si estuviera en semejante caso, ya sabría lo que me había de hacer: en la audiencia pública, v. g. me revestiría de cierto aire grave aunque apacible, oiría con distracción, pero sin interrumpir á nadie, y después para ganar tiempo respondería alguna de las generales, como....

RODRIGO.

Si su merced me quisiera hacer el favor de....

D. CÓMODO.

Bien, hágame usted un memorialito: cuatro renglones y nada más.

RODRIGO.

Señor, si no sé escribir....

D. CÓMODO.

Pues entonces, no lo haga usted.

D. TEODORO.

Gracioso qui pro quo.

D. CÓMODO.

¿De qué se ríe usted? me encuentra usted demasiado accesible.

D. TEODORO.

¿De qué quiere usted que me ría? de que con su ensayo ministerial ha reducido usted al más profundo silencio á este pobre valenciano que estaba bien lejos ciertamente de imaginarse que se dirigía á un personaje de tan alta categoría.

D. CÓMODO.

Pues mire usted, también me lo iba yo creyendo.... ya se ve.... se sube tan fácilmente.... pero en fin, sepamos qué me quiere este buen hombre.

RODRIGO.

Quería que su merced se empeñase con el señor don Vicente para que me venda una huertecilla suya que linda con la mía y....

D. CÓMODO.

¿Es vd. hortelano?

RODRIGO.

Sí, señor, y pobre, y padre de una familia numerosa, y....

D. CÓMODO.

¿Cuántos hijos tiene vd?

RODRIGO.

Tengo nueve, y si Dios quiere, y mi mujer pare con felicidad y mi chico no se muere, tendré diez para estas pascuas.

D. CÓMODO.

Bravo aguinaldo.

RODRIGO.

Me convendría tanto esta adquisición que á la verdad....

D. CÓMODO.

Pero hombre, si yo no sé cuáles son las intenciones de don Vicente, cómo diablos quiere vd...

RODRIGO.

Don Vicente desea venderla tanto como yo comprarla, pero exige un precio demasiado subido.

D. CÓMODO.

Eso es muy distinto, y siempre que exista en mi amigo una voluntad decidida de vender, puede hallarse en usted la de comprar, y también en mí la de meter el montante y partir la diferencia. ¿Cuánto pide por su huerta?

RODRIGO.

Dieciseis mil reales.

D. CÓMODO.

¿Y usted que ofrece?

RODRIGO.

Doce mil.

D. CÓMODO.

¿Conque sólo por cuatro mil es toda la disputa?

RODRIGO.

Sí, señor; pero yo no puedo dar más de lo que doy, porque....

D. CÓMODO.

Tiene usted razón: hortelano, pobre, nueve hijos, y en víspera de tener diez....

RODRIGO.

U once, porque mi Francisca suele echar dos (cada parto.

D. CÓMODO.

¡Dos en cada parto! vamos, dígole á usted qı la huerta está bien pagada en los doce mil realϵ

RODRIGO.

¿Conque hablará usted á D. Vicente?

D. CÓMODO.

No hay ninguna necesidad de hablarle. Vaj usted y busque un escribano que le venda una e critura de compra por lo que sea, y tráigame en seguida para que la firme mi amigo.

RODRIGO.

¿En la cantidad consabida?

D. CÓMODO.

Sí, señor, y aun me parece cara.

RODRIGO.

Pues lo que es por mí, podemos rebajar lo qı usted quiera.

D. CÓMODO.

La palabra es palabra, haga usted lo que digo y no tarde.

RODRIGO.

Voy, voy, y señor San Vicente le pague á merced la caridad que me hace.

ESCENA XI.

D. COMODO y D. TEODORO.

D. Teodoro.

Mucha confianza es la de usted en la amistad del dueño de esta casa, pues no sólo dispone de todo lo que hay en ella, sino que también se mezcla en unos asuntos que me parecen demasiado serios.

D. Cómodo.

¡Dale bola! ¿Cómo le he de decir á usted que es mi mayor amigo; otro yo mismo?

D. Teodoro.

Sí lo será, pero hace treinta años que ustedes no se han visto y quién sabe si después de tan larga ausencia, conserva por usted el cariño que le manifestó en el colegio donde ambos se educaron.

D. Cómodo.

Los amigos de la infancia....

D. Teodoro.

No son generalmente los de la edad madura, y el colegio y la sociedad son dos mundos menos parecidos que el austral y el europeo. ¡Ay señor don Cómodo! ¡Cómo se conoce que ha vivido usted treinta años en la otra banda!

D. Cómodo.

¿Y qué tenemos? ¿He dejado de vivir por eso

entre hombres? ¿Se imagina usted que todavía se gastan por allá las esteritas de palma, los tocados de pluma y los [illegible] varoniles? Pues no señor, se [illegible] usted de medio á medio; allá se come y se bebe y se duerme y....

D. Telesforo.

¿Pero quien le dice á usted lo contrario?

D. Claudio.

Y se llevan [illegible] y se usan sombreros y to[illegible] lo mismo que por acá.

D. Telesforo.

Bien, mas no me negará usted que allí, las costumbres se conservan mas puras, porque la sociedad es mas nueva, menos numerosa, y de consiguiente no tan corrompida como lo es la de nuestra antigua Europa. Por eso y por otra razón di[illegible] á usted que su carácter franco y la buena fe que [illegible] todas sus [illegible] indicaban sobradamente que [illegible] desde su primera juventud [illegible] y entregado por [illegible] á las laboriosas ocupaciones de [illegible] no tuvo tiempo para adquirir la experiencia [illegible] que desengaña y la desconfianza que [illegible]

D. Claudio.

[illegible] hacer en América [illegible]

D. Telesforo.

[illegible] natural de

enriquecerse conduce al nuevo mundo, no pierden su tiempo ciertamente en estudiar el corazón humano, ni en comparar sus caprichosas diferencias; harto tienen que aprender si á fuerza de años y de desvelos consiguen apurar las ventajas incalculables del algodón ó las utilidades del Campeche.

D. Cómodo.

Y hacemos muy bien, porque para estudiar, universidades sobran en España, y para ir á ellas no tenemos que pasar el charco.

D. Teodoro.

Pero vuelven ustedes á la madre patria con sus talegas, y se encuentran en un suelo tan nuevo y desconocido para ustedes como el americano. La fisonomía de las sociedadas adelantadas, cambia con mucha facilidad: el interés, la moda, ó el capricho lo trastornan todo en treinta años ó lo reedifican de nuevo, y al cabo de estos mismos treinta años, aquellos que ustedes dejaron jugando al trompo, se encuentran ya de intendentes, de comisarios ó de cobachuelos con gafas, con ambición y con chiquillos; ¿cómo quieren ustedes entonces, conocerlos ni que los conozcan?

D. Cómodo.

Amigo, habla usted como un libro en folio, esto es, mal y mucho.

D. Teodoro.

Perdone usted si acaso....

D. Cómodo.

Sí, señor, porque no era necesaria tanta p
para decirme que no debo esperar de Vic
igual efecto que el que yo le profeso. Con to
tranquilícese usted y crea que aunque le encont
mos resfriado, traigo conmigo un particular es
cífico que le hará sudar el quilo, y le pondrá san
como una manzana.

D. Teodoro.

¿Y se podrá saber cuál es?

D. Cómodo.

A su debido tiempo.

D. Teodoro.

Pero antes....

D. Cómodo.

Antes, ni quiero, ni usted necesita indagarl

D. Teodoro.

Sin embargo, mi propia seguridad exige...

D. Cómodo

Que usted se fíe de mí y me deje obrar. Cuan
desembarqué en Alicante y me hospedé en ca
de su tío de usted y mi corresponsal, no le ma
festé á usted desde luego un singularísimo cariñ

D. Teodoro.

Es verdad.

D. Cómodo.

Cuando le ví á usted triste y distraído, y co
poniendo versos y tocando la guitarra á me

noche, ¿no adiviné al instante que estaba usted loco ó enamorado?

D. TEODORO.

No era muy difícil, porque....

D. CÓMODO.

Difícil ó no, lo cierto es que usted me confesó sus aventuras de Valencia, y el desgraciado desenlace que tuvieron.

D. TEODORO.

Cierto.

D. CÓMODO.

También me dijo usted el nombre y apellido de su querida, y cuando supe que era la hija de mi amigo Vicente, fué imponderable mi gozo y desde entonces dí por hecho el casamiento.

D. TEODORO.

Así me lo aseguró usted y se lo repitió á mi tío y por eso se decidió en familia nos viniésemos á San Felipe, para apresurar una boda que usted facilitaba tanto.

D. CÓMODO.

Y se arrepiente usted de haber seguido mis consejos?

D. TEODORO.

Arrepentirme, no, porque al fin y al cabo volveré á ver á mi Juanita y la juraré de nuevo amor y constancia eterna; pero repito á usted, que si hubiese alcanzado que su amistad era sólo un

simple conocimiento de colegio, entonces no me hubiera atrevido ciertamente á presentarme en esta casa sin otra recomendación.

D. Cómodo

Pues bien, nada hay perdido; volvámonos á Alicante.

D. Teodoro.

Buen disparate sería, estando ya en San Felipe; pero lo que sí haré por mi parte será marcharme á la posada y esperar allí el resultado de la primera visita.

D. Cómodo.

Conque usted persiste....

D. Teodoro.

Sí, señor, cada cual tiene su distinto modo de ver las cosas y....

D. Cómodo.

Y me dejará usted comer solo?

D. Teodoro.

Lo siento infinito....

D. Cómodo.

Precisamente es lo que me incomoda más en esta vida.

D. Teodoro.

Ya, pero....

D. Cómodo.

Y por eso como siempre, fuera de mi casa.

D. TEODORO.

Hace usted muy bien; pero yo no tengo los motivos que usted tiene, y sería muy ridículo que me sentase á la mesa del dueño de ésta, como si fuese una mesa redonda.

ESCENA XII.

MARTINA *y dichos.*

MARTINA.

La sopa está en la mesa, y me parece que no ha de disgustar á ustedes, porque es de cangrejos.

D. CÓMODO.

Cangrejo me vuelva yo si dejare una cucharada. Digo, caballero *(A D. Teodoro)* ¿no se sienta usted?

D. TEODORO.

No señor.

D. CÓMODO.

Pues amigo:

tu te lo quieres,
doña Tomasa,
tu te lo quieres,
tu te lo pasa.

D. TEODORO.

Hasta después.

ESCENA XIII.

DON COMODO Y MARTINA.

D. CÓMODO.

Buen viaje....supongo Martinica que no se habrá descuidado el Alicante añejo?

MARTINA.

¡Qué! no señor....ahora mismo subirá doña Damiana una botella.

D. CÓMODO.

¡Una botella!..buena provisión, por cierto.... dile que suba siquiera media docena.

MARTINA.

Como es vino generoso....

D. CÓMODO.

Por eso cabalmente....cuanto mejor es el vino más se bebe....anda, anda.

MARTINA.

¿No quiere usted que le enseñe antes el camino?

D. CÓMODO.

¿Para qué?....quien tiene gran apetito, pronto olfatea el comedor....pero ¿qué ropa es esta?

MARTINA.

La bata del amo y su gorro que tenemos á prevención para cuando....

D. CÓMODO.

Prudentísima prevención.

MARTINA.

¡Qué hace usted!

D. CÓMODO.

¿Qué hago? enjaretarme la bata, calarme el gorro, y marcharme tras la sopa de cangrejos.

MARTINA.

Señor, señor....Vaya, está visto; este hombre ni escucha á nadie, ni repara en nada.



ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DOÑA DAMIANA *sola.*

Dª. DAMIANA.

¡Jesús qué hombre tan temerario! Preciso es que sea lo que asegura, porque si no ...Voy, voy por las botellas de Alicante; no se enfade si le hago esperar y volvamos, á las andadas .... con todo, seis botellas de una vez me parecen demasiadas...sí, lo son con efecto...¡terrible sangría lleva de esta hecha la pobre barrica, terrible!...No me acuerdo de otra semejante, como no se cuente la de la función del Cristo; pero aquello era otra cosa, se

trataba de alabar á Dios, y mi amo era el Mayordomo, y cada cofrade tuvo su botella y su rosca.... no es extraño que entonces....

ESCENA II.

D. Frutos *y dicha.*

Santos y buenos días señora doña Damiana.

Dª Damiana.

Muy bien venido, señor don Frutos, y á fe mía que no pudo usted llegar nunca á mejor ocasión.

D. Frutos.

¡Ola! ¿pues en qué puedo yo servir á usted?

Dª Damiana.

En mucho ciertamente, en mucho: no sabe usted bien el apuro en que me veo, el desorden que reina en esta casa, la confusión, el compromiso.

D. Frutos.

Pues qué, ¿acaso hubo alguna quimera entre los criados?

Dª Damiana.

Eso fuera una bagatela.

D. Frutos.

Algún robillo ó ratería, ¿eh?

Dª Damiana.

Cien veces peor.

D. Frutos.

Oiga, ¿ha sido robo de consecuencia?

Dª Damiana.

Ojalá me hubieran dejado sin camisa, con tal que....pero por desgracia no me han robado ni un dinés tan siquiera.

D. Frutos.

¿Pues qué diablos ha sucedido? ¿fué incendio, muerte, asesinato, conjuración, temblor de tierra, aparición de alma en pena, duende, aviso del cielo ó....?

Dª Damiana.

Nada de eso, nada absolutamente; que no me asusto yo por tan poca cosa; pero sepa usted que ha llegado un amigo íntimo de mi amo.

D. Frutos.

Y bien ¿qué ha hecho ese amigo íntimo?

Dª Damiana.

Apoderarse por asalto de cuanto tenemos. Disponer de todo, mandar, gritar, despedirme, ponerse la bata de don Vicente, y....

D. Frutos.

¡La bata!

Dª Damiana.

Sí señor, la bata de florones y el gorro de coruña abatistada.

D. Frutos.

¡También el gorro de coruña abatistada! pues dígole á usted que es un sacrilegio.

D. Cómodo.

Con que en resumidas cuentas, la llave no parece.

Dª Damiana.

No señor, y lo siento tanto....

D. Cómodo.

Pues mire usted, yo no lo siento nada; porque mientras haya en el mundo cerrajeros, nada importa que se pierdan llaves: ahora verá usted como Francisco me busca uno y salimos pronto del paso.

Dª Damiana.

¡Un cerrajero! dígale usted algo, por la Virgen. *A D. Frutos. Aparte.*

Don Frutos.

Le diré, pierda usted cuidado. *Aparte.*

Dª Damiana.

Es que si usted se tarda, nos echa la casa abajo. *Aparte.*

D. Cómodo.

¡Peró calla! ¿no es un manojo de llaves lo que tiene usted colgado del faldellín?

Dª Damiana.

Sí señor, son las de los armarios, la de la despensa, y en fin de toda la casa.

D. Cómodo.

¿Y no hay ninguna que venga bien á la bodega?

D.ª Damiana.

Ninguna.

D. Cómodo.

¡Bah! es imposible, démelas usted y pronto encontraré la que se busca.

D.ª Damiana.

¡Ay don Frutos! que me quita este hombre el manojo.

D. Frutos.

Permita usted caballero que le observe....

D. Cómodo.

¿Se le ofrece á usted alguna cosa?

D. Frutos.

A mí.... nada, pero soy un amigo de la casa y....

D. Cómodo.

¿De la casa, ó del amo?

D. Frutos.

Quiero decir que soy un amigo de don Vicente....

D. Cómodo.

Acabara usted de hablar; ¿amigo de don Vicente?

D. Frutos.

Sí señor, y por lo mismo....

D. Cómodo.

Lo es usted mío, no le quede á usted duda; por-

que yo soy siempre amigo de los amigos de
amigos.

D. FRUTOS.

Muchas gracias, pero....

D. CÓMODO.

Así, abráceme usted.

D. FRUTOS.

Quisiera antes....

D. CÓMODO.

Abráceme usted, ó no le dejo hablar.

D. FRUTOS.

Vaya en gracia.

D. CÓMODO.

¿Ha comido usted?

D. FRUTOS.

No señor, esperaba á don Vicente....

D. CÓMODO.

Llega usted todavía á tiempo: comerá conmigo.

D. FRUTOS.

Agradezco su atención de usted, mas...

D. CÓMODO.

No tenga usted cortedad: la mesa sufr
y.... váyase usted al comedor y que le por
cubierto.

D. FRUTOS.

Iré, sí señor, iré luego que le diga á ust

D. CÓMODO.

Váyase usted y no replique; en los postres hablaremos cuanto usted quiera.

Dª DAMIANA.

Válgate Dios, don Frutos, ¿también se va usted á comer?

D. FRUTOS.

Qué he de hacer, si el señor tiene unos modales tan finos, que....

D. CÓMODO

Por aquí se va al comedor, y por aquí al portal, y naturalmente á la bodega; con que así suplico á ustedes....

Dª DAMIANA.

Ya vamos.

D. CÓMODO.

Bravísimo: ¡Viva la gente complaciente!

ESCENA IV.

DON COMODO *solo.*

D. CÓMODO.

Es preciso confesar que me ha dado Dios un desparpajo, un carácter tan decidido que encanta. Todo me lo encuentro hecho.... pero ahora que me acuerdo, no sería malo que mientras se suben las benditas botellas, escribiese yo cuatro letras á mi apoderado de Valencia para que me envíe

el resto de mi equipaje: ¡divino pensamiento! ¿si habrá por aquí papel y tintero?.. veamos si lo encuentro sobre la mesa.... ya pareció el tintero; pero falta lo más interesante.... ¿qué libro será este? Rimas.... ¡malvadas rimas! cómo me perseguís.... con ellas sucede lo que con las glorias de la pastelería, y es que á favor del sobrescrito se les tiene que pasar la bazofia.... si arrancara esta hoja que tienen en blanco podría escribir, y.... ¡quizá sea lo mejor que tenga el libro!....pero no importa, primero soy yo que su autor; así arranquémosla y escribamos.

ESCENA V.

D. VICENTE, DOÑA JUANITA *y dicho.*

D. VICENTE.

¿Has visto en toda tu vida cosa más rara? ni haber salido al camino, ni esperarnos en la escalera, ni....vaya, repito que no sé á qué atribuir semejante descuido.

DOÑA JUANITA.

Quien sabe si doña Damiana habrá recibido la carta que le escribió usted ayer desde Valencia.

D. VICENTE.

¿Qué quieres que hiciera el propio con ella, sino entregársela?

DOÑA JUANITA.

Puede también haberla recibido, esperarnos, y

no habernos sentido llegar.... Acuérdese usted que hemos tenido que dejar la tartana á la entrada del pueblo; porque aquellos malditos carros se atravesaron y nos interceptaron el paso.

D. VICENTE.

Sí, pero eso no quita....

Dª JUANITA.

Usted tiene el genio tan vivo que no quiso aguardar á que desfilasen; y se apeó, aunque estaba lloviendo; y me mandó que hiciera yo otro tanto, y....

D. VICENTE.

Nada de cuanto dices los disculpa: que el propio se haya ahogado al vadear el río, que la carta se perdiese, ó que todos estén sordos en esta casa, ¿se opone acaso, para que cuiden de ella y no tengan sus puertas abiertas de par en par? Luego, ¿á qué viene este silencio, esta soledad?

Dª JUANITA.

Como hace tanto calor, y es la hora más á proposito para dormir la siesta.

D. VICENTE.

¡Qué siesta ni qué demonios! que la duerman en hora buena los seres privilegiados, los canónigos, los maestrantes; pero no los criados que esperan á sus amos.

Dª JUANITA.

A veces.... ¡mas ay Dios! papá, ¿no repara usted en aquél hombre?

D. VICENTE.

¿Qué hombre?

D.ª JUANITA.

Aquel que está sentado allí, escribe nc cosa

D. VICENTE.

Es verdad.

D.ª JUANITA.

¿No es su bata de usted la que tiene puest

D. VICENTE.

Sí, y también mi gorro.

D.ª JUANITA.

Si será algún ladrón.

D. VICENTE.

Habla bajo.

D.ª JUANITA.

No, pues él no tiene trazas de ser nada bueno.

D. VICENTE.

¿Si pudiéramos salir del cuarto sin que nos sintiese?....

D. CÓMODO.

Pues, señor, no hay oblea, fuerza será que la carta vaya abierta; porque el tiempo urge y no lo puedo desperdiciar.

D.ª JUANITA.

Ladrón es, papá, no le quede á usted duda, pues trata de aprovechar el tiempo.

D. VICENTE.

¡Pero, hija, ladrón á estas horas, y en el reino de Valencia! parece imposible.

D.ª JUANITA.

Toma, lo mismo que á las doce de la noche, y en el monte de Torosos.

D. CÓMODO.

Ya está puesto el sobre, busquemos ahora quien...

D.ª JUANITA.

¡Virgen santa, que se acerca á nosotros!

D. CÓMODO.

Oiga usted, buen amigo, hágame usted el favor de llevarme esta carta al correo.

D. VICENTE.

¡Yo!

D. CÓMODO.

Usted, sí señor, y no se le caerá por eso la venera.

D. VICENTE.

¿Oyes esto hija mía?

D. CÓMODO.

Su hija de usted puede quedarse conmigo, mientras que usted despacha su comisión.

D.ª JUANITA.

Dios me libre.

D. VICENTE. (*Aparte*)

No sé qué haga.

D. CÓMODO.

¿En qué quedamos? ¿toma usted la carta?

ESCENA VI.

DOÑA DAMIANA *y dichos.*

D.ª DAMIANA.

¡Ay! ¡Estas escaleras me revientan! Dios perdone; pero muy mal gusto tuvo quien pus primer bodega debajo de tierra.

D. VICENTE.

Doña Damiana....

D.ª DAMIANA.

¡Qué miro; es el amo!

D. CÓMODO.

¡Qué está usted diciendo, mujer de Dios!

D.ª DAMIANA.

Que es mi amo el señor don Vicente y mi señorita, y....¿cuándo han llegado ustedes? ¿por donde han entrado?

D.ª JUANITA.

Hemos llegado hace cinco minutos.

D. VICENTE.

Y hemos entrado por la puerta de la calle que encontramos abierta.

D. CÓMODO.

¡Su amo! conque según eso, usted es..tú eres...

D.ª DAMIANA.

Su amigo de usted: ¿? hora salimos con esa?

D. Vicente.

¡Mi amigo!

D. Cómodo.

¡Voto va chápiro! Vicente de mi vida, dame los brazos.... soy Cómodo....

D. Vicente.

Ya se conoce!

D. Cómodo.

El amigo, el compañero de tus primeros años, tu camarada de colegio, y de cuarto, y de clase y de....¡cómo has crecido hombre! quién te había de conocer.

D. Vicente.

Pues ya ha llovido desde que dejé de hacerlo.

D. Cómodo.

Mas no por eso me he olvidado de tí, y....ya lo ves, vengo á verte y á cumplirte mi promesa y....antes de todo, ¿quieres tomar un bocado?

D. Vicente.

Sí; pero....

D. Cómodo.

Chico, con franqueza, ¿quieres?

D. Viçente.

Aunque no me falta apetito, sin embargo....

D. Cómodo.

¿Tienes apetito y te vienes con disculpas? ¡Vaya, hombre! No faltaba otra cosa....y había yo de

consentir en que....Dª Damiana, disponga usted que inmediatamente se añada alguna bagatela á lo que no esté ya comido, para que estos señores....¿que hambre traerás, eh?....como que no hay digestivo mejor que una tartana; pero no tengas cuidado, que aunque nos coges á media comida, todavía te podemos ofrecer la cabeza de un cabrito que estaba excelente y el caparazón de una polla y....no sé si habrá quedado empanada....en fin, pan blanco y vino añejo, no te faltará; ¡pero qué vino! ¡si vieras, Vicente, qué bueno dicen que es!

D. Vicente.

Sí; ya tengo algunas noticias de lo mismo. ¡Dios mío! ¿quién será este hombre?

D. Cómodo.

Y aquí no se escasea; nada menos que eso; seis botellas ha subido Dª Damiana, y si fuese necesario subirá sesenta; conque así....¿se despacha usted y se hace lo que la he dicho, ó ¿no lo hace?

Dª Damiana

Sí, señor, diré á Martina que fría unas magras, ó que haga una tortilla..

ESCENA VII.

Dichos, menos Dª DAMIANA.

D. Cómodo.

¡Por vida de Sanes! ¡El bueno de Vicente! ¡Cuánto gusto tengo!......

D. VICENTE.

No sería menor el mío, si pudiera traer á la memoria......

D. CÓMODO.

¡Qué! ¿no te acuerdas de mí?

D. VICENTE.

No por cierto.

D. CÓMODO.

Con que no te acuerdas de Cómodo, de tu condiscípulo en los Esculapios de arriba, de aquel con quien jugabas á la pelota, al toro, á los soldados......

D. VICENTE

Bien me acuerdo de los Esculapios de arriba, pero he jugado con tantos al toro, y á los soldados......

D. CÓMODO.

De aquel que se servía siempre de tu cortaplumas y de tu calepino para no echar á perder los suyos; que llegaba á la clase media hora después que tú; que saltaba por encima de tus piernas para ir á su asiento; que......

D. VICENTE.

¿Y que cuando me descuidaba se comía mi merienda?

D. CÓMODO.

El mismo.

D. VICENTE.

¡Cómo! ¡es usted!

D. CÓMODO.

Precisamente. Ya sabía yo que al cabo te habías de acordar de......con todo, mi memoria es mucho mejor que la tuya, y no he olvidado ni el nombre ni las facciones de cuantos han estado conmigo en el colegio: así no los he perdido jamás de vista......y te juro que desde que llegué de América no se ha pasado día en que visite á alguno de ellos, y coma en su casa, ó cene, ó duerma...... hoy te ha tocado á tí la vez; pero no creas que te confundo con los demás.... porque destino una larga temporada.

D. VICENTE

No se incomode usted......

D. CÓMODO.

¡Incomodarme en tu casa! Pues si estoy mejor que en la mía, ¿cómo quieres......? Mira, me he puesto tu bata y tu gorro.

D. VICENTE.

Me alegro infinito que cosa que me pertenece, pueda haberos sido útil.

D. CÓMODO.

Habrá tantas con quienes sucederá lo mismo... pero ¿sabes lo que digo? ¡que tienes una hija muy bonita!

D.ª JUANITA.

Muchas gracias, caballero.

D. VICENTE.

Es un vivo retrato de su madre.

D. CÓMODO

Entonces también me hubiera gustado tu mujer.

D. VICENTE.

¡Qué fortuna!

D. CÓMODO.

¿Y esta chica no se casa?

D. VICENTE.

Sí, con el tiempo....

D. CÓMODO.

Te advierto que la traigo un novio que la conviene por todos estilcs.

Dª JUANITA.

¡Jesús, qué disparate!

D. VICENTE.

¡Vamos este hombre ha perdido la chaveta! *Aparte.*

D. CÓMODO.

Y será fuerza que los casemos al instante, ¿no te parece que digo bien?

D. VICENTE.

No señor; mi hija está ya comprometida y mi palabra empeñada.

D. CÓMODO.

También lo está la mía, y cuando media un amigo como yo....

ESCENA VIII.

DOÑA DAMIANA y *dichos*.

Dª DAMIANA.

El señor don Frutos se desespera porque dice que la comida se enfría y podían ustedes empezar por lo que está sobre la mesa, entretanto que se dispone el resto.

D. VICENTE.

¡Don Frutos! pues qué acaso....

D. CÓMODO.

Le convidé para que me acompañase.

D. VICENTE.

Ya; le conocía usted sin duda, y....

D. CÓMODO.

No por cierto; pero no es preciso conocer á una persona para convidarla.

Dª DAMIANA.

Si su merced quiere ponerse á la fresca y comer desahogado, el señor don Cómodo le prestará por un ratito su bata de usted y su gorro: ¿no es verdad?

D. CÓMODO.

Con mucho gusto, qué inconveniente puedo yo tener.

D. VICENTE.

Muchas gracias: estoy bien así.

D. CÓMODO.

Y yo también, pero en tu obsequio....

D. VICENTE.

Digo que no quiero.

D. CÓMODO.

Pues á lo menos quítate la casaca y ponte en mangas de camisa.

D. VICENTE.

¿Usted me lo permite?

D. CÓMODO.

Sin duda.

D. VICENTE.

¡Qué bondad!

D. CÓMODO.

Conmigo siempre tienes cumplidos: así creeme y éntrate al comedor, que yo no tardaré en seguirte, luego que dé algunas órdenes á tus criados.

D. VICENTE.

Vamos, hija, obedezcamos al señor; ya que se toma la molestia de gobernar nuestra casa.

Dª JUANITA.

Pero papá....

D. VICENTE.

Calla y no digas nada; pues ni yo mismo sé por qué tengo tanta paciencia. *Aparte.*

ESCENA IX.

Dichos, menos D. VICENTE y DOÑA DAMIANA.

D. CÓMODO.

¿Y usted qué hace?

Dª JUANITA.

Retirarme á mi cuarto.

D. CÓMODO.

¡Qué! ¿no quiere usted favorecerme en la mesa con su amable presencia?

Dª JUANITA.

Como almorcé en el camino, me encuentro sin ningún apetito y con más necesidad de descansar que de comer.

D. CÓMODO.

Pues á mí me hacen falta ambas cosas: desde que llegué estoy hecho un haragán, y le aseguro á usted que si esto dura mucho.... con todo, lo doy por bien empleado, que al fin y al cabo se trata de su bienestar de usted.

Dª JUANITA.

¡De mi bienestar!

D. CÓMODO.

O de su mal estar, porque una boda es una arca cerrada y no se puede decir lo que contiene hasta que se abre y se registra.... pero ello es preciso y todas las mujeres que se casan tienen

que pasar por este inconveniente, y.... como ha de ser; peor sería quedarse soltera y no vadear el río por miedo de ahogarse.

D.ª JUANITA.

Dice usted muy bien, mas no alcanzo....

D. CÓMODO.

¿Olvidó usted que le traigo un novio?

D.ª JUANITA.

Creí que era una chanza, y....

D. CÓMODO.

¡Chanza!

D.ª JUANITA.

Sí señor, y lo mismo habrá creido mi padre.

D. CÓMODO.

Pues á fe que el asunto es poco serio para andarse con bromitas: no señora, el novio que la traigo á usted desde Alicante es de carne y de hueso, y como debe de ser todo novio: ¿me entiende usted ahora?

D.ª JUANITA.

Sí señor.

D. CÓMODO.

¿Y qué responde usted?

D.ª JUANITA.

Que ha hecho usted muy mal.

D. CÓMODO.

¿Lo quería usted de cartón?

D.ª JUANITA.

No por cierto; pero no lo quiero tampoco como usted me lo trae.

D. CÓMODO.

¡Cáspita! ¡y qué mujer tan difícil!

D.ª JUANITA.

Me cree usted con tanta prisa por casarme que....

D. CÓMODO.

La misma creo en usted que he visto en todas.

D.ª JUANITA.

No hay regla sin excepción, y en mí se patentiza sin duda la verdad de este refrán; porque estoy muy contenta con mi estado de soltera, y no pienso abandonarlo con tanta facilidad.

D. CÓMODO.

Cuando usted oiga el nombre de su futuro....

D.ª JUANITA.

Vana esperanza, señor mío, nunca consulté con el calendario semejantes materias.

D. CÓMODO.

No digo yo que á usted le gusten los Roques más que los Toribios; lo que sí creo y aseguro es que cederá de su porfía cuando sepa que el susodicho se llama ...

D.ª JUANITA.

Repito que nada me interesa, ni su nombre ni su persona.

D. Cómodo.

Señorita....

Dª Juanita.

Es en vano, y por lo tanto me tomo la libertad de suplicar á usted desista de su proyectado enlace, porque nunca se verificará.

D. Cómodo.

¿Nunca? ¿Está usted bien persuadida de lo que asegura?

Dª Juanita.

Sí señor, y si fuere necesaaio lo juraré y....

D. Cómodo.

Y después de jurar y de perjurar se casará usted; pues lo tengo así decidido.

Dª Juanita.

No basta su determinación de usted....

D. Cómodo.

Basta y sobra, sí señora, y en prueba de ello voy á buscar yo mismo al escribano.

Dª Juanita.

¿Para que extienda mi contrato?

D. Cómodo.

Justamente.

Dª Juanita.

¿Supongo que el dichoso será su protegido de usted?

D. Cómodo.

O á lo menos será el paciente.

Dª Juanita.

Vaya, vaya, usted desbarra.

D. Cómodo.

Ahora lo veremos.... donde diablos habrán puesto mi levita....! Ola, Francisco, Martina; pero estarán sirviendo á la mesa, y no me oirán, aunque me desgañite.... más vale que yo la busque.

Dª Juanita.

Mucho sentiré que este contratiempo paralice sus buenos deseos de usted.

D. Cómodo.

Brava dificultad, si no parece mi levita, saldré á la calle en bata y gorro, no creo que haya pracmática alguna que me lo impida.... pero aquí hay un armario.... y está abierto.... y tiene ropa de color.

Dª Juanita.

Es la de papá; no la revuelva usted.

D. Cómodo.

Nada me sirve de cuanto voy encóntrando; botines usados, chupas refundidas, calzones remendados ... lindas prendas para sacarme del apuro.

Dª Juanita.

Pero hombre....

D. Cómodo.

¡Ola! un envoltorio.... ¿qué será esto?

Dª Juanita.

Quizá el vestido nuevo que le acaban de traer de Valencia.

D. Cómodo.

Es verdad, ¡y está flamante!.... pues tengo vestido.

Dª Juanita.

No, no se ponga usted ese, que ya le bı suyo y....

D. Cómodo.

¿Para qué? este me viene pintado.

Dª Juanita.

¡Jesús! cómo llueve; pobre vestido!

D. Cómodo.

Así se le quitará el lustre.

Dª Juanita.

¿Y si se echa á perder?

D. Cómodo.

Ganancia para el sastre; á los pies de ı ñorita, pronto vuelvo.

ESCENA X.

DON TEODORO *y dichos.*

D. Teodoro.

¿Donde vá usted, amigo mío con tanta tación?

D. Cómodo.

A correr medio pueblo, para que se ça en esta misma noche.

DOÑA JUANITA

¡Que miro! ¡el és! *Aparte.*

D. CÓMODO.

Es indecible lo que me ha hecho usted trat

D. TEODORO.

¿Según eso, ya no hay dificultades?

D. CÓMODO.

Ninguna.

Dª JUANITA.

No, no me equivoco; es mi Teodoro, *Apa*

D. TEODORO.

¿Y don Vicente, qué dijo?

D. CÓMODO.

Que su palabra está comprometida.

D. TEODORO.

¿En mi favor?

D. CÓMODO.

No señor, en favor de no sé quién; pero.

D. TEODORO.

Pero qué....

D. CÓMODO.

Pero usted tiene la mía empeñada en el s
puede estar tranquilo.

D. TEODORO.

No hay duda que estoy adelantado.

Dª JUANITA.

Qué hablará con don Cómodo ... Si acas
el novio por quien se interesa. *Aparte.*

D. TEODORO.

Supongo que Juanita sabrá ya....

D. CÓMODO.

Lo sabe todo; excepto su nombre de usted.

D. TEODORO.

¿Pues á cuándo espera usted para decírselo?

D. CÓMODO.

No he tenido tiempo para tanto; y luego la niña es tan poco curiosa......con todo, ahí la tiene usted, y puede......

D. TEODORO.

¿Donde dice usted, que está?

D. CÓMODO.

Allí.

D. TEODORO.

¡Juanita!

Dª JUANITA.

¡Teodoro! ¿usted en San Felipe?

D. CÓMODO.

¡Ola señorita! parece que aunque usted no consulta con el calendario semejantes materias, tiene sin embargo más devoción á este santo que á los otros.

Dª JUANITA.

Podía yo adivinar....

D. CÓMODO.

También es cierto: eso de adivinar se queda pa-

ra los jugadores de manos, quienes á fav
varita de virtudes hacen de lo blanco neg
supuesto que ni usted ni don Teodoro pos
mejante ciencia, bueno será que no despe
el tiempo y se digan lo que no saben, en ta
yo continúo mi camino.

D. TEODORO.

Advierta usted que llueve á cántaros.

D. CÓMODO.

El agua no rompe costillas.

D. TEODORO.

Sí, pero las moja, y....

ESCENA XI.

DOÑA JUANITA Y DON TEODORO.

Dª JUANITA.

Ya se fué, ¿ha visto usted en su vida caracte
más extraordinario?

D. TEODORO.

No hay duda que don Cómodo és un original sin copia; pero también es preciso confesar que su bondad, su franqueza, y las nobles prendas que adornan su alma pura y generosa, compensan en demasía las rarezas de su genio y su ninguna experiencia. Si viera usted Juanita mía con qué calor, con qué desinterés ha abrazado nuestra desesperada causa....si conociera usted sus ideas, sus proyectos......

D.ª JUANITA.

¡Ah, y cuán injusta he sido! Creerá usted que me burlaba de las unas y pensaba inutilizar los otros con porfiada resistencia?

D. TEODORO.

¿Y ahora?

D.ª JUANITA.

Ahora....duda usted siquiera de cuáles pueden ser mis deseos, después que le he vuelto á ver?

D. TEODORO.

No por cierto; me ha dado usted tales pruebas de su amor en Valencia, de su constancia en nuestra prolongada separación, que sería indisculpable la menor desconfianza de mi parte; pero podré esperar acaso que nuestro mutuo afecto, ayudado de la amistad que une á su padre de usted con don Cómodo, serán suficientes para....

D.ª JUANITA

¡Pues si apenas se conocen!

D. TEODORO.

¡Cómo!

D.ª JUANITA.

Verdad es que se educaron juntos en un mismo colegio, mas luego se separaron y....

D. TEODORO.

Ya lo sé, pero don Cómodo se lisongeaba con la dulce esperanza de encontrar en su antiguo condiscípulo los mismos sentimientos que le supo inspirar en sus primeros años.

D.ª JUANITA.

Castillos en el aire, que la realidad ha desvanecido.

D. TEODORO.

Sus palabras de usted me indican demasiado; así ya no dudo que la entrevista sería....

D.ª JUANITA.

Agarapiñada.

D. TEODORO.

Entonces su papá de usted habrá manifestado su descontento, y no sé cómo don Cómodo no lo ha conocido.

D.ª JUANITA.

Papá no ha podido todavía manifestar nada porque su sorpresa y su aturdimiento se lo han impedido; se encontró como llovido, con un amigo á quien no conocía, que sin avisarle ni contar con él, disponía y mangoneaba en su casa; y la extravagancia de esta misma conducta, aunque paralizó momentaneamente su mal humor habitual, me anuncia que muy pronto se desquitará y quizá á nuestra costa.

D. TEODORO.

¿Qué partido debemos pues abrazar?

D.ª JUANITA.

Lo ignoro.

D. TEODORO.

Y ese don Frutos de quien me habló usted en su

último carta, ¿persiste todavía en su desatinado proyecto?

D.ª JUANITA.

Ahora más que nunca: ya tenemos en casa los trajes y las galas para la boda.

D. TEODORO.

¡Qué dice usted!

D.ª JUANITA.

Que ayer los compramos en Valencia y... buenas lágrimas me costaron los dichosos trajes.

D. TEODORO.

¡Pobrecita!

D.ª JUANITA.

Ello no hay duda que son preciosos, porque aquella modista catalana que vive detrás de la catedral, tiene unas manos.... pero qué importa si han de servir sólo para solemnizar mi sacrificio.... uno con particularidad me gusta tanto! es de punto inglés con viso pitacho, y con unas guarniciones á bollos.... ¡ay triste de mí, no son malos bollos los que á mí me esperan.

D. TEODORO.

¿Y usted se dejará sacrificar? ¿y sufrirá usted en silencio y con resignación que su padre de usted exponga vuestra dicha por satisfacer su propia avaricia?

D.ª JUANITA.

¿Y qué puedo yo hacer?

D. Teodoro.

Hablarle claro, manifestarle vuestra repugnancia, el estado de vuestro corazón, vuestra voluntad....

Dª Juanita.

¿La tuve nunca para mi padre? ¿ha indagado alguna vez mis gustos, mis inclinaciones? ¿ha dudado siquiera de que mis deseos puedan ser otros que los suyos? Ah; no, jamás lo ha hecho: celoso de una autoridad cuyos límites desconoce, creería comprometerla si se humillaba hasta el punto de consultar con su hija, lo que le era tan facil ordenarla.

D. Teodoro.

¡Así se abusa de las leyes protectoras de la naturaleza! ¿qué más haría un tirano?

Dª Juanita.

No culpemos su corazón; ¿existe acaso un padre que no quiera la felicidad de sus hijos?

D. Teodoro.

Entonces, ¿por qué la arriesgan tantas y tantas veces?

Dª Juanita.

Porque se engañan en los medios; porque interpretan esas mismas leyes con que la naturaleza los autoriza; porque juzgan del corazón ageno por el suyo, y porque hacen consentir nuestra dicha en lo mismo que los haría felices, como si fuera uno sólo el camino de aquella.

D. Teodoro.

Pero lo cierto es que don Vicente dispone de su

mano de usted, y que mi llegada á San Felipe no servirá de otra cosa sino de hacerme testigo de de mi propia desventura?

D.ª JUANITA.

No desmayemos amigo mío: quién sabe si algún incidente afortunado.... ¿por qué no habla usted con mi padre?

D. TEODORO.

Si soy pobre, si no puede ofrecer sino un corazón amante y sencillo, ¿qué ventajas puedo esperar de esta determinación? Ya le dije á usted cuando nos conocimos, que era huérfano; que dependía enteramente de un tío, que seguía el comercio en Alicante; y que á su lado y con el tiempo.... pero el tal don Frutos es tan rico, y don Vicente tiene un deseo de salir de usted, que....

D.ª JUANITA.

En fin, veamos lo que hace don Cómodo: quizá la frialdad con que le ha recibido mi padre no sea tanta como nos ha perecido.... á veces un momento de mal humor, una sorpresa,... luego las primeras impresiones se borran tan dificilmente....

ESCENA XII.

FRANCISCO *con un lío de ropa y dichos.*

FRANCISCO.

Mal haya amén semejantes protectores.

D.ª JUANITA.

Qué es eso Francisco, donde vas con ese lío de ropa.

FRANCISCO.

Ay señorita de mi vida, y qué chasco tan fiero!

Dª JUANITA.

Explícate, ¿qué te ha sucedido?

FRANCISCO.

Que su padre de usted se ha puesto como un Lucifer cuando me ha visto en la cocina, y me vuelve á echar de casa, y.... ¡qué bochorno! la culpa me tengo yo de haberme fiado de aquél farolón....

Dª JUANITA.

Bien sabe Dios que no te entiendo.... ¿que papá te había vuelto á recibir?

FRANCISCO.

No señora, pero don Cómodo lo hizo en nombre de su merced, y....

Dª JUANITA.

¿Y lo sabe papá?

FRANCISCO.

Pues hay está el item; que cuando me vió, solo me preguntó, que hacía allí, y.... vamos sin enfadarse ni por asomó.... pero en cuanto le dije que su amigo me había recibido en su nombre, le dió tal coraje que agarró el asador y gracias á doña Damiana que se puso de por medio, que si no me enfila como si fuera una polla de leche.

Dª JUANITA.

¿Con que de nada te sirvió su recomendación?

FRANCISCO.

Sí señora, me sirvió para que me echasen más pronto.

D. TEODORO.

Oye usted, Juanita mía. *Aparte.*

FRANCISCO.

Y me parece que lo mismo adelantará todo el que sea bastante desdichado para necesitar de su apoyo. ¡Mas ay! el amo viene, voyme, no sea que se repita la escena de la cocina, que en casa de un hidalgo, nunca faltan asadores.

ESCENA XIII.

DOÑA JUANITA Y DON TEODORO.

D. TEODORO.

¿Y yo, me voy ó me quedo?

Dª JUANITA.

Más vale que se quede usted; porque si algún criado le ha visto entrar, lo contará seguramente y.... bueno será además que conozca usted á mi padre, y que él le conozca para.... silencio que ya llega.

ESCENA XIV.

DON FRUTOS, DON VICENTE, DOÑA DAMIANA, MARTINA *y dichos.*

D. VICENTE.

¿Donde está, donde está ese caballero que ha tenido la insolencia de recibir para servirme, un criado que yo mismo había despedido....?

Dª DAMIANA.

Tranquilícese usted, ya Francisco se ha ido, y..

D. VICENTE.

Y ha hecho divinamente, porque de lo contrario....

D. FRUTOS.

No apruebo sin embargo, que se alborote usted acabado de comer, y cuando la digestión....

D. VICENTE.

Y quién tiene bastante paciencia para aguantar lo que me sucede?

Dª DAMIANA.

Pero señor....

D. VICENTE.

Pero señora, usted que es una mujer de razón, ¿cómo ha podido permitir que se haya hecho en mi casa lo que se ha hecho?

Dª Damiana.

Si dijo que era un amigo íntimo de su merced, y que era....

D. Vicente.

¡Qué amigo, ni qué calabaza! ¿acaso tiene traza de amigo?

Dª Damiana.

Oh, lo que es eso, no señor; más la tiene de alojado imperial, según nos trata á la vaqueta, que no de.... pero lo afirmaba tanto que era preciso creerlo ó matarlo.

D. Vicente.

Pues matarlo, antes que creerlo.

Dª Damiana.

Ya con eso medio termino.... pero en fin, señor don Vicente, la cosa no tiene remedio, y supuesto que el tal don Cómodo parece que nos deja respirar algún tiempo, sería yo de dictamen que tomásemos nuestras medidas para evitar nuevos inconvenientes.

D. Vicente.

Sí, no se descuide usted; cierre usted con llave los cofres, los armarios, la despensa, el palomar.. en fin todo cuanto pueda ser saqueado, y sin olvidarse de las gallinas.

Dª Damiana.

Empezaré por ellas; pues no tardará en volver el milano, y entonces... pero Dios mío! qué tenderete de ropa es este!

D. Frutos.

Alguna nueva hazaña de nuestro huesped.

D. Vicente.

Mis calzones de pana por el suelo ¡vaya, hasta ahí podían llegar las chanzas.!

D.ª Damiana.

Y también la chupa de raso punzó.

D. Vicente.

Cuál, ¿la de los jueves santos?

D.ª Damiana.

La misma.

D. Vicente.

Por vida de....

D. Teodoro.

Malísima ocasión hemos escogido. *Ap.*

Doña Juanita.

Endemoniada. *Aparte.*

D. Vicente.

Pero Juanita, tú que te quedaste con ese hombre, no nos podrás descifrar semejante misterio?

Doña Juanita.

Nada más facil: don Cómodo tenía que salir á yo no sé qué diligencia, y no encontrando su levita tan pronto como necesitaba, abrió ese armario para buscar otra que ponerse, y...

D. Vicente.

No la hallaría afortunadamente; porque nunca me han gustado las levitas.

DOÑA JUANITA.

Es verdad, pero encontró la casaca nueva, se la puso y se fué sin cuidarse de la ropa que se sacó primero.

D. VICENTE.

Esto solo me faltaba.

Dª DAMIANA.

Con todo, usted debió señorita recogerla y colocarla nuevamente en el armario, para que el daño no fuera tanto.

DOÑA JUANITA.

Eso quise hacer, mas luego entró el señor....

D. VICENTE.

¡El señor! y ¡quién es el señor!

D. TEODORO.

Un servidor de usted que deseaba hacía mucho tiempo el honor de.... no se qué decirle. *Aparte*,

D. VICENTE.

Suplico á usted que deje á un lado los cumplimientos y me diga en lo que le puedo ser útil.

D. TEODORO

Yo.... me llamo Teodoro de Guzmán y mi padre se llamaba....

D. VICENTE.

Llamárase como se llamara, el nombre no hace nada.

D. TEODORO.

Es verdad, pero mi familia es tan conocida en Alicante....

D. VICENTE.

Que! es usted de Alicante....

D. TEODORO.

Sí Señor

D. VICENTE.

Y viene usted ahora de allá?

D. TEODORO.

Hoy mismo he llegado.

D. VICENTE.

¿Quizá con don Cómodo?

D. TEODORO.

Cabalmente: es un amigo de mi casa, y....

D. VICENTE.

¡Santa Bárbara! amigo de su casa de usted... pues señor, no necesito saber más.... vámono don Frutos y en una de las piezas interiores, esperaremos con resignación á que pase este nubla do de amigos que amenaza nuestras infelices ca bezas.

D. TEODORO.

Suplico á usted que me escuche siquiera do palabras.

Dª JUANITA.

Pero papá, considere usted que....

D. VICENTE.

No permita Dios que yo considere nada....ami go de don Cómodo, eh? preciosa recomendació dor cierto, para que no pare de correr hasta pasa po mañana.

ESCENA XV.

Dichos y RODRIGO.

RODRIGO.

Señor don Vicente, con permiso de los señores, quisiera....

D. VICENTE.

¡Otra embajada!

RODRIGO.

Que si á su merced le parece, concluyésemos aquel asuntillo.

D. VICENTE.

Ya le dije á usted....

RODRIGO.

Bien veo que su merced tendrá ganas de descansar.

D. VICENTE.

Sí señor, y son muchas las que tengo, pero cansado ó descansado lo cierto y seguro es....

RODRIGO.

Vaya señor don Vicente, una firma pronto se echa.

D. VICENTE.

¡Cómo, una firma! ¿qué papel es ese?

RODRIGO.

La escritura para la compra de la huerta: ya tengo aquí los doce mil reales, y luego que su merced la firme, los contaremos y punto concluído.

D. VICENTE.

Pero hombre, ¿qué está usted charlando? ¿quién le ha mandado á usted extender esa escritura? ¿quién le ha dicho á usted que yo quiero dar mi huerta en tan bajo precio?

RODRIGO.

Ya sé yo que su merced querrá, y que firmará el papel, y que....

D. VICENTE.

Vióse jamás semejante desvergüenza: con que usted sabe....

RODRIGO.

Toma, cuando el señor don Cómodo me ha empeñado su palabra....

D. VICENTE.

¡Don Cómodo! venga la escritura.

RODRIGO.

Aquí está.... ¡que la rasga usted!

D. VICENTE.

Sí señor, pues aunque me conviniera la venta de la huerta en los términos que expresa la escritura, bastaba que don Cómodo se hubiese mezclado en el asunto, para que yo no la firme en mi vida.

ESCENA XVI.

Dichos menos DON VICENTE *y* DON FRUTOS.

RODRIGO.

¡Qué chasco tan terrible! ¿y quién le pagará ahora al escribano su trabajo?

Dª DAMIANA.

Buena pregunta; quien se lo haya encargado!

D. TEODORO.

¡Y que yo me haya expuesto á este desaire, po haberme fiado de un loco! no sé cómo contengo mi cólera.

DOÑA JUANITA.

Ay Teodoro, bien me temía yo lo que nos había de suceder

MARTINA.

Y donde me dejan ustedes á el pobre Francisco que después de haberse llevado el alegrón, ha tenido que echar á correr de nuevo y ya.... sin esperanzas de mejoría en su suerte; ¿porque quién es el guapo que se atreve á interesarse con el amo en favor suyo?

Dª DAMIANA.

No seré yo á buen seguro.

D. TEODORO.

También es preciso confesar que este hombre ponderaba de tal modo su amistad, su protección,

que casi parecía un exceso de desconfianza la d... da más natural y sencilla.

DOÑA JUANITA.

Es verdad, pero bien caro nos hace pagar nuestra credulidad.

D. TEODORO.

Vamos, no quiero pensar en ello; porque es tal mi resentimiento que si ahora mismo se presentase delante de nosotros, me parece que....

ESCENA XVII.

DON COMODO, FRANCISCO *y Dichos.*

D. CÓMODO.

Ven acá, grandísimo majadero y repíteme delante de estos señores la sarta de desatinos con que me has saludado al pie de la escalera.

FRANCISCO.

Los repetiré, sí señor, y tanto como los repetiré, y me darán la razón, y afearán vuestra sinrazón, y....

D. CÓMODO.

¿Qué razón ni qué sinrazón son esas, maldito, que más pareces agente fiscal que no otra cosa? ¿puedes negar que tu amo me ha recibido perfectamente, y que nuestros asuntos van á pedir de boca?

FRANCISCO.

No sé como irán los asuntos de su merced, pero

en cuanto á los míos van á pedir de barriga, y si me descuido....

D. Teodoro.

Ya no hay paciencia que baste para escuchar semejantes delirios. Señor don Cómodo usted me ha comprometido.

D. Cómodo.

Como que quiero casar á usted.

D. Teodoro.

Y por usted me veo arruinado, despreciado, insultado y echado para siempre de esta casa.

D. Cómodo.

¿Y todo eso le ha pasado á usted por culpa mía?

D. Teodoro.

Sí señor; porque si usted no me hubiese lisonjeado vanamente con ilusorias esperanzas, no me hubiera sucedido ...

D. Cómodo.

Pero qué diablos le ha sucedido á usted?

D. Teodoro.

Que don Vicente me ha vuelto las espaldas, luego que supo nuestra malhadada intimidad.

D. Cómodo.

¿Pues no quiere usted que mude nunca de postura? ¡también es buena la aprensión!

D. Teodoro.

Y se fué dejándome con la palabra en la boca.

D.ª Juanita.

Y dijo que no le quería volver á ver.

Rodrigo.

Y rompió la escritura que el escribano acababa de extender y que no he pagado todavía.

Francisco.

Y antes me quiso ensartar en el asador.

Martina.

Y después lo ha vuelto á despedir.

D.ª Damiana.

Y ahora y luego y siempre le aconsejo á usted que nos deje en paz; porque desde que le conocemos parece que nos han echado una maldición.

D. Cómodo.

Que me maten si entiendo semejante algarabía: preciso es que haya aquí alguna equivocación, algún.... pero todo esto se compone bien pronto, vénganse ustedes conmigo, buscaremos á don Vicente y en su presencia....

D. Teodoro.

No seré yo tan loco que me exponga de nuevo á su justa cólera.

D.ª Juanita.

Ni yo.

D. Cómodo.

Qué cólera, ni qué calabaza.... en cuanto yo le diga á Vicente dos palabras.

Dª Juanita.

¿Acaso las querrá escuchar?

D. Cómodo.

¿Pues no ha de querer? Vaya, síganme ustedes y no les pesará.

D. Teodoro.

¿Y hemos de ir todos?

D. Cómodo.

Todos, y aun son pocos para los que yo quisiera.

D. Teodoro.

¿Qué le parece á usted Juanita mía, deberemos exponernos?....

Dª Juanita.

Sí señor, y por lo menos tendremos el consuelo de presenciar un completo desengaño.

D. Teodoro.

Pues vamos.

D. Cómodo.

Vamos, pobre gente, vamos, y no desconfíen; porque aunque Vicente no quiera, me ha de querer de por fuerza, tanto como yo le quiero.





ACTO TERCERO.

ESCENA I.

D. VICENTE, D. COMODO, D. TEODORO, DOÑA JUANITA, D. FRUTOS, DOÑA DAMIANA, RODRIGO, MARTINA Y FRANCISCO.

D. VICENTE.

Repito que no quiero escuchar á usted disculpas que solo contribuirán á irritarme más y más: harto hago si callo y no tomo el partido que debiera.

D. CÓMODO.

¡Pero Vicente, es posible que te enfades por tan poca cosa!

D. VICENTE.

No, que le daré á usted gracias por lo que me ha comido, bebido, y destrozado desde que tomó

por asalto esta casa. ¿Vean ustedes qué traza de vestido? aun no estaba estrenado y parece ya una rodilla.

D. Cómodo.

No encontraba el mío, y estaba este tan á la mano....

D. Vicente.

Ya se vé, entonces era muy natural que usted se lo pusiese, aunque lloviera más que llueve el Madrid por noche buena.

D. Cómodo.

Luego, urgía tanto que se extendiese el contrato consabido....

D. Vicente.

¡Qué contrato!

D. Cómodo.

¡Toma! el de la niña con mi amigo. ¿Pues no habíamos quedado en eso?

D. Vicente.

Vamos, ya está visto: mi casa, mis muebles, mi mesa, mis vinos, mi ropa y hasta mi hija; todo pertenece decididamente al señor, y de todo dispone por derecho de conquista.

D. Cómodo.

Acaso, te incomoda mi franqueza.

D. Vicente.

Sí señor, muchísimo.

D. Cómodo.

Pues te aseguro que en este caso no nos parecemos.

D. VICENTE.

De lo que me alegro infinito.

D. CÓMODO.

Porque yo quisiera poseer mañana los Estados del duque de Medinaceli....

D. VICENTE.

Lo creo.

D. CÓMODO.

Para partir contigo su renta.

D. VICENTE.

No quiero tanto, y sí sólo que tenga usted la bondad de dejarme dueño de mi casa.

D. CÓMODO.

Bueno; conozco que estás de mal humor y que hoy no haremos carrera de tí. Por otra parte, ya es tarde, te veo sumamente cansado, yo no lo estoy menos, y....bueno será por lo mismo que cada mochuelo se vaya á su olivo, y mañana por la mañana....

D. VICENTE.

Sí, mañana por la mañana, ya tendré yo buen cuidado en que no se te abra la puerta. *Aparte.*

D. CÓMODO.

Se compondrá el asunto y....con que....hasta la vista.

D. VICENTE.

Agur.

D.ª JUANITA.

¡Qué! se va usted sin hacer nada en fa[v]
pobre Teodoro? *Aparte.*

D. CÓMODO.

Tenga usted flema y duerma bien, que m[a]
será otro día. *Aparte.*

D. TEODORO.

Ahora vendría soberanamente el específico
Aparte.

D. CÓMODO.

¿Para qué? ¿pues puede ir la cosa mejor de
que vá? *Aparte.*

D. TEODORO.

Maldito sea usted.

D. CÓMODO.

Cuidado; que son ustedes gente bien poco con
tentadiza! *Aparte.*

D. VICENTE.

Se puede saber, señor don Cómodo, sin que pa-
rezca descortesía, ¿lo que significan todos esos
misterios?

D. CÓMODO.

Nada chico; pamplinas de amantes, y te juro
por tu vida que más quisiera lidiar con un regi-
miento entero, que no con este par de boquirru-
bios.

D. VICENTE.

Si usted tuviera la bondad de explicarse....

D. Cómodo.

De buena gana lo hiciera; pero estoy cayénd me de sueño y la caridad bien ordenada empie: por uno mismo: quédese por lo tanto la soluci del problema para mañana á la hora del d ayuno.

D. Vicente.

Ya, pero es indispensable....

D. Cómodo.

Que los que no tenemos tanta prisa como ti nen estos señores de salir del paso, durmamos descansemos....buenas noches.

ESCENA II.

Dichos, menos D. COMODO.

Dª Juanita.

Esto sí que se llama dejarnos en la estacad *Aparte.*

D. Vicente.

Supongo, caballero, que lo que acaba de ind carme este buen hombre, no tiene otro fundame to que la misma originalidad de su carácter, y ninguna aprensión.

D. Teodoro.

Cierto; pero es el caso que....

D. Vicente.

Porque de lo contrario, me asistiría harta razó

para quejarme de la poca delicadeza de quien se introduce así en una casa de tanto respeto como es la mía, sin más recomendación que la de un loco, y con el criminal objeto de entorpecer los meditados proyectos de un tierno padre.

Dª Juanita.

Pero el señor no tiene la culpa de que el otro...

D. Vicente.

¿Y á tí quién te da vela para este entierro?

Don Frutos.

Parece que esta señorita se interesa sobremanera en la justificación de este caballero, según parece por la viveza de....

D. Teodoro.

El interés de Juanita me lisonjea demasiado, para que yo trate de desengañar á usted.

Dª Juanita.

Y Teodoro hace muy bien....

D. Teodoro.

Y Juanita sabe....

D. Vicente.

¿Qué diablos de algarabía es esta? ¡Teodoro! ¡Juanita!....¿de dónde les viene á ustedes semejante confianza? se han conocido ustedes anteriormente? se han tratado acaso? vaya, respondan ustedes, si no quieren que me acabe de enloquecer.

D. Frutos.

Sí, sí, respondan ustedes, porque esto ya pasa

de castaño obscuro y en vísperas de cas cualquier novio tiene derecho á saber los s(tos de la que ha de ser su costilla.

MARTINA.

Entonces menos que nunca. *Aparte*.

D. TEODORO.

Aquí no hay secreto alguno que pueda y descubrirse;..... yo tuve el gusto de conoc esta señorita en Valencia, y....

D. VICENTE.

¡En Valencia! luego usted era....

MARTINA.

Doña Damiana, ¿si será este el pajarito de q hablábamos antes? *Aparte*.

Dª DAMIANA.

Qué sé yo lo que te diga, pero ello es que t una voz tan dulce como una calandria.

D. TEODORO.

Sí señor, yo soy el desgraciado que....

D. VICENTE.

Basta, no quiero saber más.

Dª JUANITA.

No, papá, bueno será que lo sepa usted todc que ha querido enterarse de algo.

D. VICENTE.

Repito que basta y aun sobra, para conoc fondo intriga tan mal urdida, y para que tom la providencia que debo.

D. Frutos.

No señor, no basta que usted esté al cabo del negocio, porque yo soy quien me he de casar, y...

D. Vicente.

Hombre, no sea usted majadero, y no apure también mi paciencia.

D. Frutos.

Con todo, el decoro marital exije....

D. Vicente.

En cuanto á usted, señor mío, avergüencese de una conducta tan indiscreta, y trate de dejar para siempre una casa, cuya tranquilidad compromete tanto con su presencia.

Doña Juanita

Por Dios, papá.

D. Vicente.

Salga usted, digo, respete usted la autoridad de un padre, los derechos de la naturaleza; y no me obligue....

D.ª Juanita.

¡Triste de mí! papá.... Teodoro....

D.ª Damiana.

Virgen mía, ¿en que pararán estas misas?

D. Teodoro.

No seré yo quien los huelle, aunque usted abuse como lo hace ahora de esos derechos y de esa autoridad que tanto preconiza. Saldré por lo mismo de esta casa y no volveré á poner los pies en

sus umbrales, ya que usted me considera tan peligroso á su tranquilidad; pero no olvide usted, señor don Vicente, que esa naturaleza, cuyo sagrado nombre invoca, lejos de autorizarle para tamaña tiranía, le prohibe á usted que sacrifique su desgraciada hija, por satisfacer un orgullo necio ó una sórdida avaricia.

D. Frutos.

¡Ola! parece que esto habla conmigo.

D. Vicente.

¡Qué imprudencia! don Teodoro, usted no se hace cargo de que?....

D. Teodoro.

Ya es tarde para reflexiones, y supuesto que esta será la última vez que yo tendré el honor de hablar con usted, fuerza será que la aproveche para declararle que puede disponer de la mano de su hija, siempre y cuando guste; pero no de su corazón, porque ese es mío y enteramente mío: así me lo acaba de jurar.

Dª Juanita.

Y así lo juro de nuevo.

D. Frutos.

Oidos que tal oyen.

D. Vicente.

¡No sé cómo contengo mi cólera! insolentes..

D. Teodoro.

Se borran por ventura en tan breve tiempo las primeras impresiones de un amor virtuoso? Ah!

No señor: el fuego que ardía en nuestros pecl desde que nos vimos y apreciamos en Valen era inextinguible; y la ausencia y las trabas y riesgos y los inconvenientes de cualquiera es cie que hayan sido, lejos de amortiguar su ard sirvieron solo para avivarlo hasta el extremo.

D.ª DAMIANA.

Vaya si no llorara, reventaría. *Aparte.*

D. TEODORO.

Harto hemos hecho en callar y sufrir resig dos, desde que usted nos separó: harto hare en decirnos un eterno adiós, si usted insiste e proyectado enlace con don Frutos, á quien Ju ta detesta, y con quien jamás podrá ser feliz ro á lo menos ya que ese cruel don Cómodo ha reunido para presenciar nuestra mutua de: tura, sepa usted que....

D. VICENTE

Siempre había de ser el tal don Cómodo el me proporcionase este buen rato! yo le asegı

D. FRUTOS.

No, pues yo tengo que agradecerle un d gaño.

D. VICENTE.

Bien sabe Dios que si no se hubiera ido posada....

ESCENA III.

SEBASTIAN *y dichos.*

SEBASTIÁN.

Quisiera preguntar á su merced ¿en donde hace la rosca esta noche?

D. VICENTE.

¿Otra impertinencia?

SEBASTIÁN.

Lo digo, porque como su merced querrá recogerse temprano, y esto de esperar á que le hagan á uno la cama....

MARTINA.

Con buena embajada te vienes tu ahora....si que nos estaríamos con los brazos cruzados, á no tenerlo todo dispuesto y á punto.

Dª DAMIANA.

Lo primero que le encargué yo á Martina fué la cama del señor don Vicente, porque como dijo el otro, á fatiga de camino, jarabe de lino.

SEBASTIÁN.

Ya, pero habiéndose acostado don Cómodo en ella....

D. VICENTE.

¿En dónde dices que está don Cómodo?

SEBASTIÁN.

Durmiendo á pierna suelta, y en la propia cama de su merced.

D. VICENTE.

¡En mi cama!

D.ª DAMIANA.

¡Jesús! y precisamente se habían puesto hoy sábanas limpias.

SEBASTIÁN.

Bastante hice yo para impedir que tal hiciese, más todo fué en vano, y cuando le pregunté que en donde quería que durmiese el amo, me respondió, que una noche de cualquier modo se pasa, y que así, ó le pusiesen un catre de tijera en la sala, ó que extendiesen un colchón por el suelo en la misma alcoba.

D. VICENTE.

Voto vá.... ahora sí que se llenó la medida de mi sufrimiento; mira Sebastián, anda, corre, sácale de la cama aunque sea por los cabezones, y traele á mi presencia para que le diga cuantas son cinco.

SEBASTIÁN.

Voy al punto.

FRANCISCO.

También iré yo por si acaso se resiste.

RODRIGO.

Y yo, porque le tengo unas ganas desde el cuento de la escritura que ya, ya....

D. VICENTE.

Siempre que ustedes lo hagan pronto y bien, les prometo una soberbia propina.

FRANCISCO.

Entonces, seguro es el zafarrancho.

D. TEODORO.

Esperen ustedes un momento.

D. VICENTE.

¿Qué, intenta usted oponerse?

D. TEODORO.

No señor, de ningún modo: pero si se puede alcanzar lo que se desea por medios suaves, me parece que....

D. VICENTE

Buenos medios suaves le dé á usted Dios: cierto que el hombre es de los que se manejan fácilmente para usar con él de tales lenitivos.

D. TEODORO.

Con todo yo me ofrezco á hablarle, y á que entre por vereda.

D. VICENTE.

¡Usted!

D. TEODORO.

Sí señor, yo; que si bien no puedo permitir se insulte y maltrate á una persona que ha venido conmigo, tampoco debo tolerar que abuse hasta este punto de vuestra paciencia, ni disimular que nos haya comprometido á todos del modo que lo ha hecho: tranquilícese usted pues, señor don Vicente, yo le hablaré y le haré levantar y me lo llevaré á la posada, y si fuere preciso estaré la noche entera de centinela á la cabecera de su ca-

ma, para que no haga alguna de las suyas; do de todos modos seguro que saldremos as amanezca para Valencia, en la misma calesı nos trajo á san Felipe.

D. VICENTE.

Pero....¿y si no quiere hacer caso?

D. TEODORO.

Lo hará, sí señor, lo hará: la razón no (fuerza; y don Cómodo, no obstante todas sı travagancias, es un buen hombre, créalo ı es un excelente hombre.

D. VICENTE.

No me opongo á que lo sea, pero dígale de mi parte que me haga el favor de no vol á presentar jamás delante de mi vista.

D. TEODORO.

Está bien.

Dª DAMIANA.

Y que esta casa no es ningún mesón, ni l cio, ni hospedería de padres Jerónimos, par uno se meta en ella de rondón y como si fu hacienda de pícaros.

D. TEODORO.

Bien, bien; nada se quedará en el tintero.

FRANCISCO.

¿Y nosotros qué hacemos?

D. VICENTE.

Seguidle, y no hay que volverse sin den do, de gradó por ó fuerza.

FRANCISCO.

Pierda su merced cuidado, que ya ha caido en buenas manos para que se escape.

ESCENA IV.

D. VICENTE, D. FRUTOS, DOÑA JUANITA, DOÑA DAMIANA Y FERMINA.

D. FRUTOS.

No, pues yo no me he de quedar con este entripado. *Aparte.*

Dª JUANITA.

Ay Teodoro mío; te perdí para siempre. *Aparte.*

D. VICENTE.

Lo he de ver y no lo he de creer: ha de estar ya en Valencia, y todavía se me ha de figurar que anda á mi retortero. Cáspita con el amigo!

D. FRUTOS.

¡Y qué calladito me lo tenian! *Aparte.*

D. VICENTE.

¡Taciturno se ha quedado don Frutos! si acaso....vaya, entonces sí que se remachaba el clavo. *Aparte.*

MARTINA.

Doña Damiana, quiere usted que nosotras nos marchemos un pasito tras otro, para observar desde el callejón, lo que pasa allá en la alcoba?

D. VICENTE.

Mire usted que es cucarachero.... ¿pero qué tiene usted? ¿está usted malo?

D. FRUTOS.

No, señor; lo que yo tengo es que.... en resumidas cuentas, nadie sabe lo que yo tengo, mejor que usted mismo.

D. VICENTE.

Ya, si usted toma la cosa por donde quema....

D. FRUTOS.

Perdone usted que la tomo por donde enfría: ¿le parece á usted moco de pavo, lo que se me ha dicho esta noche en mis barbas?

D. VICENTE.

Pero hombre, del dicho al hecho......

D. FRUTOS.

No hay mucho trecho, no señor, y....precisamente lo último que dicen las mujeres es que aborrecen á sus maridos; así hágase usted el cargo de lo que podré yo esperar, cuando la que ha de ser mía empieza por donde todas concluyen.

D. VICENTE.

¡Aborrecerle á usted! y ¿cuándo ha pronunciado Juanita semejante cosa?

D. FRUTOS.

No hace cinco minutos.

D. VICENTE.

Repare usted que quien lo dijo no fué ella, sino él.

D. FRUTOS.

Tanto se me dá; y siempre es muy malo que haya un él que lo diga.

D. VICENTE.

En eso tiene usted razón, mas en lo otro está muy equivocado: poquito cuidado han tenido las madres que la educaron en acostumbrarla á disimular, y á no hacer nunca sino lo que se le manda, para que ahora.... sí, que se habrán descuidado.... pero para qué calentarnos la cabeza con si ha sucedido ó no ha sucedido, si ha vuelto ó si ha tornado, teniendo á dos pasos de nosotros quien nos sacará de la duda. ¿Juanita?

Dª JUANITA.

Papá.

D. VICENTE.

Ven aquí....dime, no es cierto que tu no fuiste la que dijo aquello de don Frutos?....Vaya, responde, y cuidado con lo que dices.

Dª JUANITA.

No señor, no fuí yo, pero....

D. VICENTE.

Lo ve usted don Frutos, lo ve usted. Y fe mía que no dirá usted que yo la obligo, ni la apunto, ni la....y no es verdad que lejos de aborrecerle, le quieres, y te casarás con él, y....en fin que harás lo que yo te mande. Vamos?

Dª JUANITA.

Sí señor, haré lo que usted me mande aunque sea á expensas de mi dicha.

D. VICENTE.

No se trata en este momento de tu dicha ni de tu calabaza; lo que exijo de ti es que digas al señor libre y francamente que no tienes ninguna repugnancia hacia su persona, y que antes bien....

D.ª JUANITA.

Eso sería engañarle, y usted no querrá....

D. VICENTE.

Sí señora que lo quiero; ¡vióse tal sandez!

D. FRUTOS.

Con que usted quiere......

D. VICENTE.

Decía yo que lo que quería era que la niña satisfaciese á usted, y me parece.... digo, que es imposible hacerlo con más......

D. FRUTOS.

Ciertamente, crea usted que agradezco infinito á esta señorita su amable franqueza; y en prueba de ello devuelvo á usted su palabra, y deseo á entrambos todo género de prosperidades. Sopla, y de la que me escapo! *Aparte.*

ESCENA VI.

D. VICENTE Y DOÑA JUANITA.

D. VICENTE.

Bravísimo, lindamente; no se puede negar que lo has hecho como una comadre!

D.ª JUANITA.

No hubiera sido una vileza imperdonable que yo....

D. VICENTE.

¡Bribona! burlarte así de los preceptos de tu padre....cierto que se te luce el dinero que ha gastado en tu educación y lo que te enseñaron aquellas benditas mujeres.

D.ª JUANITA.

Me enseñaron á obedecer y á callar, pero no á mentir.

D. VICENTE.

Eso no se llama mentir, ni resulta en perjuicio de tercero. Cuando una niña soltera trata de establecerse, tiene á veces que decir lo que no siente, y no por eso engaña á su novio; porque si no lo quiere ahora, lo puede querer el año que viene, y todo es querer. Pero tu no te dejas gobernar y....veremos, veremos con quien te casas ahora.

D.ª JUANITA.

¿Acaso urge tanto que yo me case? no por cierto; para ser infeliz nunca es tarde.

D. VICENTE.

¡Qué chasco! vaya no me ahorco porque no tengo bastante resolución para ello; que si no.... y no te parezca que por eso te has de salir con la tuya.... primero te había de llevar á Francia para que te metieran allí monja, ya que por acá pasó esa moda, que permitir.... buena salida te daba por vida mía!.... un pelagatos que no tiene

sobre qué caerse muerto, sin arrimo, sin esperanza.... un aventurero en fin que....

D.ª JUANITA.

Teodoro es de una de las mejores familias de Alicante: usted lo sabe á no poderlo dudar, por que se lo dijeron en Valencia, y porque tuvo muy bien cuidado de cerciorarse de esta verdad, cuando fué á buscarme.

D. VICENTE.

Pero también sé que es más pobre que un hidalgo de la montaña.

D.ª JUANITA.

Con que si no lo fuera....

D. VICENTE.

Entonces....

ESCENA VII.

EL ESCRIBANO *y dichos.*

ESCRIBANO.

Amigo, solo por servir á usted, hubiera salido á la calle á estas horas y con el tiempo que hace.

D. VICENTE.

Pues qué sucede, señor Escribano?

ESCRIBANO.

Luego, el indiano me lo encargó tanto, que...

D. VICENTE.

El indiano!

ESCRIBANO.

Y como el asunto es de tanta entidad, no me he atrevido á fiarme del muchacho para que trajera el papelote, no fuera que se le cayera y lo enlodara.... además, me intereso de tal modo en sus satisfacciones de usted, que no he querido retardar un minuto de mi cordial enhorabuena.

D. VICENTE.

Si usted no se explica....

ESCRIBANO.

Es un fortunón desecho! es más que un terno á la lotería! cuándo podía usted esperar semejante enlace para su hija?.... no porque no merezca esto y mucho más Dª Juanita, sino porque los tiempos están tan calamitosos en punto á bodas que....

D. VICENTE.

Ay Dios mío! verá usted como después de tales encarecimientos, salimos luego con algún nuevo embrollo de D. Cómodo.

ESCRIBANO.

Pues de ese hablo yo precisamente, esto es, del contrato que me ha mandado extender y que traigo ya extendido.

D. VICENTE

No lo dije yo!

ESCRIBANO.

Y no lo cuento porque usted me lo agradezca, pero....

ESCRIBANO.

Ojalá fueran mías.... y también las letras que ha depositado en mi oficio, para el susodicho dote.

D. VICENTE.

¿De cambio?

ESCRIBANO.

Sí señor, y sobre las mejores casas de comercio de Madrid y Barcelona: todas ellas á la vista y aceptadas, y.... vamos no se puede usted figurar lo que siento esta desgracia:

D. VICENTE.

Pero....

ESCRIBANO.

Y cuanta es mi pesadumbre!

D. VICENTE.

Ya....más.

ESCRIBANO.

Y como acompaño á usted en la suya.

D. VICENTE.

Con todo, si ...

ESCENA VIII.

DICHOS, MARTINA Y DOÑA DAMIANA.

MARTINA.

Albricias, señor don Vicente, albricias; que ya le traen que quiera que no.

D. VICENTE.

Por vida de....

ESCRIBANO.

Porque al fin y al cabo cincuenta mil duros (dote, y la herencia prometida no eran á fe m ningún grano de anis.

Dª JUANITA.

¡Cincuenta mil duros de dote!

D. VICENTE.

¿Que....qué era lo que usted refería de dote de herencia?

ESCRIBANO.

Y solo uno de estos ricachos que vienen de otra banda, pudiera desprenderse de una sur tan....pero ya se ve....lo que él dice, yo no te go parientes ni habientes; y así quiero hacer felicidad de la hija de mi amigo.

D. VICENTE.

¿Eso decía?

ESCRIBANO.

Luego aborrece el matrimonio, y como no se l de casar, no tendrá herederos legítimos; y cua dó se muera, á quién ha de dejar lo que tiene, : no á los hijos de la hija de su amigo.

Dª JUANITA.

Oye usted papá.

D. VICENTE.

Calla hija, no ves que estas son baladron suyas.

D. ISIDORO.

[illegible] de don Vicente?.... cuá[illegible] [illegible] de desengañarse y de?....

D. CÓMODO.

[illegible] porque Vicente.... y si no aquí está [illegible]

FRANCISCO.

[illegible] lo que sale ahora.

D. CÓMODO.

[illegible] hombre como me trata esta canalla: em[illegible] [illegible] que [illegible]

D. VICENTE.

[illegible]

D. CÓMODO.

Sin hacerse cargo de que estaba en el prim[illegible] [illegible] á pique de que se me indigeste la cena.

D. VICENTE.

¿Cómo! ¿estaba usted durmiendo?

D. CÓMODO.

Y roncando.

D. VICENTE.

Han hecho entonces muy mal....

SEBASTIÁN.

Pues su merced no fué....

D. CÓMODO.

No señor, no fué, si me lo querrán decir ust[illegible] des á mí.

D. VICENTE.

Cierto, yo lo que mandé era....

D. TEODORO.

Que me maten si entiendo....

DOÑA JUANITA

Chito, y yo se lo explicaré á usted luego. *Aparte.*

D. CÓMODO.

Pero en fin, sepamos á qué y por qué ha sido esta levantadura, pues quisiera despachar pronto lo que haya que hacer, para volverme á meter entre sábanas.

D. VICENTE.

En efecto, el caso ha sido....

Dª DAMIANA.

Que usted ha tenido la imprudencia de....

D. VICENTE.

No tal, aquí no hubo imprudencia alguna, antes al contrario.

Dª DAMIANA.

Señor....!

D. VICENTE.

¡Señora!....calle usted por todos los santos del cielo, y déjeme usted, que yo sea el que responda á este caballero.

FRANCISCO.

Martina ¿qué significa esto? *Aparte.*

MARTINA.

Yo no lo sé; pero ello significa algo que nosotros no entendemos *Aparte.*

D. CÓMODO.

¡Oh, quién estaba aquí! bien venido señor escribano.

ESCRIBANO.

Servidor de usted señor don Cómodo; siento mucho....

D. VICENTE.

Hombre, deje usted á un lado sus sentimientos, y enseñe usted al señor don Cómodo ese contrato que....

D. CÓMODO.

¡Cáspita! ¿ya lo tiene usted hilvanado?

ESCRIBANO.

Sí señor, y yo mismo he querido traerlo para.

D. CÓMODO.

¿Y por eso se me ha despertado? vaya, ya está entendido todo el suceso!

D.ª DAMIANA.

Dichoso usted que lo ha comprendido, porque yo, me he quedado en ayunas.

D. CÓMODO.

¿En qué pues, nos detenemos? ¿lo has leido ya Vicente?

D. Vicente.

No, pero no hay necesidad....

D. Cómodo.

Dices bien, entre dos amigos como nosotros con uno que lo lea basta.

D. Vicente.

Seguro.

D. Teodoro.

¿Y ese contrato es el mío?

D. Cómodo.

¿Pues de quién ha de ser, señor incrédulo? de usted, y en prueba de ello firmémoslo los que lo hemos de firmar y salgamos del paso.

D. Vicente.

Con mucho gusto, daré el ejemplo.

D. Teodoro.

¡Juanita!

D.ª Juanita.

Repito á usted que luego le explicaré este enigma.

D. Cómodo.

Ahora ustedes....y ahora yo para que el escribano pueda cerrar la marcha con el acostumbrado *de que doy fe.*

Escribano.

Ya la dí antes que ustedes lo hicieran, para no hacerles esperar.

D. Cómodo.

¡Y qué me dicen ustedes ahora! ¿es Vicente mi amigo íntimo, ó no lo es?

D. Teodoro.

Ya.... habrá usted acudido al específico y....

D. Cómodo.

No por cierto, siempre tuve confianza en su buen corazón, y...... vamos no hubo necesidad de echar mano de su virtud, que si hubiera habido... Jesús.... las doce, y yo todavía en pie!

D. Vicente.

Sí, sí, bueno será descansar, y mañana....

D. Cómodo.

Bravísimo: mañana se casarán los chicos, se les cumplirá á esta buena gente todo lo que les he ofrecido, y empezaremos nosotros á existir de nuevo bajo los auspicios de nuestra antigua amistad.

D. Teodoro.

¡Viva nuestro bienhechor!

D. Vicente.

¡Viva mi amigo!

D. Cómodo.

Y por eso, y porque nunca hago mal á nadie, y sí bien á cuantos puedo, por eso repito, me creo con derecho de llamarme el amigo íntimo de cuantos me conocen.

LAS

COSTUMBRES DE ANTAÑO

O

LA PESADILLA

COMEDIA ORIGINAL EN VERSO.

AL CIUDADANO

JOSÉ MARIA DE BOCANEGRA. [*]

Ofrece la comedia de LAS COSTUMBRES DE ANTAÑO, en testimonio de su inalterable y bien correspondido afecto.

Manuel Eduardo de Gorostiza.

---

[*] En la edición de Rosa, París, 1822, la dedicatoria que aparece al frente de esta comedia es la siguiente:

AL REY.

NOTA DEL AUTOR.

Esta comedia se escribió de *orden superior* y así debe reputarse como de *circunstancias.* Hubo en su representación singular aplauso y los periódicos del aquél tiempo hablaron de ella con los mayores elogios; pero no se ha repetido desde entonces; porque el autor no se ha atrevido á refundirla, como le sería fácil y como quizá debiera hacerlo para que la escena española se aprovechase de un pensamiento verdaderamente original y no mal desenvuelto. Consideraciones, sin embargo de bastante bulto se lo han quitado de la cabeza, y ha preferido sacrificar *Las Costumbres de Antaño* á su posición actual. ¿Qué no se hubiera dicho de él, si en beneficio del arte dramático, hubiera suprimido en esta edición, las alusiones que tiene la comedia á la boda del Rey? ¡Pobre Gorostiza!

PERSONAS:

D. JUAN.
D. FELIX.
D. PEDRO.
UN DOCTOR.
INÉS.
ISABEL.
UN ESCUDERO
DOS PAJES.
UN MORO.

La acción pasa en Chinchón y en una sala de la casa de D. Pedro, donde se verán colgados unos cuadros muy antiguos, cornucopias &c.: los muebles serán igualmente los más viejos que se encuentren.





ACTO UNICO.

ESCENA I.

D. JUAN, D. FELIX É ISABEL.

D. JUAN.

Confieso tenéis razón:
es singular su manía.

D. FELIX.

No nos habla en todo el día
sino de la perfección
de las costumbres de antaño,
exagera su bondad,
pondera su gravedad;
y en proceder tan extraño,
nada es bueno, nada deja

su voluntad satisfecha
sin cuatro siglos de fecha.

D. JUAN.

Siempre á los viejos aqueja
semejante enfermedad,
y como su edad pasó
no hay uno solo que no
eche de menos su edad.

D. FELIX.

Fácilmente se concibe
la razón, que á los sesenta
nada presente alimenta
y de recuerdos se vive.
Con todo, mi amado tío
se excede más que cualquiera,
y lo que en otro es chochera,
en él pasa á desvarío.
No hace mucho que le ví
con un ochavo en la mano
(al parecer segoviano)
y entusiasmado le oí,
que entre dientes repetía
qué delicado perfil!
qué limpieza! qué buril!
no se graba así en el día!

ISABEL.

Pues cuando anoche mondaba
en la cena, cierto pero
de Ronda que (no exagero)

sus cuatro libras pesaba,
me dijo, mira, Isabel,
todo cambia y degenera,
y si yo nacido hubiera,
cuando Don Pedro el Cruel,
te aseguro sin afán
que este pero que has traído,
por lo chico, hubiera sido
una pera de San Juan.

D. JUAN.

De buena gana me río.

D. FELIX.

Nosotros no, porque al cabo
todo el mundo aquí es esclavo
del capricho de mi tío;
y si aquesto no influyera
en su genio y condición,
pudiéramos con razón
pasarle tanta quimera;
mas, por la Virgen, señor,
si no se puede sufrir.

ISABEL.

No sabe sino reñir.

D. FELIX.

Siempre está de mal humor:
cuanto hacemos le disgusta,
y cuanto hablamos le enfada;
si callamos no le agrada,
si reimos no le gusta.

D. Felix.

Claro es que se enojará;
pero....

Isabel.

Pero luego hará
lo que hace todo enojado
cuando no tiene razón.

D. Juan.

Nos lo quieres explicar?

Isabel.

Darse prisa á perdonar
para no pedir perdón.

D. Felix.

Además, qué otro recurso
nos queda?

Isabel.

Yo no lo atino.

D. Juan.

El proyecto es peregrino
por cierto; mas tal concurso
de circunstancias requiere
para realizarse, que
á decir verdad, no se
si ustedes podrán......

Isabel.

¡Quien quiere
puede.

D. JUÀN.

No siempre.

D. FELIX.

Es verdad:
mas todo está ya previsto,
todo prevenido y listo
en tanta dificultad.

ISABEL.

Diez cómicos de la legua
nos ayudan.

D. JUAN.

Buen acaso.

D. FELIX.

En el pueblo están de paso
y......

ISABEL.

Como pasó la siega
se vuelven donde estaban.

D. FELIX.

Y al punto les embargué.

D. JUAN.

Muy bien hecho.

D. FELIX.

Así logré
los trajes que me faltaban.

ISABEL.

También ellos representan
sus papeles.

D. Juan.

Bien lo creo.

Isabel.

Y es tanto ya mi deseo
de que empiecen y diviertan,
que reniego de la suerte
al mirar lo que se tarda.

D. Juan.

Pero en fin, á qué se aguarda?

Isabel.

A que Don Pedro despierte.

D. Juan.

Pues duerme?

Isabel.

La eterna siesta
de tres horas.

D. Felix.

Tiempo sobrado
y que hemos aprovechado
para disponer la fiesta.
Con dos tapices no más
que el sacristán nos prestó
mirad como se adornó
el cuarto; mirad además
el menaje patriarcal
que hallamos, aunque sin copia,
y la noble cornucopia,
y el venerable sitial.

Habrá también escuderos
que sirvan, dueñas que lloren,
y doncellitas que imploren
contra sandios caballeros.
Habrá, pues tan miserable
este siglo le parece,
todo lo que el siglo trece
tenía de más amable ;
y verá en su frenesí
entonces lo que es mejor.

D. Pedro.

Isabel! Félix! (*desde adentro*)

Isabel

Félix] Señor,
que es el amo.

D. Felix.

Llamó?

Isabel.

Sí.

D. Felix.

Pues silencio, y cada cual
ocupe el debido puesto.

D. Pedro.

Isabel! (*id.*)

D. Felix.

bel.) Apagar presto
la luz.

D. JUAN.

y vámonos.

D. FELIX

(*á Isabel.*)

Sal

con cuidado, y no tropieces.

ISABEL.

Ay Cristo del buen consejo!
ampáranos, ó este viejo
nos ha de dar para nueces.

ESCENA II.

D. PEDRO.

Sale á tientas por la puerta del foro que se figura es la de su alcoba.

D. PEDRO.

¿Isabel? ¿Felix? ¿Lucía?
¡Todo el mundo ha ensordecido
en esta casa....! ¿Muchacha?
Sí, á la otra puerta.... ¿sobrino?
¡Nadie me responde! ¡Nadie!
¡Y como habré yo dormido
tanta siesta! Ya es de noche
cerrada, cuando á las cinco
debieron llamarme....! Vaya
que me gusta tal descuido.

(*tropieza con una silla*)

Ola, luces?.... Santa Tecla,
que me he deshecho un tobillo.
Siempre han de dejar por medio
las sillas....! Pero Perico
esto no es silla....! Pues qué
será? yo no lo adivino.
Vamos, si hubiere en el mundo
hombre que este peor servido
que yo.... ¡maldita canalla!
todos, todos son lo mismo.
Bien haya aquellos criados
de bigote retorcido,
con su perilla en la barba
y su tizona en el cinto
aquellos sí que servían
los pensamientos....! Afirmo
que diera lo que no tengo
por un escudero.

ESCENA III.

ESCUDERO *y dicho*

ESCUDERO.

Hizo *(claro)*
Vuesa merced luenga siesta?

D. PEDRO.

¡Válgame San Agapito!
San Juan, San Cosme, San Diego,
los Mártires de Corinto,

y la Santa translación
del apostólico oficio
á la ciudad de Antioquía!

ESCUDERO.

Non me fabla, señor mío;
¿qué pescuda? ¿qué le place?

D. PEDRO.

¿Pero donde estoy? ¿qué sitio (*a*
es este?

ESCUDERO.

¿A quién demandaba?

D. PEDRO.

¡Qué tapices tan antiguos! (*apa*
¡qué muebles! Vaya, no hay duda,
ó me vine sin sentirlo
á las ferias de Madrid,
ó estoy todavía dormido
y me aflige pesadilla.

ESCUDERO.

Mas porque vos mortifico
con preguntas é respuestas,
cuando de todo colijo
que la fiebre cuartanal
vos acucia.

D. PEDRO.

Un buen pellizco
me tiraré, por si logro (*aparte*)
despertarme.

ESCUDERO.

¿Hubiste frío?
¿Sentiste en la riñonada
punzada ó dolor?

D. PEDRO.

Maldito
seas con tu riñonada,
duende, visión ó vampiro
¿qué me quieres, qué me quieres?

ESCUDERO.

Daros el vuestro vestido.

D. PEDRO.

¿Oste puto, y tiene llamas?

ESCUDERO.

Franjas solo.

D. PEDRO.

¡Qué delirio!
¿pues acaso en el infierno
faltan lacayos?

ESCUDERO

Non digo
tal sandez.

D. PEDRO.

Pues por si acaso,
de parte de Dios te pido
me digas quien eres, y
quién te envía.

Escudero.

Soy Rodrigo
el vuestro buen Escudero,
é de Juan Rodríguez fijo,
é nieto de Gil Rodríguez
el de Iniesta.

D. Pedro.

¡Ay diablo mío!
eso sí que no; serás,
si es que te empeñas, sobrino
de la misma catedral
de Toledo, no replico
ni me opongo; pero en cuanto
á lo Escudero, te afirmo
que es mentira, porque yo
nunca tuve á mi servicio
gente que oliera á tostón.

Escudero

E así pusiste en olvido
¿mi lealtad?....Mas non lo extraño,
ni menos lo maravillo,
pues estáis asaz doliente
é sin seso.

D. Pedro.

Con que es fijo
que eres mi escudero?

Escudero

Sí.

D. Pedro.

Míralo bien.

Escudero.

Ya lo miro.

D. Pedro.

Pues entonces, quién soy yo?

Escudero.

El muy apuesto é garrido
señor Pero Pérez de Hita,
de abalorio esclarecido,
copero mayor del rey
é su vasallo.

D. Pedro

Has mentido,
y la culpa tengo yo
de hablar con diablos bebidos.
¡Yo copero!....¡yo abalorio!

Escudero.

Vaya, recobrad el joicio,
no estéis, señor, tan airoso
que al dotor ya he prevenido,
é con su física pronto
vos curará.

D. Pedro

¡Vive Cristo (*Aparte.*)
que según lo testarudo,
este diablo es vizcaino;
no hay remedio!

Escudero.

En tanto pueden

vuestros pages asistiros,
é quitaros el ropón.

D. PEDRO.

Esta es otra!

ESCUDERO.

Dais permiso?

D. PEDRO.

Si supiera conjurar! [*Aparte.*]
mas á falta de exorcismos
allá van media docena
de cruces....nada....está visto
en no hablándoles latín
se hacen los desentendidos.

ESCUDERO.

Ola, pages: venid pronto!

ESCENA IV.

DOS PAGES *y dichos.*

PAGES.

Qué nos mandas?

ESCUDERO.

Necesito
unas calzas coloradas,
é gregüescos amarillos,
é coleto, é la ropilla
de belarte berberisco

para engalanar al dueño
á quien atentos servimos.

D. Pedro.

Para disfrazarle, dirías [*Aparte.*]
mejor

Escudero.

Lo habéis entendido?

Pages.

Todo está á punto. [*Entran y salen.*]

Escudero.

Pues luego
comenzad el vuestro oficio
é nada os detenga

D. Pedro.

No
por cierto: yo no me visto
de mojiganga.

Escudero.

Parad
las mientes....

D. Pedro.

Lo dicho dicho:
ni paro ni reparo....Oiga,
soy acaso un dominguillo
para que así se diviertan
á mi costa?

Escudero.

Catad....

PEDRO.

Digo
que no quiero.

ESCUDERO.

En este caso
homildemente os intimo,
que por ser la malatía
tan pertinaz......

D. PEDRO.

Hombre indigno,
qué tiene que ver mi tía
con tus planes fementidos?

ESCUDERO.

E porque perdido el seso
vos acometen vaguidos,
é non vos dejáis servir
de los vuestros, determino
que con todo aquel respeto
que á vuestro alcurña es debido,
vos aten entrambas manos,
é á los pies sugeten grillos,
é vos desnuden, é vistan
mal que vos pese.

D. PEDRO.

No, amigo,
no dejaré yo que llegue
el tal caso.

ESCUDERO.

No hay adbitrio.

D. Pedro.

Porque antes me rendiré
como un mandria.

Escudero.

Buen aviso!
tomad asiento.

D. Pedro.

Caramba,
qué blando es el susodicho!

Escudero.

Es de alcornoque.

D. Pedro.

Lo creo.

Escudero.

E no lo ví tan polido.

D. Pedro.

Ni yo tan duro.

Escudero.

El abuelo
de vuesa merced lo fizo
facer, cuando se tornaba
de los campos de Clavijo.

D. Pedro.

No hubiera hecho tal, si hubiera
las poltronas conocido.

ESCUDERO.

Llegad, pages, é las calzas
atacadle.

D. PEDRO.

Qué martirio! [*Aparte.*]
Esto es ligarme las piernas.
Dónde, dónde os habéis ido
comodísimas calcetas,
desahogados calzoncillos?
Pero señor, qué es aquesto?
Son visiones? son hechizos?
Si seré yo Pero Pérez
y nunca lo habré sabido
hasta hora?

ESCUDERO.

[*á los pages*] Los gregüescos.

D. PEDRO.

Mas no soy D. Pedro Risco,
el hidalgo de Chinchón,
y el cosechero más rico
de la villa?

ESCUDERO.

(*á D. Pedro*) Enderezad.

D. PEDRO.

Con un garrote de pino
en tus costillas.

ESCUDERO.

Fabláis
con nosotros?

D. Pedro.

No, hijo mío:
rezaba mis oraciones,
como siempre que me visto.

Escudero.

(*á los pages*) El coleto.

D. Pedro.

Pero dónde
mis sobrinos se han metido? (*Aparte.*)
Dónde mis criados? dónde
mi casa?

Escudero.

Ya estáis vestido:
qué nos ordenáis agora?

D. Pedro.

Más por qué me martirizo? (*Aparte.*)
con necias cavilaciones?
Puedo acaso resistirlos,
si son diablos? Si es un sueño,
ha de durar medio siglo?

Escudero.

Estáis harto fastidiado:
narrarnos, pues, os suplico
del presente displacer
la causa.

D. Pedro.

Dieron las cinco?

Escudero.

E las siete también dieron.

D. Pedro.

Tanto mejor, y me inclino
por eso, á que chocolate
me deis, que no es divertido
quedarse uno sin refresco.

Escudero.

No sé lo que queréis.

D. Pedro.

Lindo!
qué he de querer! Chocolate
con bizcochos de soplillo,
y....

Escudero.

Pero, ¿qué es chocolate?

D. Pedro.

Es verdad, que aun no ha nacido
el buen Cristóbal Colón!
Por vida de....

Escudero.

Tenéis hipo?
Queréis yantar?

D. Pedro.

Ya se ve
que quiero.

Escudero.

Seréis servido
súpitamente.

ESCENA V.

D. PEDRO Y LOS PAGES.

D. Pedro.

Ello es cierto:
graves males han traido
esas Indias; mas también
nos dan frutos peregrinos:
dígalo si no el cacao,
y la canela, y....benditos
ingredientes! Sin vosotros
y sin un azucarillo,
qué hubieran, pues, refrescado
el príncipe, el grande, el chico,
el reverendo, el letrado,
la doncella, el....

ESCENA VI.

ESCUDERO Y DICHOS.

Escudero.

Pan y vino
tiene aquí vuesa merced:
yante en buena hora.

D. PEDRO.

Exquisito (Ap
refresco!

ESCUDERO.

E muy buena pró
le faga

D. PEDRO.

¡Qué hermoso vidrio!
Vaya que la tal vasija
puede hacer cualquier servicio
sin que nadie se lo tache,
pues digo, y el panecillo?

ESCUDERO.

Qué! non yantu?

D. PEDRO.

Tengo sólo
sed.

ESCUDERO.

Beba luego.

D. PEDRO.

Es muy tinto.

ESCUDERO.

Quiere agua?

D. PEDRO.

Quiero el demonio
que cargue pronto contigo.

ESCENA VII.

EL DOCTOR *y dichos.*

DOCTOR.

alir) Non descuiden la mi mula,
guárdense de sus descuidos,
cá siempre fué caroñosa,
é cocea.

ESCUDERO.

Ya el Dotor vino.

DOCTOR.

Aristotis é Avicena
nos encargan....

D. PEDRO.

Buen principio; *(Aparte.)*
y no es malo que al instante
entregan el sobrescrito.

DOCTOR.

O debieron encargarnos
el uso del solomillo
ahumado, en casos de gota;
porque el craso del cochino
humectando los tendones,
ablanda el adolorido
extremo, é......

D. Pedro.

Basta, hombre, basta:
excuse usted los desatinos,
pues no tengo otro dolor
que el de haberos conocido.

Doctor.

Paso, señor Pero Pérez,
non denueste, que me irrito
é tengo siempre en la mano
la venganza....

D. Pedro.

Eso es muy fijo,
porque con cada receta
saldrá usted de un enemigo.

Escudero.

Señor Dotor, non es gota.

Doctor.

Pues qué es?

D. Pedro.

Si se lo decimos,
de qué le sirve su ciencia
y todos sus aforismos

Escudero.

Le acucia una malatia
en la mente.

Doctor.

Bebe vino?

ESCUDERO.

Algún tanto.

DOCTOR.

Más valiera

que lo aforcaran.

D. PEDRO. (*Aparte.*)

Dios mío!

por qué los médicos siempre
han de ser tan compasivos?

DOCTOR.

Beba, pues, del agua clara,
é huya del vino dañino,
cual si fuera de la yerba
ballestera.

ESCUDERO.

Lo he entendido;

é diga, podrá beber
en cuantía?

DOCTOR.

Sí, Rodrigo,

cuanta quiera.

D. PEDRO.

Muchas gracias

por favor tan peregrino.

DOCTOR.

Es aparejado que sea....

D. PEDRO. (*Aparte.*)

Tú lo serás, gran pollino!

Doctor.

Para que le saquen sangre,
le aliviaremos de cinco
buenas tazas en catorce
vegadas.

D. Pedro.

Soberbio alivio!
Y después le dispondremos
brevages frigerativos,
é luego....

D. Pedro.

Y luego me muero
por libertarme, asesino,
de tus drogas y de tí.

Escudero.

Ay! que le crece el delirio!

Doctor.

Qué propala este demente?

D. Pedro.

Reniego de tal estilo
de curar: agua, sangrías,
brevages, friegas, y .. lindos
medicamentos por cierto,
si el enfermo es un novillo.

Doctor.

Non es fuerza le medique?

Escudero.

Sosegaos señor mío,

é reparad que este home
es un varón muy sabido,
é doto en la fisicante
parlería.

D. Pedro.

Sí, pues, mira hijo,
anda y cúrate con él,
que yo no le necesito,
ni pienso necesitarle
para nada.

Escudero.

E á vuestro primo
Garci Manrique de Lara
le curó con mucho tino
cuando finó.

D. Pedro.

Pues no quiero
que me atine, hay tal capricho!

Doctor.

Bien está: ya lo veredes.

D. Pedro.

No tal: ya lo tengo visto,
y por lo tanto resuelvo
no morirme en este siglo,
ni en otras manos que en las
de un Doctor barbilampiño
que juegue al monte, corteje,

fume, trinque como un suizo
y no sepa más latín
que un cirujano latino.

ESCENA VIII.

D. FELIX *y dichos.*

D. FELIX.

Fugid, noble caballero
de esculapios maleficios,
é pósimas malecinas,
é físicos non leidos.
La negra melancolía
dizque os tiene asaz sombrío;
é si es vero lo que parlan,
é si estáis tan aborrido,
mira, señor, vais errado,
cá las dolencias de espíritu,
non se curan emplastando,
non se aplacan con lentisco,
sino sólo les atañe
torreznos é regocijos.

D. PEDRO.

Tiene razón, por mi vida (*Aparte.*)
este diablo.... Mas, ¡qué miro!
Jesús, lo que se parece
á D. Felix mi sobrino!

D. FELIX.

E vos, Dotor, en mal hora
andad, cá si ora os lo pido
con asaz cortesanía,
sabré, si osáis resistillo,
de una coz bien asentada
arrojaros de este sitio.

DOCTOR.

Si andaré; mas pronto llegan
con las febres los pepinos,
é os emplazo para entonces.

ESCENA IX.

DICHOS, *menos el Doctor.*

D. PEDRO.

Escudero?

ESCUDERO.

Señor mío.

D. PEDRO.

Cómo se llama este mozo?

ESCUDERO.

Fernand Alvarez Bustillos,
señor de Valdecorneja,
é rico home.

D. PEDRO.

No me admiro;

que en cuanto le ví tan fiero,
adiviné que era rico.

D. FELIX.

Agora pensemos solo
en solazarnos.

D. PEDRO.

Bien dicho;
pero sepamos primero
de qué modo en este siglo
se acostumbra á solazar.

D. FELIX.

Danzáis?

D. PEDRO.

Nunca dí brincos
á compás ni sin compás.

D. FELIX.

Jugáis cañas?

D. PEDRO.

Cuando chico
jugué con ellas, y fueron
mi fusil y caballito.

D. FELIX.

Oh, corréis liebres?

D. PEDRO.

Las cojo,
si no miro á donde piso.

D. Felix.

Al menos cabalgaréis?

D. Pedro.

Pierdo al punto los estribos.

D. Felix.

Nada, pues, sabéis fazer?

D. Pedro.

Sé olvidar lo que he sabido,
y no es poca habilidad,
á los sesenta del pico.

D. Felix.

Pésame sobremanera
que no gustéis de bollicios,
é que vos falten las fuerzas
para gozar atrevido,
de los únicos placeres
á los nobles concedidos.

D. Pedro.

Y qué no hay otros?

D. Felix.

Los hay;
mas en todo es preciso
cabalgar buenos rocines,
é guardar el equilibrio.

D. Pedro.

Conque sin cabalgadura
no hay nada, eh?

D. Felix.

Nada.

D. Pedro.

Pues digo
que es un lance del demonio,
y supuesto es requisito,
indispensable, tendré
que procurarme un borrico.

D. Felix.

Ora bien, os aconsejo
que tomemos el camino
de Flandes.

D. Pedro.

Dígame usted:
y qué se nos ha perdido
en Flandes?

D. Felix.

Se casa el Conde.

D. Pedro.

Dios le haga muy buen marido.

D. Felix.

E me dijo un personero
que de aquellas tierras vino,
fazían los sus vasallos
festejos harto polidos,
é que luego mantendrían
dos torneos.

D. Pedro.

No me animo
ni aun por esas.

D. Felix.

Face mal.

D. Pedro.

Pues á qué están reducidos
esos dichosos torneos?

Escudero

E su merced non los vido
antaño, en Valladolid,
cuando los dos asistimos,
é la infanta se casó
en Portugal?

D. Pedro.

No lo he visto.

Escudero.

Por más pelos ó señales
que anduvisteis muy ardido,
é tan tieso en el rocín,
cual si fuerais uno mismo.

D. Pedro.

Así sería; pero yo
no me acuerdo.

Escudero.

Nin del circo

que fembras é menestriles
guarnecían?

D. Pedro.

No, querido.

Escudero.

Ni tampoco de dos torres
que en él se vieron de pino
ó de lienzo, é semejaban
ser de piedra?

D. Pedro.

Repito
que si lo ví, lo olvidé.

Escudero.

Junto á ellas reconocimos
diez tiendas sobrecubiertas,
con telas de varios visos,
é de ellas salieron luego
por el faraute advertidos
apuestos mantenedores,
que justaron con gran brío
é dieron contentamiento
á extraños é conoscidos.

D. Pedro.

Pero qué hicieron?

D. Felix.

Lancear.

D. Pedro.

A toros?

D. Felix.

Qué desatino!
A nobles aventureros.

D. Pedro.

Entonces el tal oficio
tendrá también sus percances?

D. Felix

Qué?

D. Pedro.

Que tendrá sus peligros,

D. Felix.

Allí mismo D. Gutierre
de Sandoval fué caido
por el justador Urrea,
que le dió sin advertillo
un desemejable encuentro,
é allí murió.

D. Pedro.

Muy bien hizo;
mas yo no le imitaré
en tanto que haya novillos
que ver desde la barrera,
y teatros bien concurridos,
y visitas y paseos.

D. Felix.

Es la diversión del siglo.

D. Pedro.

Sí, pues del siglo reniego.

ESCENA X.

DOÑA INES y *dichos*

Doña Ines.

Vuesa merced, señor, vos pido,
que la que a nobles demanda
[illegible] a entuertos el su auxilio
[illegible] vuesa merced se lo pide.

D. Pedro.

¡Sobrina!

D. Felix.

¡Raro prodigio
de belleza!

Escudero.

Noble dueña,
non plañéis vuestro destino,
non estéis más de hinojos:
levanted, cá vos afirmo
e prometo en nombre suyo,
defenderos é asistiros.

D. Pedro.

Pues la prometes muy mal,
que ni soy, ni nunca he sido
oculista, y así mal puedo
curarla entuertos ni enviscos.

D. Felix.

Referirnos vuestras cuitas.

Doña Inés.

Oidme, pues.

Escudero

Ya vos oimos.

D. Pedro.

Cuánto va que mi sobrina (*Aparte.*)
quiere darme un sobrinito!

Doña Inés.

En rico abolengo nascida é criada;
de padres fidalgos habida é tenida;
con dulces presagios rescebí la vida;
con nobles exemplos fuí endotrinada:
los cielos fiziéronme asaz bien formada,
de rostro fermoso, cual estáis notando;
mas diéronme, empero, como cera blando
corazón amante, é alma apasionada.
Catorce vegadas he visto con flores
ornarse los campos é á la mariposa
mecerse en su cáliz, robando envidiosa
á par de la abeja sustancia é colores.
Catorce vegadas oí ruiseñores
en suaves concetos cantar sus querellas;
é también catorce burlábame de ellas,
cá non conoscía qué cosa era amores.
Mas, ay sin ventura la paz que yo había
huyóse del pecho, cual sombra ligera;
é lo muy tranquila que entonces viviera,

castígame el cielo con gran tiranía:
sin sueño de noche, sin gusto de día,
sollozo, sospiro, morirme me siento,
é como la rosa por cálido viento,
ansi se marchita la mi lozanía.
Si encuentran mis ojos los ojos que admiran,
al punto se bajan, como avergonzados,
é luego al soslayo sin ser levantados,
curiosos se indagan, é tiernos se miran.
Los pechos entonces á la par respiran,
las manos se enlazan, los labios se mueven,
é amantes se juran é finos se atreven;
cá dos que se adoran, muy pronto deliran.
Por ende asustada, maridarme quiero,
que todo lo cura un apuesto garzón,
é non fuera justo, ni menos razón,
pudiendo haber vida, morir cual yo muero.
Las palmas é tocas en otras venero,
é verdes guirnaldas de oliente tomillo;
mas nunca en mis manos, que nupcial anillo
á tocas, é á palmas, é á flores prefiero.
Señor Pero Pérez, amado señor,
marido me place, marido vos pido;
pues muero é me abraso, é dizque un marido
mas que sanguinaria, rifresca mejor.
Si escucháis mis preces, si me dais favor,
Dios vos galardone con bienes sin tasa,
cá nunca la suerte fué parca ni escasa
para aquel que alivia querellas de amor.
Mas si mi esperanza se viere burlada,
é se desmintiera vuestra cortesía,

permitan los cielos vos roben el día
escuros celajes, noche prolongada,
é vivas mil años, si vida os enfada,
sin paz ni deseos, con penas sin fin;
que aquesto merece el necio que ruín
el llanto no enjuga de fembra angustiada.

ESCUDERO.

No remáis noble doncella,
que mi señor....

D. PEDRO.

Pero harpía,
si marido en su agonía,
me he de casar yo con ella?

DOÑA INÉS.

Non pido, non vuestra mano.

D. PEDRO.

Ni tampoco te la diera.

DOÑA INES.

Tan solamente quisiera
mataseis á mi tirano.
Matadle, señor, matadle.

D. PEDRO.

No haré tal, aunque la pese
que luego gritará á ese
ahorcadle, señor, ahorcadle!

DOÑA INES.

Catad que es un majadero
que mi dicha desbarata.

D. Pedro.

Hija, en casa no se cata
otra cosa que el puchero.

Doña Ines.

Que es un tutor, vos decía,
que me acucia en este instante.

D. Pedro.

Pues haced que vuestro amante
acuda á la vicaría;
y verá como su mal
pronto remedio recibe.

Doña Ines.

E decidme á donde vive
esa dueña?

D. Pedro.

Voto á tal, (*Aparte.*
que ya me huele á malicia
virgen tan preguntadora.

Doña Ines.

Non respondéis?

D. Pedro.

Id, señora:
acudid á la justicia;
y no dude vuestro afán
que si mira vuestro empacho,
os casará sin despacho
con el mismo Preste Juan.

Escudero.

A la josticia! Olvidáis
ó será errata de cuenta,
que mil quatrocientos treinta
es el año en que fabláis?
A la josticia! E pudiera
esta Diosa haber su asiento
en donde á cada momento
se la ultraja é vitupera?
Non señor: cautivo el rey
yace agora en Tordecillas,
é las dos pobres Castillas,
se encuentran como sin ley.
Los nobles las alborotan,
los moros las amenazan,
los bandos las despedazan,
los disturbios las derrotan;
é sin fuero, é sin decoro
el miserable pechero
sufre más del propio acero,
que del acero del moro:
aquí el interés de suerte
nos arrastra é nos divide,
que lo ageno non se pide,
sino lo toma el más fuerte:
aquí la pasión nos manda,
é los ojos nos fascina;
la venganza nos domina,
la piedad non nos ablanda;
é aunque las leyes se irriten,
como agora mudas son,

las quejas de un infanzón,
á su espada se remiten.
Ved, pues, la causa, señor,
porque esta triste doncella,
á quien un necio atropella,
requiere vuestro valor.

D. Pedro.

Y era esto lo que yo echaba (*Apart*
tan de menos? No en mis días,
no más, no más gollerías,
bien estaba como estaba.

D. Felix.

Acabad, é conceded
lo que pide la cuitada.

D. Pedro.

Repito que no haré nada.

D. Felix.

Tal dice vuesa merced?

D. Pedro.

Como usted lo oye.

Escudero.

Mal face,
é harto pronto lo verá.

D. Pedro.

Pero á mí qué se me da
que se case ó no se case?

D. Felix.

Pues estando yo delante,

no permito se desaire
á fembra de tal donaire;
alzad luego aqueste guante. (*Tírale.*)

D. PEDRO.

Alcelo usted que lo tira,
que yo no soy su criado.

ESCUDERO.

Ya os halláis desafiado.

D. PEDRO.

Quién, yo?

ESCUDERO.

Vos.

D. PEDRO.

Eso es mentira;
el señor no pronunció
tal cosa.

D. FELIX.

Mas vos tiré
El guante.

D. PEDRO.

Pero no lo alcé
y en el suelo se quedó;
con que así, no lo entendí.

D. FELIX.

Si no reñís como noble,
voto á tal, que de un mandoble
dos mil muertes vos dé aquí.

D. PEDRO.

Vióse apuro semejante!

DOÑA INES.

Favorecedme.
O reñid.

D. PEDRO.

No hay remedio?

D. FELIX.

Non.

D. PEDRO. [Al e

Pues id,
y venga el agonizante,
que de ambos modos me doy
ya por muerto.

ESCUDERO.

Qué demencia!

D. PEDRO.

Y la terrible sentencia
en mí se ejecute hoy;
pues si hago lo que pedís
el verdugo me acogota,
y si no luego me acota
este nuevo Belianís
para trincharme sin duelo:
así, pues, si este es mi hado,
quiero morir descansado. (S

D. FELIX.

Qué, os echais por el suelo?

D. PEDRO.

Aunque tal cosa os enoje.

D. FELIX.

Enderezad ó temed....

D. PEDRO.

Para qué? Píncheme usted
por donde más se le antoje.

ESCENA XI.

UN PAGE *y dichos.*

PAGE.

Acorred, nobles fidalgos,
é ricos homes de pró,
que la patria vos requiere
contra propia sinrazón.

D. PEDRO.

Esta es otra que bien baila! (*Se alza.*

D. FELIX.

Por qué suspendes la voz?
Fabla al punto, é dinos page,
de tu queja la ocasión.

PAGE.

Mi queja sólo es la queja
de todo el que fiel nasció,
é reniega la discordia,
é su desórden feroz:

los campos se ven sin mieses,
los ganados sin pastor,
é las hazadas se arriman
por apañar el bridón.
Ved los fijos como dejan
al que vida é ser les dió,
é los hermanos se apartan,
é se dicen luengo adiós.
Ved el esposo cual huye
de la que amante sirvió,
é trueca el caliente lecho
por el rocín corredor.
Ved el amigo que ultraja
á el amigo que estimó
é por distinta vereda
encamina su valor.
Ved así nobleza é plebe
de Olmedo en derredor
formar diferentes bandos
é provocar con furor
lid contraria á su ventura,
aunque grata á su pasión:
en él un campo se miran
Don Fadrique el lidiador
é cuantos con él tremolan
del descontento el pendón:
en el otro é por el Rey
está el josticia Mayor,
é también el condestable,
é su fijo, é Albornóz,
é por fin, el que se dice

de Castrojeriz señor,
que si en la paz non se muestra,
en la guerra siempre andó.
Acorred, pues, los fidalgos,
cabalgad sin dilación;
pues cuando el clarín alarma
é la trompeta sonó,
los homes que se están quedos
non son homes, vive Dios.

D. Felix.

Acorramos á las armas.

Escudero.

Voy por las de mi señor
seguidme el page.

Page.

Ya sigo

ESCENA XII.

DICHOS, *menos Escudero y Page.*

Doña Ines.

Oh qué sin ventura soy!
cá donde, si ora vos matan
hallaré desfacedor
de mi entuerto?

D. Pedro.

En la botica.
por tres reales de vellón.

D. Felix.

E á que lado vos inclina,
Señor Pérez, vuestro ardor?

D. Pedro.

A ninguno.

D. Felix.

Ello es preciso
seguir uno de los dos.

D. Pedro.

Pues adonde haya más gente
allí me arrimaré yo.
entonces; porque á los muchos
siempre los ayuda Dios.

ESCENA XIII.

EL DOCTOR *y dichos.*

Doctor.

Guarda el Moro, guarda el Moro,
cá de la Sierra bajó,
é con seiscientos ginetes
por nuestros llanos se entró.

D. Pedro.

Otro susto!

D. Felix.

Quién los manda?

Doctor.

Dizque los manda Almanzor,
el Cid de Andalucía,
el que mil veces venció
en los juegos con destreza,
en las veras con valor.

D. Pedro.

Pues á fe que la tal tierra
es tierra de promisión,
según lo quieto que vive
en ella su morador;
cuando no son los de casa,
los moros le dan temor,
y cuando no son los moros,
los enamorados son.
Quién quiere vivir así?

Doctor.

Qué faremos?

D. Felix.

Cuando el sol
luzca, lidiar en Olmedo,
é luego ir del Moro en pos.

D. Pedro.

Excelente pluscafé
para luego!

ESCENA XIV.

ESCUDERO, *Page y Dichos.*

ESCUDERO.

Ya, señor,
tenéis aquí preparadas
vuestras armas.

D. PEDRO.

Sí; pues vos
ídmelas enjaretando
como os parezca mejor.

D. FELIX.

Brava celada!

DOCTOR.

Buen peto!

ESCUDERO.

El escudo es de primor!

D. PEDRO.

Y á donde dejan ustedes
tan descomunal lanzón,
que á su lado el de Longinos
fué palillo de tambor!

DOÑA INES.

Esta cinta vos presento
de favor.

D. PEDRO.

Lindo favor!
Guardadla para divisa
de algún toro de Gijón.

ESCUDERO.

Ya estáis armado.

D. PEDRO.

Me alegro.

D. FELIX

Servidnos, pues de guión;
cá todos vos seguiremos,
é á vuestro lado....

D. PEDRO.

Quién? yo?
Primero es que pueda dar
un paso.

D. FELIX.

Sentís temor?

D. PEDRO.

Qué temor, ni qué morcilla;
lo que siento es veinte y dos
arrobas de peso encima
de mi cuerpo.

ESCUDERO.

Qué baldón!

D. PEDRO

Será lo que ustedes quieran;
pero repito que no
puedo moverme.

PAGE.

El rocín
tasca el freno.

D. PEDRO.

Pues, señor,
lo dicho, dicho, si ustedes
llevados de compasión
no cargan comigo á cuestas,
aquí me quedo.

D. FELIX.

Por Dios,
que si no hay otro remedio,
podrán ayudaros dos
pages, hasta que logréis
cabalgar.

D. PEDRO.

No entiendo yo
de ayudas; carguen conmigo
si me quieren lanceador.

D. FELIX.

Pues que carguen.

D. Pedro

Pues que carguen.

Escudero

Facedlo, pages, é vos (*á D Felix.*)
id adelante.

D. Pedro.

No me opongo,
Dios mío, dadme valor;
que si en ogaño me miro,
no quiero otro antaño, no. (*Vanse.*)

ESCENA XV.

D. JUAN É ISABEL.

Isabel

Escuchásteis?

D. Juan.

Lindamente,
desde el principio hasta el fin.

Isabel.

Y va bien?

D. Juan.

Perfectamente;
¿Más donde toda esa gente
se encamina?

ISABEL.

Hacia el jardín
presumo.

D. JUAN

¿Y qué es lo qué harán
allí?

ISABEL.

Toma, en todo evento
allí el cuento concluirán.

D. JUAN.

Pero cómo?

ISABEL.

Ese es el cuento;
que no sé cómo podrán
desengañar su manía
sin que se ofenda, y......

D. JUAN.

Ni yo;
más calla, qué gritería
es esta?

ISABEL.

Alguno cayó,
y la escalera rodó
sin duda.

D. JUAN.

Bueno sería
ahora que......

ESCENA XVI.

DOÑA INES *y dichos*.

DOÑA INES.

Ay señor Don Juan
de mi vida, y qué fracaso
sucede!

D. JUAN.

Pues qué sucede?

DOÑA INÉS.

¡Ay quién hubiera pensado
tal cosa!

D. JUAN

Qué cosa?

DOÑA INES

Mire
usted como estoy temblando.

ISABEL.

Y yo también tiemblo, sólo
por concomitancia.

D. JUAN.

Vamos,
en suma, qué ha sucedido?

DOÑA INÉS

Que el tío se ha desmayado.

D. JUAN.

Qué dice usted?

DOÑA INÈS.

Sí, señor,
que al llegar al postrer tramo
de la escalera, salieron,
no sé de donde, unos cuantos
á la manera de turcos
con mas barbas que un zamarro,
gritando Zalamelé,
lo que causó tal espanto
á Don Pedro, que la lanza
se le escapó de las manos
al punto, y dió con su cuerpo
en tierra.

ISABEL.

Jesús!

D. JUAN.

Corramos
á socorrerle.

ISABEL.

No tal,
que aquí le traen desarmado
y medio desnudo.

DOÑA INES.

¿Qué,
ha vuelto ya del desmayo?

ESCENA XVII.

D. FELIX, EL ESCUDERO, PAGES,
MOROS, ETC. QUE TRAEN A D. PEDRO,
y dichos.

D. FELIX.

No; pero empieza á mover (*A Doña*
los ojos. *Inés.*)

DOÑA INES.

Dios sea loado.

ESCUDERO.

En dónde se pone?

D. JUAN.

Venga
su poltrona

ISABEL.

Ya la traigo,
con la bata y con el gorro
de dormir. (*Siéntanle y le visten.*)

DOÑA INES.

Voy por un frasco
de agua de Colonia.

D. JUAN.

Creo
que será más acertado

se vayan usted y Felix
á desnudar, entretanto
que nosotros......

D. FELIX.

Dice bien.

D. JUAN.

DOÑA INES.

Muy bien. (*Vanse.*)

ESCENA XVIII.

DICHOS, *menos Doña Inés y D Felix.*

D. JUAN.

Ea muchachos,
descolgad esos tapices
y esas cornucopias....Vamos,
despáchense ustedes....quiten
el sitial....no dejen rastro
de tal farsa.

ISABEL

(*Con una mesa*) Aquí viene
El velador.

D. JUAN.

Colocadlo
en su lugar

PAGE.

(*Con unas sillas*) Y estas sillas?

OTRO PAGE.

Y este velón? (*Con un velón.*)

UN MORO.

Y este Santo
Cristo?

D. JUAN.

Allí....aquí.

ISABEL.

A el Santo Cristo
se le cuelga de aquel clavo.

MORO.

Ya lo está.

D. PEDRO.

Ay!

ISABEL.

Chitón, que vuelve
en sí.

D. JUAN.

Irse todos.

D. PEDRO.

Ay!

ISABEL.

¿Qué hago
yo?

D. JUAN.

Irte también; mas vendrás
con el refresco de tu amo

tan luego como lo tengas
hecho.

ISABEL.

Bueno.

ESCENA XIX

D. PEDRO Y D. JUAN.

D. PEDRO.

Dónde me hallo,
Virgen Santa? En qué mazmorra
me han metido?

D. JUAN.

Finjamos. [*Aparte.*]
Señor Don Pedro?

D. PEDRO.

Ay de mí.
que me estaban escuchando.

D. JUAN.

Señor Don Pedro?

D. PEDRO.

Señor
Don Almanzor, D. Pilatos,
ó como usted se apellide,
tenga piedad de un anciano
que nunca comió tocino
y no le pringue.

D. Juan.

Desbarro
igual, jamás escuché!
qué es lo que está usted hablando,
Señor Don Pedro? no mira
que soy yo? Don Juan? su amado
y antiguo amigo?

D. Pedro.

Pues qué,
también me le cautivaron
á usted aquellos mastines?

D. Juan.

Vaya, que se ha despertado
usted con buenas ideas
ó quimeras en los cascos!

D. Pedro.

Despertado!

D. Juan.

Y de una siesta
con honores de letargo,
según y como duró.

D. Pedro.

En efecto....sí....ahora caigo,
verdad es que me acosté
á dormir....no en este cuarto
me parece....no....aunque sí
en aquel....cuando acabamos
de comer....y....pero cómo

me encuentro ahora sentado
en esta poltrona?

D. JUAN.

Cómo?

D. PEDRO.

Pues.

D. JUAN.

Qué se yo....¡pero hay varios
que son sonámbulos, y andan
la casa de arriba abajo,
dormidos como una piedra;
puede que vd....

D. PEDRO.

Yo?

D. JUAN.

Agitado
por alguna pesadilla....

D. PEDRO.

Ay Don Juan de mis pecados,
que eso fué entonces.

D. JUAN.

Qué fué?

D. PEDRO.

Eso,
sin ponerlo ni quitarlo.

D. JUAN.

Pesadilla?

D. Pedro.

Y bien pesada.

D Juan.

Algún torazo marrajo
que ya le iba á los alcances,
eh?

D. Pedro.

No, señor.

D. Juan.

O algún diablo
narigón y patituerto,
con sus cuernos y su rabo,
que á horcajadas se pondría,
quizá, sobre el espinazo
y con sus uñas de grifo
le habrá estado atormentando
á usted, y....

D. Pedro.

No, no eran grifos,
ni diablos, ni toros bravos,
ni nada de cuanto usted
piensa.

D. Juan.

Qué eran, pues?

D. Pedro.

Qué! hidalgos,
escuderos, pages, dueñas,
doctores, moros, cristianos,

faraútes, mantenedores,
y personeros malvados
con la sabida comparsa
de calzas, gregüescos, mantos,
tocas, faldas, desafíos,
torneos, escudos, cascos,
lanzas, mulas, aforismos,
zalamelés y porrazos;
y de tal suerte, Don Juan,
todos ellos me han dejado,
que no sé lo que me pesco;
si velo, ó si estoy soñando
todavía; si estoy vivo,
ó si ya estoy enterrado.

D. JUAN.

Si entendiere lo que usted
me cuenta, que....

D. PEDRO.

Y lo más raro
es que me hallo tan molido,
y tanto me duelen brazos
y piernas, que no parece
sino que han estado andando
conmigo al morro.

ESCENA XX.

ISABEL *y dichos.*

ISABEL.

El refresco.

D. PEDRO.

Dios te lo pague, que el flato
me empezaba ya á ostigar.

ISABEL.

Mire usted qué pan tan blanco!

D. PEDRO.

Venga.

ISABEL.

Es de leche.

D. PEDRO

Muy rico. *(come.)*

ISABEL.

Pues, y el bollo?

D. PEDRO.

Delicado. *(come.)*

ISABEL.

Pruebe usted aquesta torta
de Morón.

D. JUAN.

No le haga daño....

D. PEDRO.

A mí?

D. JUAN.

Dígole porque
nuestros padres merendaron
tan solo cosas ligeras,
como quien dice, gaspacho,
ensalada ó sopa en vino,
y siempre estaban muy sanos.

D. PEDRO.

Sí, pues yo quiero enfermar [*con la*
de una indigestión. *boca llena*]

ESCENA XXI

D. FELIX *con un libro en folio en la mano y dichos.*

D. FELIX.

Reclamo
de usted, tío, el que me saque
de una duda.

D. PEDRO.

(*Mirándole.*) Algo más alto (*Aparte.*)
me parece, que el señor
de Valdecorneja.

D. Felix.

Ocampo
en su crónica nos dice
que un nieto de Arias Gonzalo
cabalgando en un tordillo....

D. Pedro

[*Levantándose muy enfadado.*]

Loco, necio, mentecato....

D. Felix.

Pero tío!

D. Pedro.

Suelta el libro.

D. Juan.

Qué intentáis hacer?

D. Pedro.

Quemarlo
con todos los pergaminos
que haya en casa.

D. Felix.

Si enfadado
se ha de poner usted, tío,
sin motivo, á cada paso
conmigo, por vida mía
que el día menos pensado
siente plaza.

D. Pedro.

Tú?

D. Felix.

Yo?

D. Pedro.

Dime,
sabes lo que es ser soldado?

Isabel.

Y usted lo sabe?

D. Pedro.

Caramba
Si lo sé.

Isabel.

Pues cuándo?....

D. Pedro.

Cuándo?
eso no te importa á tí;
más repito que es estado
de mi alma, y que si este mozo
armado de punta en blanco,
se hubiera hallado en batallas,
como yo sé quién y callo,
no nos lo echaría ahora
de buche.

ESCENA ULTIMA.

DOÑA INES *y dichos.*

DOÑA INES.

Estuve aguardando
tío, á que usted despertara
para hablarle sin empacho
sobre una materia que
interesa en sumo grado
á todos los de esta casa.

D. PEDRO.

Vaya un solemne prefacio!

DOÑA INES.

No ignoro lo que usted proyecta
hace algún tiempo, el casarnos
á Felix y á mí....

D. PEDRO.

Sí; pero....

DOÑA INES.

Creyendo que nos amamos
con toda aquella energía,
fuego pasión y arrebato
que se han requerido siempre
en tales lances ..

D. PEDRO.

El caso
es ese; que yo no veo....

DOÑA INES.

Y sin los cuales, en vano
puede esperarse ventura;
dígalo si no, entre varios
ejemplos que se me ocurren,
lo que sucedió en el año
de mil trescientos y tres,
ó de mil trescientos cuatro
á mi gran tatarabuela....

D. PEDRO.

La que Dios tenga en descanso,
y la que tú también vas
á dejar con su trabajo
en donde quiera que esté,
si te he de oir.

DOÑA INES.

Es que ella....

D. PEDRO.

Al grano,
hija, al grano y dejémonos
de tatarabuelas.

DOÑA INÉS.

Paso,
pues, adelante, y con gran
dolor y vergüenza, me hallo
obligada á confesar
que estábais equivocado,
de medio á medio, y que Felix
aunque me estime algún tanto,

no me ama como debiera,
y como en su tiempo amaron,
los Bernardos y Rodrigos,
los Macías y Abelardos.

D. PEDRO.

Y él que la hiciera.

DOÑA INÉS.

Miradle!
ni está pálido, ni flaco,
ni ojeroso, ni amarillo,
ni tose, ni tiene espasmos,
ni solloza, ni tirita,
vamos, ni aun se ha puesto calvo!

D. PEDRO.

Oiga! y qué gran picardía!

DOÑA INÉS.

Por todo lo que, he tomado
mi partido, y determino
no casarme en veinte años.

D. FELIX.

Prima!

D. PEDRO.

En veinte años!

DOÑA INES.

Sí, Felix,
este tiempo es necesario
para probar tu constancia;
márchate á climas lejanos,

come poco, duerme poco,
y piensa en mí, hasta que el plazo
se cumpla y vuelvas entonces
á que te premie mi mano,
si fuistes firme.

D. Felix.

Repara....

Doña Ines.

Yo entretanto, siempre al lado
de nuestro buen tío, haré
que se empleen mis conatos
tan sólo en su bienestar;
y como sé lo apegado
que es su merced á los usos
de nuestros antepasados,
á sus trajes y comidas,
horas, muebles y saraos,
me propongo el transformar
esta casa, sacrificando
para ello todos mis gustos,
en un alcázar flanqueado
por cuatro torres, con fosos,
rastrillos, puentes y enanos.

D. Pedro.

(*Asustado.*) Cómo es eso!

Doña Ines.

Y comeremos
ya salpicón, ya tasajo....

D. PEDRO.

(*Gritando.*) Isabel?

DOÑA INES.

Y beberemos
hipocrás....

D. PEDRO.

[*Más fuerte.*] Isabel?

ISABEL.

Amo
y señor.

D. PEDRO.

Marcha corriendo
y avísale al escribano,
que mañana mismo extienda
el matrimonial contrato
de esta chica con su primo.

DOÑA INES.

Tío!

D. PEDRO.

[*A Isabel.*] Oyes, y también de paso
llégate á la iglesia, y dile
al cura que preparado
tenga todo para que
se casen luego. Canario
con la idea!

DOÑA INES.

Pero....

D. Pedro.

Calla,
mujer, ó te descalabro.

Doña Ines

Si usted se empeña....

D. Pedro.

Me empeño.

D. Felix.

Si usted lo manda....

D. Pedro.

Lo mando,
sí señor, como también
que nadie me hable de cambios,
alcázares y rastrillos,
tasajos ni bebistrajos.
Vivamos como en Chinchón
se vive, y no nos metamos
en dibujos.

D. Juan.

Muy bien dicho;
y tan solamente extraño,
cómo pudo usted decir
antes, todo lo contrario,

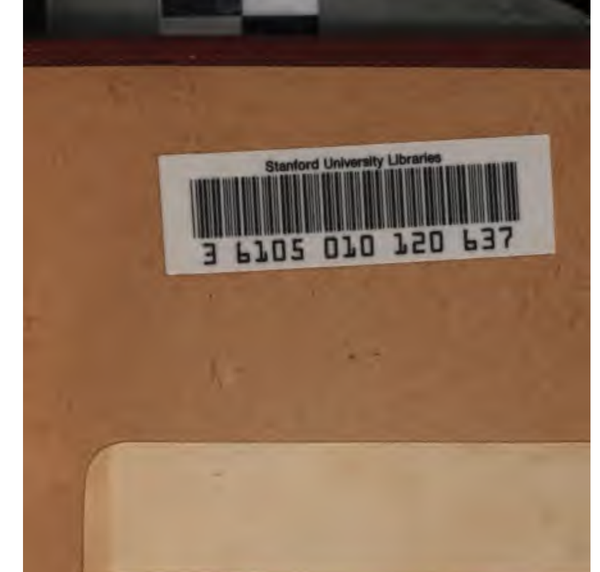
D. Pedro.

Es que antes, señor Don Juan,
no había yo paladeado
ni aun durmiendo, el saborete
de las costumbres de antaño

Fin del Tomo II.

INDICE.




Stanford University Libraries
3 6105 010 120 637

